

DOS CHONIS Y UN LÍO

HUGO SANZ





Primera edición.

Dos chonis y un lío

©Hugo Sanz

©enero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Me levanté y ya estaba mi hermano liado con el TikTok, a pesar de que era día lectivo, aunque eso a él no le interesaba demasiado porque tenía la extraña teoría (hay que echarle morro) de que los estudios le daban alergia.

—Papá, dile al niño que suelte el móvil y que se tome la leche ya o llegará tarde —le pedí a mi paciente padre.

—Díselo tú, hija, a ver si tienes más suerte, porque a mí parece que me ha tomado por el pito del sereno.

—Mano dura, Paco, mano dura es lo que necesita el chaval. Qué lástima que no pusieran otra vez una buena mili para este y para todos los gandules esos que campan a sus anchas por el barrio. Quién lo ha visto y quién lo ve. Si mi Felisa levantase la cabeza, daba otra vez un cabezazo en el nicho —le decía mi abuelo Jesús a mi padre, que era su yerno.

—Abuelo, no a la guerra... Estoy grabando un TikTok que habla de eso, de que lo que hay que hacer es el amor... Mira, ¿te lo pongo?

—A mí no me pongas las tontunas esas, que cualquier día vas a hacer hasta que me levante para darte un buen capón, niño. Qué pérdida de tiempo.

—Abuelo, pues si te vas a levantar, te lo pongo ahora mismo...

A mí hermano Richar, de doce años, le gustaba quemarle la sangre con eso de que él terminaría viviendo de ser Tiktoker cuando lo cierto es que, para mi abuelo, todo lo que no fuera coger un pico y una pala y salir zumbando a una obra, no era trabajo ni era nada. Bien orgulloso que se sentía el hombre de haber llegado a oficial de albañil, aunque eso fue años atrás. En ese momento, a sus ochenta años, estaba postrado en una silla de ruedas a consecuencia de que la edad no perdona, como siempre decía a boca llena, y menos a los que han trabajado duro.

Yo soy Jessi, la Jessi para mi gente. En aquellos días tenía veintidós añitos y mi familia estaba compuesta por nosotros cuatro y, por supuesto, por su verdadero motor, que era mi madre, la Mari, un personaje divertido donde los hubiese y una mujer con una fuerza arrolladora de esas que decía que, mientras ella tuviese dos manitas para trabajar, en su mesa nunca faltaría un plato de comida ni para los suyos ni para todo aquel que lo necesitase, que no la había más generosa.

Lo de “la Jessi” viene a cuento de que, en mi barrio, que no es precisamente el de Salamanca, lo de llamarnos con “la” o “el” está a la orden del día. Una costumbre que no está bien vista en otros muchos, soy consciente, pero es que mi barrio es único, y os diré más... A mi barrio lo deberían declarar república independiente.

Dicen las malas lenguas que, por él, que es un barrio del extrarradio de una gran ciudad, se trapichea mucho con droga. Yo no digo que no porque las mentiras no me gustan, pero lo que no se dice es que también está lleno de gente buena, honrada y trabajadora que se levanta cada día para marcharse a currar de buena mañana y que no vuelve a casa hasta que no tiene en el bolsillo el suficiente dinero para hacer una compra en el modesto supermercado en el que mi amiga

Vane y yo trabajábamos.

A esa gente, a esa buena gente, nadie la suele mencionar, y eso que se deja la piel en trabajos mal pagados para que otros vacilen de buenos coches y casas, a costa del sudor de la frente de quienes no tienen más remedio que aceptar unas condiciones de trabajo que imponen una sarta de usureros que no tienen vergüenza ni la conocen.

Mi madre, que tenía el lomo partido de tanto limpiar, nunca quiso eso para mí. Ella se empeñó en que yo estudiase, en que tuviera la oportunidad de salir del barrio y viviera una vida que verdaderamente lo fuese, porque lo suyo era más bien sobrevivir que vivir. El problema es que yo no quería los libros ni regalados.

Con todo y con eso, no os vayáis a creer que en mi casa se respiraba un ambiente de penuria ni nada parecido, porque más alegre no la había. Mi madre se colocaba su musiquita de Camela y su mandil, y era la más feliz del mundo el día que contaba con el tiempo suficiente para entretenerse en hacer una buena masa de croquetas con las que nos chupábamos los dedos.

Por esa razón, en mi casa siempre se respiró un ambiente bonito y cien por cien alegre, ya que la Mari se reía lo más grande con su Paco, al que adoraba tanto como él a ella, con sus niños y con su padre. Por cierto, que ella era la menor de todos sus hermanos y la única que se opuso a que mi abuelo fuese a una residencia, trayéndolo a casa tras la muerte de mi abuela Felisa.

Si he de mencionar a mi familia al completo, eso sí, no puedo dejar fuera a mi Vane... A la Vane de mi corazón, esa niña con la que me tiraba de los pelos de pequeñita en la calle, a la que le prometía que no me volvería a juntar con ella en la vida, pero sin la que no podía pasar ni un día. Eran cosillas de crías y, en el fondo, nos adorábamos. De mayores, pues como que nos pasaba lo mismo; de vez en cuando nos poníamos a parir y, aun así, matábamos la una por la otra y no había un día que no nos sentásemos a tomar un botellín fresquito en el bar de Nando, viendo algún que otro tirón de bolso.

Terminé de desayunar y salí de casa. Ella ya me estaba esperando en la calle con su cigarrillo en la mano, fumando como la chulilla que era, con su escote, ese que lucía todos los días del año así nos estuviéramos pelando de frío, y con esa diadema en la cabeza rematada en un lazo que era su principal seña de identidad. Yo moría con mi amiga.

Capítulo 2



Vane me iba echando el humo en la cara y eso sí que no lo soportaba. Ella lo sabía y precisamente por eso lo hacía.

—Te comes el cigarro como lo vuelvas a hacer, Vane, avisada quedas...

—¿Y tú con el chiclecito? Ya has hecho dos pompas y sabes que me revienta.

—A ti lo que te revienta de verdad es que vayamos las dos camino del supermercado como dos pringadas, eso es lo que te revienta.

—Pues también, ¿te imaginas el día que tengamos nuestra propia tienda de ropa?

—Me lo imagino, allá por el siglo que viene. Modas Jessi y Vane, ya puedo verlo...

—Tú mucho quejarte de que yo fume, pero tú sales colocada ya de casa, ¿no? Será Modas Vane y Jessi.

—Claro, porque tú lo digas...

—No, porque lo digas tú.

Ese era el pan nuestro de cada día; discutíamos a todas las horas sobre cómo se llamaría un hipotético negocio de modas que desde niñas teníamos en mente.

Con independencia de su nombre, yo es que ya lo veía, veía esos percheros con los chándales, los vestidos ajustados y ultramegacortos, los estampados, los tonos flúor, los metalizados, el brilli brilli... Solo de pensarlo, los vellos se me ponían de punta, y eso que no tenía, pues para eso me estaba haciendo la depilación láser en el salón de la Saray, otra amiga cuya madre tenía una peluquería en el barrio y hacía poco amplió el negocio, después de que su hija se sacara el título de esteticista y se pusiera como loca a hacer cursos de depilación y de toda clase de uñas, ya que en un barrio plagado de chonis te forras si eres capaz de dejar uñas a lo Rosalía.

Discutiendo, discutiendo, llegamos al supermercado y esa hora era la peor del día... Una vez dentro, como que las horas iban pasando y te acostumbrabas al tormento, pero ese momento en el que tomabas conciencia de que te quedaba todo un día por delante que aguantar al déspota baboso de Juandi, el jefe, yo me ponía mala.

Vane tampoco lo llevaba mejor, porque ese era un suplicio como otro cualquiera o, como también decíamos nosotras, un martirio chino. Lo malo fue el día que bromeábamos entre nosotras de caja a caja y, sin darnos cuenta, lo soltamos delante de Shi, el chino del bazar de la esquina quien, pese a ser un retaquito y contar con un nombre que se asemejaba al sonido de un estornudo, encerraba tela en ese cuerpecito, en el sentido de que llevaba pocos años en el barrio y se estaba haciendo de oro.

Vane siempre decía que las cosas no caen del cielo, sino que el tío era más listo que el hambre y había sabido pillar perfectamente la idiosincrasia del barrio, poniendo en el bazar una zona de ropa y complementos que hacían nuestras delicias y que siempre estaba de bote en bote.

Pensaba que tenía razón. Por una vez estaba de acuerdo con ella en que todas salíamos la mar de contentas del bazar con unos buenos aros para las orejas o con una falda de esas en las que te

embutes, del tamaño de un cinturón ancho, llenita de lentejuelas.

El chino, todo sea dicho de paso, no dijo ni mu, y mejor así porque solo hubiera faltado que se hubiese puesto a relatar allí lo más grande en su idioma y a ver quién lo entiende... Con la lengua tan mordaz que tenemos mi Vane y yo. Bueno, mordaz y con otras habilidades, que nuestros chicos no se quejaban. En realidad, las que nos quejábamos éramos nosotras, porque ni mi novio Isra ni Cristian, el suyo, estaban demostrando valer ni para hacer puñetas.

Sí, sí, contentas nos tenían. Los dos se habían metido a trabajar en una obra y habían durado menos que un caramelo en la puerta de un colegio. Eso fue el mes anterior y desde entonces no habían encontrado otra cosa o eso decían.

La tarde que Isra llegó a mi casa contando que le habían dado boleto del curro, no era lengua la de mi abuelo Jesús, viendo que él y su amigo se pasaban el día en el gym y que, sin embargo, tanto musculito no les valía más que para impresionar a alguna incauta que pasase por allí.

—En mis tiempos volvías tú diciendo que te habían echado del trabajo y del bofetón que te metía tu padre te llevabas bailando tres días. Y a la mesa no te volvías a sentar hasta que no llevases un jornal a casa, pero como ahora todo está bien y a estos gandules no les falta de nada, pues ¡viva la Pepa!

—Abuelo, es que entonces había trabajo para todo el mundo y hoy no, que la cosa está muy mal —se quejaba Isra.

—Sobre todo para el que no quiere doblar el lomo, chaval, que te tengo yo a ti muy calado. Yo tendré malas las piernas, pero lo que toca la cabeza me funciona muy bien todavía como para saber que tu amiguito y tú sois más flojos que un muelle guita. Y ahora, quítate de mi vista antes de que se me quiten las ganas hasta de ver el fútbol por tu culpa.

Al principio, yo estaba ciega y se lo disculpaba todo. Me refiero a Isra, que a mi abuelo no tenía nada que disculparle, el hombre tenía más razón que un santo. Lo supe cuando se fue cumpliendo todo lo que él decía sobre esos dos, de modo que mi abuelo se convirtió como en una especie de medidor... Y el medidor lo que me venía diciendo es que era hora de poner el contador a cero y mandar a Isra a tomar por donde la espalda pierde su casto nombre, que esa frase era muy de mi madre.

Capítulo 3



Llevábamos allí un par de horas cuando escuché dar un grito a Vane y me solivianté. Ella nunca había gritado así en el trabajo, ¿qué le pasaba?

Salí corriendo hacia el pasillo en el que estaba reponiendo las botellas de aceite de oliva virgen, las cuales ponía en el estante de arriba del todo, porque en el barrio no estábamos para tirar cohetes y ni cristo se las llevaba.

Me la encontré dándole gritos a Juandi, quien se reía asquerosamente.

—¡Me has cogido el culo! Por supuesto que me lo has cogido, y a mí no me digas que no porque todavía te cruzo la cara —le decía ella. Pocas veces la había visto yo así, estaba totalmente fuera de sí.

—¿Este asqueroso te ha cogido el culo? —le pregunté agarrándole por la pechera, sin más.

—Me vas soltando, niñata, me vas soltando —me dijo con cara de pocos amigos y tratando de disimular porque los clientes se iban acercando y no le convenía.

—Te soltaré cuando me dé la gana y mientras lo que pienso soltar es la lengua a pasear, ¿te estás enterando? Yo me voy a cagar en todo lo que se menea, Juandi, que te pasas el día mirándonos el culo y las tetas, y ahora has tenido los santos cojones de meterle mano a Vane.

—Eso se lo está inventando tu amiguita, que sois las dos muy listas y queréis sacar tajada de esto.

—¿Tajada? ¿De qué estás hablando, chalado? Ahora mismo nos vamos a denunciarte y después nos pasamos por tu casa y se lo contamos a tu mujer, que seguro que le encanta —le espetó Vane—. Te va a salir carita la broma, so asqueroso.

—A mí mujer ni la mencionéis y en cuanto a lo de denun...

No le dio tiempo a decir nada más porque a veces la justicia divina funciona, y desde luego con mucha más agilidad que la humana, dado que su mujer apareció por allí justo en ese momento con su bebé de dos añitos en el carro y embarazada de otro que estaba, para más inri.

—¿Qué está pasando aquí, Juandi? ¿Qué puñetas es lo que está pasando aquí? —le preguntó indignada porque ya lo iba calando.

—Nada, cariño... Las niñatas estas, que me quieren buscar la ruina. Tú vete para casa que después te cuento.

—Y un jamón, yo de aquí no me muevo hasta que alguien me explique lo que está pasando.

—Shaila, pues pasa que yo estaba subida en lo alto de la escalera y tu marido me ha cogido el culo, eso es lo que pasa —le informó Vane.

—Cariño, que no, ¡que se lo está inventando!

—Por la salud de mis hermanas, Shaila, que tú sabes que yo con eso no jugaría.

Creo que no lo he comentado, pero Vane sí que tenía un par de hermanas mellizas, más pequeñas que ella, Rebe y Lore, dos torbellinos por cuya salud jamás juraría en falso.

—Si no es la primera vez que me lo dicen, Vane, yo sabía que lo terminaría pillando... Es un degenerado, es un maldito degenerado —arremetió contra él a bolsazos mientras su crío dormía plácidamente en el carrito.

—Tranquila, que te saldrá el niño por la boca —le advertí porque estaba ya de ocho meses y no era plan de que se nos pusiera de parto allí mismo.

Dicho y hecho... Si antes lo pienso, antes ocurre, porque Shaila estaba bolsazo va y bolsazo viene cuando rompió aguas y casi nos matamos todos de un resbalón... Ese fue el momento en el que aquel indeseable corrió para zafarse de ella y los demás la atendimos, llamando a la par a la ambulancia.

En el supermercado habíamos visto de todo, desde intentos de hurto de lo más esperpénticos, como precisamente el de una mujer que llevaba una barriga falsa de embarazada en cuyo interior metía de todo hasta que un día se le cayó al pasar por caja y la atrincamos, hasta el típico atraco con la media en la cabeza por parte de “El Melenas”, un yonqui al que llamábamos así por tener el pelo a lo Bob Marley y que no tuvo en cuenta esa cuestión al ponerse la media.

—“Melenas”, échate para allá y estate quietecito con el cuchillo, que al final te cortarás tú —le aconsejó Vane, quien lo reconoció a la primera y quien temió por la propia seguridad del macarrilla por eso de que temblaba tela marinera a consecuencia del mono.

Vaya, que de anécdotas estábamos allí servidos, pero un parto... Eso no se nos había dado nunca. En fin, que más corre el galgo que el mastín, pero que en ese caso el que corrió fue el crío en cuestión, a quien su madre puso en el mundo tan rápido que no pudieron trasladarla al hospital, sino que los sanitarios la atendieron en medio del pasillo.

—Este crío no viene con un pan debajo del brazo, sino con un montón de botellas de aceite —bromeaba Vane, quien estaba encantada por los muchos bolsazos que se había llevado Juandi—. Y eso que es un lujo, al precio que se ha puesto...

Shaila no dejaba que su marido se le acercase y, para una vez que lo hizo, le dio tal bocado en la mano que el tipejo no volvió por otro.

—Por tu culpa, por tu culpa nuestro niño nacerá ochomesino, como le pase algo no tendrás piedra debajo de la que esconderte, so salido —le decía ella en el colmo de la indignación.

—No te preocupes, cariño, si ya le estoy viendo la cabeza y este crío nace criado, qué hermoso es —le decía Marisa, que era mi vecina, una bendición de mujer que había traído seis hijos al mundo y que sabía muy bien lo que se decía.

—Por ahí se va a librar, Marisa. Ahora bien, que lo dejo, esta vez lo dejo, de mí no se ríe más. Por mi niño que está naciendo que de mí no se ríe más...

Yo diría que hasta la ayudó en el parto, o sea, que el coraje que sentía le dio tal fuerza que Shaila dio a luz como una campeona a un bebé que berreó de lo lindo al nacer y que pasó de brazo en brazo antes de que a su madre y a él se los llevaran en la ambulancia, a ella despotricando contra un Juandi al que no le permitió ni verle la cara al recién nacido.

Capítulo 4



Teníamos muy claro que habría represalias y no tardaron en llegar.

—¡A la puñetera calle las dos! —nos indicó cuando la ambulancia salió andando.

En ese momento, Carmen, su suegra, entró a llevarse a su nieto mayor, tirando del carro.

—Carmen, ¿dónde se supone que vas? —le preguntó él.

—Me ha llamado mi hija para que me lleve al crío y no se te ocurra acercarte o te arreo un bolsazo que lo vives en colores, como dicen ahora los jóvenes.

—¿Otro, Carmen? Un Calippo se ha tenido que poner en el ojo a consecuencia de cómo se lo ha dejado tu hija. No me alegro nada —le conté.

—Y poco le ha hecho. Yo lo calé desde el principio, qué lástima de mis niños, tener un padre así de guarro —le soltó antes de salir andando con el crío.

Él se volvió hecho un verdadero energúmeno, y si ya nos había gritado, no digamos ya cómo lo hizo en ese momento en el que lo vio todo perdido.

—Nos vamos a ir, sí, porque no soportamos verte más tu asquerosa jeta de salido, pero no de cualquier modo... Nos vas a arreglar los papeles para que cobremos el paro o lo terminarás lamentando. Es que te quemó el supermercado como no lo hagas, fíjate —le amenacé.

Un rato después íbamos las dos cogidas del brazo, muertas de la risa.

—Jesusito de mi vida, qué cara de pirómana has puesto cuando se lo has dicho. Cariño, vámonos a tomar un botellín tú y yo, que nos lo hemos merecido.

—Mira, hablando de Jesusito, ahí está mi padre con mi abuelo, que lo ha sacado un ratito al bar.

Mi abuelo quería mucho a mi padre porque sabía que era un buen hombre y trabajador, y también sabía que si no tenía un trabajo fijo en un taller era porque las cosas estaban fatal, pero que él se buscaba las papas comprando hoy un cochecito para arreglar y vendiéndolo mañana... Un dinerito en negro que le venía de película y que ayudaba a que, en casa, en clase de pobre, no nos faltase de nada.

En resumidas cuentas, que allí arrimábamos todos el hombro, incluido el abuelo con su paguita, aunque esta fuera muy cortita. Hasta al Richar le decíamos que como llegase a ganar algo con el TikTok tendría que arrimar el hombro, por muy pequeño que fuese.

Yo estaba más que orgullosa de la familia que tenía porque todos éramos currantes e íbamos a una. Menuda piña que estábamos hechos. Si algo me tenía amargada, era el tema de ese curro en concreto, y ese por suerte era un problema que se acababa de solucionar.

Con el paro me apañaría hasta que me saliese otro, algo que no tardaría demasiado porque Vane y yo éramos dos rabillos de lagartija que nos metíamos por aquí y por allá siempre, hasta lograr que nos hicieran un huequito. A nosotras no se nos caían los anillos, y si en ese momento nos tocaba levantarnos a las seis de la mañana para limpiar escaleras, más limpiaba mi madre y siempre estaba cantando.

Llegué hasta mi padre y entonces entendí que algo no iba bien en aquella mañana. Y por lo mío no era, ya que él aún no lo sabía.

—Papá, ¿qué te pasa? —le pregunté viendo que no se había pedido ni su chiquito de vino ni nada, como era su costumbre. Agua estaba bebiendo, y eso me mosqueó más todavía.

—Que son unos mamones, todos los que hacen las leyes lo son —me contestó mi abuelo sin que a mi padre le saliera la voz del cuerpo.

—Eso ya lo sé, abuelo, ¿pero por qué lo dices ahora?

—Porque le han puesto dos multas a mi yerno, cuando más trabajador no lo hay y solo quiere que su familia viva en condiciones, qué sarta de mamones —repetía.

—Papá, ¿multas por qué? Pero si tú no corres con el coche ni nada, y la basura siempre la tiras por la noche, que con eso te echas un piti que le pides a la Vane. Verás el día que mamá baje y te coja. Porque ella ya lo sabe, que tú sepas que lo sabe.

—Ay, mi Mari... Lo que a ella se le escape. Y mira que me lo tiene dicho; que tenga siempre los coches en regla, pero es que hacer las cosas bien sale caro, hija, y entonces trabaja uno para los de arriba y no gana nada.

—Papá, me estás asustando, ¿de qué es la multa?

—Son dos multas, hija, una de cada cochecito que estoy arreglando. Ya sabes que se los compré a Bernardo y me puso como condición que los pusiera de momento a mi nombre.

—Sí, los que tienes en el descampado de ahí al lado... Son dos trastitos, no sé qué les vas a sacar.

—No, los que sacan son los mandamases. Los ojos le quieren sacar a tu padre... 6000 euros le han puesto de multa, Jessi —me soltó mi abuelo.

—¿6000 euros? Si eso es lo que ganas tú en todo el año con tus tejemanejes, papá...

—Pues eso, hija, que a uno le faltaba el seguro y al otro la ITV, pero como los tengo parados mientras los arreglo, no eché cuenta...

—Y las cuentas te las han echado ellos, ya lo veo.

—Yo sí que les ajustaría las cuentas, pero bien ajustadas. Iban a comer bastón —se quejaba mi abuelo, que no podía estar más contrariado.

—Sí, cariño —prosiguió mi padre—. A partir de ahora todo lo que gane será para las jodidas multas. Menos mal que tú estás trabajando porque, si no, no comemos, son muchos gastos y la hipoteca ha subido una barbaridad, con esto de los tipos de intereses, que no sé dónde vamos a llegar.

Vane me miró y desvió la mirada al suelo. Yo me sentí como un mojón despeinado y noté que el sudor me invadía por todo el cuerpo.

—Pero, papá, ¿los intereses no han dejado ya de subir? —le pregunté.

—Eso dicen hija, pero de aquí a que llegue la bajada estamos bien jodidos.

Pero jodidos que estábamos, no lo sabía él muy bien.

Capítulo 5



Esa noche estábamos en la plazoleta con Isra y Cristian, comiendo pipas, porque para otra cosa no daba.

—No te preocupes, Jessi, que tú en nada tienes otro curro. Si no la hay más currante y más guapa que tú. Oye, ¿esas mallas son nuevas? Porque vaya culito que te hacen —me preguntaba Isra.

—¿Y tú no tienes memoria? Me preguntaste lo mismo la semana pasada. Que no, que ya me las he puesto un porrón de veces, que no te enteras, pues anda que la cosa está para comprar.

—Pues es una lástima —intervino Cristian, quien decía que a él le habían puesto el nombre por El Bicho, cuando lo cierto es que a Cristiano Ronaldo no lo conocían ni en su casa por aquel entonces.

—¿Y eso por qué? —le pregunté porque parecía estar dándole vueltas a algo. A trabajar no sería, porque aquellos dos el lomo lo doblaban poco.

—Porque el chino suelta el bazar, Jessi.

—¿Suelta el bazar? ¿Y eso por qué? Si le va de escándalo...

—Pues por eso, porque está forrado y dice que él se vuelve a la China.

—Ese debe echar de menos la Gran Muralla.

—Cristian, menos tonterías, que pareces un crío —le cortó el punto Vane, quien también estaba regular con su novio. Regular tirando a mal, igual que yo con el mío, pues esos se movían menos que el portero de un fútbolín.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que cojamos nosotros el bazar? Pues anda que, entre nuestro dinero y vuestra disposición, vaya cuatro patas para un banco —resoplé.

—No, el bazar no, porque cuesta una pasta, eso es verdad, pero por lo visto el chino es un cagaprisas y tiene ganas de largarse, de manera que lo va a dejar todo a precio de ganga.

—¿Todo? ¿La ropa también? ¿Y los complementos? —le pregunté haciendo una pompa con el chicle que cabreó a Vane, para no variar.

—Estate quieta con el chiclecito ya, mona, que me estás poniendo nerviosa. Y vosotros, ¿no la habéis escuchado? ¿Deja también tirada la ropa y los complementos?

—Yo he escuchado que todo, supongo que sí... Lo digo porque vosotras os morís por vivir de la moda e igual os podría servir para empezar.

—Hombre, la competencia a El Corte Inglés no se la vamos a hacer, aunque sí es verdad que igual nos podría servir para dar el primer paso. Se la podríamos vender a la gente del barrio y duplicar beneficios, y luego... —Vane soñaba despierta.

—¿Y con qué se la compramos al chino? Vanee, ese tiene mogollón de género y no se ha hecho rico por ser tonto precisamente. Igual nos lo deja muy barato, vale, pero ya te digo que no nos lo regalará...

—Podríamos ir a hablar con él mañana, aunque desde que le dijimos lo del martirio chino no

nos mira con muy buenos ojos, pero...

—Ya, aunque ese parece que conspira contra todo el mundo, por eso no lo digas.

—Yo creo que no perdéis nada por ir —opinó Isra—. Lo habláis con él, y si no os interesa, puerta.

—También es verdad, pero ponte que nos diga que sí, Vane, ¿con qué se lo compramos? Si no tenemos un duro, estamos tías como dos moxamas.

—Los problemas de uno en uno, que eso fue lo que dijo mi madre cuando mi padre la dejó tirada con tres bocas que alimentar.

—Vale sí, de uno en uno, pero ¿qué hacemos? ¿Nos vamos a atracar con una media en la cabeza como “El Melenas”? Porque yo no lo veo... Si dejo de trabajar alguna vez que sea porque me toca La Primitiva y me voy al Caribe a hincharme de mojitos, pero no porque me metan en chirona —le aclaré.

—Qué ganas —me siguió el rollo Isra.

—En tu caso será de tomar mojitos, porque tú de trabajar poquito... Al que le donen los riñones el día que palmes triunfa, porque los tendrás nuevos a estrenar...

—Qué mala eres, Cristian y yo trabajamos en lo que nos sale. Y mientras somos dos cerebros pensantes, porque la idea de comprarle el género al chino es cojonuda, lo miréis por donde lo miréis.

—Es verdad y yo digo una cosa, que no solo se la podéis vender a la gente del barrio, sino que mi primo Jonny os puede hacer una tienda virtual de esas —añadió su amigo.

—¿Tu primo es informático? Pero si no terminó la ESO —le dije asombrada.

—No, pero hace virguerías con un ordenador y se ha metido a hacker, ahora está liado con un robo de contraseñas que dice que le sacará de pobre.

—Bueno, a mí me da igual lo que robe tu primo, si nos deja la tienda virtual baratita, ya veremos. Igual llegamos a un arreglo...

—¿Y no nos haremos un lío? Eso de vender por Internet debe tener lo suyo, Vane, yo no sé si lo veo.

—Oye, si tú y yo vamos a subir como la espuma hay que abrir la mente, ¿eh? ¿O piensas quedarte con un puesto en el mercadillo del barrio? No me calientes el piquito, Jessi.

—Es verdad. Total, nosotras somos espabiladas y el primo de este más, por lo que veo.

—Ya, ese será un hacker, pero nosotras no somos menos piratas, ¿o ya no te acuerdas de que casi atracamos a mano armada por el Vinted?

—Por la cara, con el Vinted hemos hecho nosotras un máster. Me parto, el otro día vendí una falda de mi madre por el triple de lo que le costó y ahora voy a hacer pasar una imitación de unos Manolos de esos del Mango por unos buenos, doscientos pavos le saco fijo a la pija a la que le estoy dando caba.

—¿Y dudas de que seamos capaces de montar nuestra tienda online? Si ya lo veo, y luego unas cuantas sucursales en el centro de la ciudad, en tiendas físicas, para que se nos vea el glamur.

—¿El glamur choni? —le preguntó Cristian, momento en el que se llevó tal colleja que casi le incrusta la gorra en el cerebro.

—Mucho cuidadito con lo que dices, que a esta y a mí nos sobra estilo por los cuatro costados, ¿te enteras?

Se enteró, a la fuerza se enteró, porque ella se puso como una furia. A nosotras no nos pisaba nadie. Lo de las tiendas en el centro tendría que esperar, pero ir vendiendo por el barrio gracias al

boca a boca, eso sí que podría ser. Y aparte, lo que vendiéramos por Internet.

Capítulo 6



Yo me había pasado toda la noche dándole vueltas. Aquella era mañana de sábado y mi madre estaba libre, por lo que andaba preparando un café de esos que reviven a un muerto con unas tostadas que le salían de vicio, con su mantequilla y la mermelada casera que la pobre preparaba en sus pocos ratos libres.

Sin embargo, no cantaba como otros días, y eso no se me pasó por alto.

—¿Qué le pasa a mi Mari? —le pregunté mientras le daba un beso.

—Nada, cariño mío, que estoy aquí con el runrún en la cabeza de lo de las multas de tu padre. Me cago en la estampa del que haya sido, ¿tú te crees que hay derecho a echarle así la pierna por encima a un padre de familia para que no levante cabeza?

—Papá la levantará, mamá. Tú sabes que siempre lo hace...

—Ya, cariño, pero es que se me parte el corazón. Y encima es que siempre nos toca perder a los mismos. No me hagas caso, Jessi, que hoy no soy buena compañía.

—No me digas eso ni en broma, con lo que me gusta a mí estar con mi Mari...

—Y a mí contigo, hija de mis entrañas. Por cierto, que el único consuelo de tu padre es que tú ahora estás trabajando, porque dice que, si esto nos llega a pasar en otro momento, con la burrada que ha subido la hipoteca, a él le da un infarto.

Yo no había dicho nada en casa todavía porque no tuve valor, pero es evidente que las mentiras tienen las patitas muy cortas, aparte de que a mi madre no le puedo yo mentir por mucho que me lo proponga.

—Ay, mamá —suspiré.

—¿Qué pasa, Jessi? Ay, cariño mío, que te has quedado blanca, ¿estás mareada? Ay, que me lo estoy temiendo, no me digas que te ha preñado el Isra porque no sé lo que le hago. Que tú eres muy joven, mi niña, que llevo mucho tiempo diciéndote que tú vales más que él, que tú vales un potosí. Y ahora esto, otra boca que alimentar... A ver, Jessi, que a su casa viene, que, si yo le pongo un plato de comida a cualquiera por delante, fíjate si no se lo pondré a mi nieto, pero que hay que tener más cabeza...

—Mamá, ¡para! Que no estoy embarazada...

—Ay, por favor, qué alivio... Jessi, hija, tú ya eres mayor y yo te lo puedo decir... Creo que estoy sintiendo un orgasmo en estos momentos. Si me ves con los ojos en blanco, ya sabes lo que es... Déjame y no me interrumpas, que necesito una alegría para el cuerpo. Y a tu padre ni mu, que es capaz de encelarse, el pobre está con la moral por los suelos...

—Mamá, me muero contigo, es que me muero —le dije riéndome.

—Y yo contigo, cariño mío. Ya —puso cara de gustito—, ¿y si no estás preñada por qué te has angustiado tanto?

—Porque me han echado del trabajo —le solté sin anestesia.

—Ay, cariño, que se me va la cabeza —se cogió a la encimera—, ¿eso es verdad? ¿Es verdad

lo que acabas de decir? ¿No es una broma de esas de mal gusto como las que me gasta tu hermano? Y mira que le he dicho que, a la próxima, le doy tal guantazo que lo mando para el otro barrio, no va a llegar a triunfar como Tiktok.

—Mamá, no es una broma. Pero tú no te preocupes...

—¿Y eso cómo ha sido? ¿El usurero ese quiere quedarse con la gente justita? Qué asco le tengo...

—No, es que tuvimos el rifirrafe más gordo que te imagines a consecuencia de que le cogió el culo a Vane.

—¿A Vane? ¿Ese degenerado le ha cogido el culo a mi Vane? Ahora mismo me voy a buscarlo y después a su mujer. A ese no le quedan más ganas de meterle mano a mis niñas, te lo juro por la memoria de mi madre —le dio un beso a la medalla que llevaba siempre colgada con la foto de mi abuela Felisa.

—Tranquila, mamá, que Shaila apareció por allí y del disgusto tuvo al bebé sobre la marcha, al lado de las botellas del aceite de oliva virgen.

—Pues al precio que está el aceite, sacarán un meme diciendo que rompió aguas del susto —rio ella y eso me tranquilizó.

—Ay, mamá, ¿no te disgustas tanto?

—Cariño, no te voy a mentir, el dinero lo necesitamos mucho, pero vosotras no vais a trabajar para un depravado así, antes me prostituyo yo...

—Mamá, eso sí que mejor que no lo escuche papá. Y otra cosa, vamos a cobrar el paro, y a lo mejor la Vane y yo nos metemos en un negocio, pero prefiero no hablarte de él para que no pongas el grito en el cielo.

—¿Os vais a prostituir vosotras? Jessi, no, ¿eh? Mira, cariño, que yo sé que no te pude llevar a un colegio de monjas ni nada, pero que yo no he criado a una hija para que...

—¿Qué dices de prostituirme, mamá? Por favor, no inventes, ¿eh? Que servirías para escritora.

—Claro que sí, niña, si soy capaz de escribir huevo con unas pocas de faltas de ortografía —rio.

—Y aun así eres la mejor madre del mundo. Tú deja que yo le dé vueltas a un asunto y ya te contaré.

Capítulo 7



—Estamos en racha, yo lo veo —me decía Vane cuando fui a recogerla, ya con su cigarrillo en la mano.

—Tú menos, porque te vas a llevar un sopapo como me vuelvas a echar el humo en la cara. Mira que me duele la boca de decírtelo.

—Y tú con el chicle, ¿eso qué? No es bueno, eso terminará por afectarte la mandíbula o algo. Tú sigue, ya lo verás...

—Claro que sí, no como a ti el tabaco, que te vendrá genial para todo. Eso es de lo más sano.

—Sano no, pero en estos momentos me es más necesario que nunca. Me relaja y me ayuda a pensar. He echado muchas cuentas esta noche y tampoco necesitaríamos tanto para empezar.

—¿Y eso cómo lo sabes? Si todavía no tienes ni idea de cuánto nos pedirá el chino por el género.

—Ya, pero por algo se ha dicho de toda la vida de Dios eso de dar coba como a un chino, ¿no? Pues igual cuela...

—Sí, sí, el tal Shi tiene una pinta de poder tomarle el pelo, por eso se va forrado para la gran China.

—Que se vaya donde le dé la gana, como si es a la gran puñeta. En cualquier caso, he estado informándome esta noche de aspectos cruciales sobre la operación que traemos entre manos.

—¿No me digas que has estado haciendo un curso online de Finanzas?

—Ni de coña. Primero me he enterado de qué significa su nombre y para tu información te diré que podría traducirse como “honesto”, algo que no me negarás que nos viene de perlas.

—Claro que sí, ¿y alguna otra idiotez más?

—De idiotez nada... Me he metido en el canal de una tarotista, de una que te decía que escogieras un mazo de cartas de entre tres que tenían encima tres piedras de distintas formas.

—Un mazo de cachetadas te daba yo a ti, ¿eso es todo lo que tienes que contarme?

—Que no, vaya mala leche de la que vienes hoy, ¿no te has tomado el café?

—Obvio que sí, tres tazas...

—Vale, eso lo explica todo porque te has puesto que te subes por las paredes... El asunto es que el tarot me ha dicho que voy a triunfar de aquí a unos meses, que me vienen unos cambios alucinantes en la vida y que...

—Ya, y que nadie dice que sean fáciles ni que te lluevan del cielo, pero que si te los curras lo acabarás logrando, ¿es eso?

—Justo, ¿y tú cómo lo sabes?

—Ignorante, porque es lo que vienen a decir todos, palabra arriba o palabra abajo, ¿tú te crees que si le dicen a la gente que su futuro está más negro que la boca de un lobo repiten? Pues no, no repite ni “El Melenas”, y mira que ese no se entera de nada.

—Pues a mí no me vas a quitar la ilusión, yo sí creo en esas cosas, así que vamos a hablar con el chino y a ver qué nos cuenta.

Entramos en la tienda y él se mostró receloso, como siempre que nos veía desde el día del poco acertado comentario por nuestra parte.

—*Blilli blilli, pol* allí —nos dijo y como siempre nos echamos a reír.

—No, esta vez no tenemos ninguna fiesta poligonera, tranquilo, venimos a hablar de negocios, no a comprar nada de brilli brilli.

—No, yo no *quielo dlogas, dlogas* son malas. Yo solo *quielo volvel* a la China.

—Shin no te pases, que nosotras no vendemos droga —le dije indignada porque era lo que me faltaba por escuchar en el mundo.

—*Vosotlas* igual no, pelo *plimo* de esta sí —señaló a Vane.

—Vane, ya te dije que el Yerai va de listo por la vida y en cualquier momento te encuentras a la secreta en tu casa, qué martirio —le dije en relación a su primo, que vivía en su casa con ellas y que todo el mundo sabía que trapicheaba.

—Shin, esas son las malas lenguas, tú ni caso. Nosotras queremos comprarte el género para que te vayas a la gran China la mar de tranquilo y con los bolsillos más llenos todavía, que anda que te lo has montado mal, pero nos lo tienes que dejar todo muy baratito.

—¿Todo, todo? A Shin le puede *intalesal*—dijo él.

—Eso seguro porque Shin es un interesado de dos pares de narices, pero de todo ni mijita. El papel del wáter y eso ya verás dónde lo colocas... Nosotras queremos comprar la ropa y complementos de mujer.

—Ah, Shin *complende*, todo lo que gusta a *poligonelas*...

—Eso sí, ¿cuánto nos cobrarías?

—6000 *eulos pol* todo...

—6000 cabezas de ajo, por no decirte otra cosa, te vamos a dar, Shin... Esa es mucha pasta —le dije del tirón.

—Mi amiga tiene razón, Shin, creíamos que sería menos, corría el rumor de que lo dejarías muy barato.

—Y es *veldad*, es que Shin tiene mucho *génelo* también en la *tlastienda*. Venid —nos pidió.

Lo que nuestros ojos estaban a punto de contemplar era el sueño de cualquier choni que se precie. Brillí brillí a cascoporro en sus más variadas formas, tanto en ropa como en complementos y, sobre todo, en cantidades industriales.

—Shin, nosotras y tú vamos a hacer negocio. Nos vemos el lunes —le dijo Vane, a quien el símbolo del euro se le dibujó en los ojos.

Al salir, me eché las manos a la cabeza.

—¿Me vas a decir que no tenemos que tirarnos a la piscina, Jessi? Mira, estoy tan excitada que se me pueden exprimir las bragas. Yo en este negocio me meto contigo o sin ti, tú eliges.

Capítulo 8



El fin de semana lo habíamos pasado de lo más nerviosas haciendo números. No es que fuera una cantidad de dinero alta, pero para nuestra maltrecha economía se trataba de un pastizal, y más cuando en mi casa la pasta hacía más falta que nunca y en la de Vane también estaban a la cuarta pregunta.

El domingo por la noche estábamos de nuevo en la plazoleta con los chicos, quienes se sentían más que orgullosos.

—Al final vamos a contribuir a que logréis vuestro sueño, y eso que nos decís que no valemos para nada.

—Para echar musculito sí que valéis, que menudos batidos de proteínas os tenéis que estar metiendo —les reprochó mi amiga—, ¿y eso quién lo paga? Vergüenza me daría a mí de vivir a costilla de mi madre.

—Yo pienso igual, a mí no me miréis. Y otra cosita, dar la idea no significa más que eso porque aquí las únicas que nos estamos partiendo los cuernos para ver de dónde sacamos la pasta somos Vane y yo —proseguí.

—Vosotras no tenéis cuernos, Jessi —rio Isra.

—Porque no tenéis huevos de ponérmolos que, si no, con todo el tiempo libre que os sobra, hasta eso podría pasar —les comentó ella.

—Pero si estamos enamorados de las dos hasta las trancas, ¿qué cuernos os vamos a poner? En cuanto a la pasta, ya nos gustaría poder contribuir, pero es que estamos caninos.

—Pues no será literalmente, que os estáis poniendo como toros y de currar en la obra no es —observé.

La verdad es que nos estaban defraudando, aunque el hecho de que nos dieran la idea de invertir nos animó en el peor de los momentos... en uno en el que ya pensábamos hasta en dejarlos, hartas de darles oportunidades y que ellos no parasen de dar muestras de ser unos ninis de mucho cuidado.

Para colmo, Isra venía con su perro, un pedazo de Rottweiler al que tenía rematadamente mal adiestrado y que se pasaba el rato incordiando, de modo que ya nos había tirado el paquete de chuches que estábamos devorando, casi nos tira del banco y en ese momento nos estaba chupando las piernas.

—Y otra cosita, dile a tu perro que no nos chupe, que chupa mucho. Nos chupa él más que vosotros, vamos —les dijo una cabreadísima Vane a la que estaba por salirse humo de las orejas de lo mucho que se estaba devanando los sesos para dar con la pasta.

—Será porque parece que nos estéis cogiendo coraje —le guiñó el ojo Cristian.

—Entre vosotros y el perro, vaya agobio... Jessi, vamos a dar una vuelta nosotras por el barrio, a ver qué se nos ocurre.

Tarjetas de crédito no habíamos querido nunca, porque ya se sabe que se te va un poco la

mano y te sacan los ojos. Tampoco era plan de eso, porque entonces mal negocio haríamos.

—Ya sé, Mariano —se le ocurrió de pronto.

—¿El director del banco? Es muy buena gente, pero ¿qué haremos? ¿Atracarle a punta de pistola? Eso ya lo hizo “El Melenas” y le trincaron, en espera de juicio está. Parece ser que tienen un botoncito debajo de la mesa que ha hecho mucho daño a los pobres atracadores —le dije entre risas.

—Calla, calla, que no... Mariano es un pardillo y sabes que se lo monta en sueños con las dos. Cada vez que hemos estado en su oficina te digo yo que se la ha dejado como un joystick por la noche —rompió en carcajadas.

—Mira que eres mala, pobre Mariano, aunque es verdad que se le van los ojos, hasta se pone rojo cuando nos ve, como si fuese a explotar...

—Y termina explotando, solo que a solas —rio de nuevo.

—Mira que eres guarra, ¿y entonces qué haremos?

—Pues ir a pedirle un préstamo a interés bajo con nuestras nóminas y con nuestro escote —me dijo con voz rompedora.

—El tuyo va siempre por delante...

—Y el tuyo también, lo que pasa es que reconozco que yo soy mucho de demostrar mi *pechonalidad*...

—Pero vamos a ver, has dicho con nuestras nóminas, y la que tenemos ha sido la última porque estamos en el jodido paro.

—¿Y eso quién lo sabe? Nosotras le decimos que nos va de muerte en el curro y que queremos comprarnos un cochecito a medias para ir hasta el polígono a bailar, que la cosa está muy mala para volver solas a las tantas. Y ese firma lo que tenga que firmar.

—Pero eso es estafar...

—¿Y eso por qué? ¿Tú le vas a decir que estás trabajando? Pues no... Tú le pones la nómina encima de la mesa y ese no te pregunta nada más, lo dará por hecho. Si él no te pregunta, tú no estafas a nadie. Eso es de primero de Derecho.

—¿También estudias Derecho en Internet, aparte de nombres de chinos y de darle al tarot?

—Y de hechicería, ahora estoy aprendiendo unos hechizos para hacer amarres. Los próximos que se nos crucen en el camino no se nos escapan, porque tú sabes igual que yo que a nuestros novios les vamos a dar la patada ya mismo.

—Ya te digo, si no se la hemos dado este finde ha sido porque tenemos puesto el chip de empresarias y no abarcamos más, que si no... Qué harta me tiene Isra.

—Pues anda que a mí Cristian...

—Pero al menos él no tiene perro, ¿sabes que la última vez que lo hicimos en el coche de su padre estaba Rocky sentado en el asiento trasero?

—No jodas... Es para matarlo, al dueño digo.

—Y que lo digas, decía que estaba dormido, pero cuando olió a feromonas fue como si oliera a salchichas y no veas cómo se puso...

—Cachondo perdido, igual que el dueño. De verdad que tu abuelo tiene razón y que no sé en qué estábamos pensando el día que nos ennoviamos con ellos, con lo que nosotras valemos, Jessi.

Capítulo 9



A primera hora del lunes ya estábamos sentadas en el despacho de Mariano.

—6000 euritos de nada para comprarnos un Citroën C3 que hemos visto en el concesionario del barrio y que nos dejan tan baratito por ser nosotras, porque la verdad es que costaba más. Es una ganga y sería una pena perderlo, que no veas el miedo que pasamos cuando volvemos del polígono a las tantas, con tanto pervertido como hay suelto —le dijo ella haciéndose la mártir.

—Claro, porque vosotras no tenéis novio, ¿no? —nos preguntó él, que debía rondar los cuarenta y tenía pinta de seguir viviendo con su madre, porque era para verlo, no podía ponerse más colorado, por mucho que los ojos se le fueran para nuestros escotes.

—Qué va, qué va, nosotras no hemos encontrado todavía a un hombre en condiciones que nos valore, porque de esos quedan pocos. Ya sabes, un hombre como tú —le soltó ella y él se echó mano al pecho, para mí que podía ser un amago de infarto, pues no debió verse en otra en su vida.

—Gracias, gracias... Bueno, pues por esa cantidad y con dos nóminas, no habrá ningún problema, podéis quedaros tranquilas, ¿os puedo ayudar en algo más? ¿Queréis un cafecito?

—No, no, que nosotras vamos volando a ver al chino... Bueno, es que el dueño del concesionario es chino —corrigió cuando le di un puntapié—. Y sí, es un Citroën, ¿qué pasa? ¿Es que los chinos solo pueden vender Toyota?

—Cariño, que Toyota es una marca japonesa —le corregí delante de él como quien lava y no enjuaga.

—Ay, qué lío me estoy haciendo, es por la emoción. Mariano, hombre, enróllate y a ver si el dinero puede estar ingresado pronto.

—¿Tenéis mucha prisa? ¿Para cuándo lo queréis?

—Para hace un cuarto de hora, pero si nos lo tienes a lo largo de la mañana, te lo perdonamos —le envió un besito sobre su mano desde la puerta.

—¿Esta mañana? Vale, vale, haré todo lo posible.

Salimos a la calle y me tronchaba.

—A este sí que le hemos dado coba. Madre mía, solo espero que el negocio nos salga bien porque ahora encima tenemos una trampa.

—No, Jessi, una trampa es no saber pensar en grande, que es como vamos a pensar tú y yo a partir de ahora, ¿vale? Lo otro es una letrita de nada que la pagaremos con desahogo.

—Desde luego que yo no sé si el negocio nos saldrá bien, pero lo que es seguro es que, si no, te conviertes en *coach* fijo, no veas si se te da bien levantar el ánimo.

—Y otras cositas también, aunque al Cristian ya ni ganas tengo, lo estoy aborreciendo. Por cierto, anoche seguí estudiando lo del amarre y...

—Madre mía, Vane, loca de amarrar estás tú.

Mariano no pudo darse más risa, de manera que yo tuve que reconocer que aquella loquilla de

mi amiga resultaba efectiva. Por la tarde, fuimos a ver a Shi ya con el dinero en la mano.

—*Vosotlas sel lápidas, el univelo plemia* a la gente *lápida* y *tlabajadola*, no a la gente vaga —nos decía él.

—Pues entonces tú te vas a llevar un premio que no te cabrá en el avión, porque los chinos otra cosa no, pero currar curráis como cabro...

—Como campeones quiere decir, Shin, como campeones —la interrumpí porque esa gente no era amante de los tacos y yo no quería cabrearlo.

Pactamos que la entrega del género nos la haría en los siguientes días y hasta nos permitió entrar en la trastienda y echar un ojo a todo de un modo más detallado, mientras él seguía trabajando fuera.

—Madre mía, mira qué cinturones más chulos, con sus cristales, ¿no te dan ganas de manganar uno? Porque a mí me da subidón hacerlo, no lo puedo remediar. Me pone, me pone como tú le pones al perro de...

—Calla y no me lo recuerdes, ¿estamos? Y quizás no te has dado cuenta de que ya todo esto es nuestro, ¿a santo de qué lo tienes que manganar?

—Anda, si es verdad. Por una vez tienes razón y eso que a veces pienso que cada vez que haces una pompa con el chicle te cargas unas pocas de neuronas.

No podía estar más contenta y ese día llegué a mi casa pletórica. Mi madre estaba echando el arroz al puchero y mi hermano grababa sin parar, para no variar.

—Richar, ¿tú no puedes dejar de hacer tonterías con la cámara en todo el día? Mira que mamá está pensando en llevarte al psicólogo. Al de la Seguridad Social, eso sí, porque está la cosa que arde.

—Yo sí que voy a echar a arder las redes, hermanita. Tú no te lo crees, pero de pobre os voy a sacar yo.

—Dame un beso y oye con las orejas... Las cosas van a cambiar en esta casa porque me acabo de meter a empresaria.

—¿A qué dice que se ha metido la niña, Mari? ¿No será a pilingui? —le preguntó mi abuelo, que se negaba a ponerse el sonotone, el cual tenía muerto de risa encima de su mesilla de noche porque decía que le restaba sexapil.

—Que no abuelo, que me he metido a empresaria. Le dije a mi madre que le estaba dando vueltas a una idea, y al final no me lo he pensado mucho.

—¿Y qué idea es esa? ¿No me digas que al final haces un curso de esteticista con Saray y te asocias con ella?

—Que no, mamá, que a ella le va de maravilla con su madre, qué cosas dices. Yo me he asociado con mi Vane.

—Pero hija, si la Vane está como tú, que veis las dos un euro y dais un salto olímpico, ¿eso cómo puede ser?

—Porque hemos pedido un crédito —le dije justo antes de que a ella le diera un mareo y tuviera que abanicarla mientras mi hermano decía que sacaría con la escena el mejor TikTok del mundo, que a ese mareo había que sacarle partido y blablablá.

Capítulo 10



Por mediación de mi vecina Marisa alquilamos un pequeño trastero en el barrio en el que meter toda la mercancía cuando llegase.

—¿Lo ves, Jessi? ¿Lo ves? —me decía Vane emocionada ante la visión del pequeño trastero. Era por la noche y allí no se veía nada, ya que por toda luz tenía un casquillo con una bombilla, y esta tenía más mierda que la de una cuadra.

—Pues ver veo bien poco, la verdad, pero que ya sé lo que estás pensando.

—Que este es el comienzo de un emporio.

—Se dice imperio, Vane, no empieces con tus tonterías. Y deja ya el cigarrito —le dije tirando de él.

—Ni se te ocurra pretender que deje el tabaco en los que son los días más emocionantes de mi vida, que estoy totalmente atacada. Y yo dejaré el tabaco cuando tú dejes el chicle, que le das más vueltas que un garbanzo en la boca de un viejo, Jessi.

—Qué tonta eres...

—Y que sepas que también se dice emporio, ¿o tú no has escuchado eso de Emporio Armani? ¿Sabrá ese cómo se dice? A lo mejor está mal asesorado, vamos...

—Ni vamos ni venimos... Bueno, en realidad, por lo que nos cuesta el alquiler, el trastero está genial...

—Sí, huele un poquillo a humedad, pero para eso me traigo yo el deshumidificador de mi casa, el que compró mi madre en el Wallapop, no sea que se nos apulgare el género.

—¿Pero ese no lo compró tu madre por lo del asma de tu hermana Lore? Aguanta el genio, que a ti te ha dado la vena empresarial y ahora eres capaz hasta de cargarte a la niña, ¡qué fuerte!

—Si ella ya va mucho mejor, y como yo le digo, que nada como el aire libre para eso, que lo mejor es coger la calle.

—Ya, como la cogemos tú y yo, que somos dos gatos callejeros. Pero a mí me haces el favor y el aparato ese lo dejas en tu casa, no sea que a la niña le pase algo y me muera yo del remordimiento, que tú mucho jurar por su salud y...

—Querré yo que le pase algo a mi hermana, ¿me estás queriendo decir eso, Jessi? ¿Me estás llamando insensible? Porque mira que a sensibilidad no hay quien me gane, tú me conoces mejor que nadie —se puso a la defensiva del tirón.

—Sí, sí, tengo múltiples ejemplos de tu sensibilidad, podría hacer un libro con ellos y sería un *best seller* del disparate...

—Para empezar los libros no se hacen, los que se hacen son los niños... Los libros se escriben, cacho burra...

—Pues puestos así, los niños se confeccionan —me quise quedar con ella, me divertía cantidad.

—¿Y eso cómo va a ser? Ah, es verdad... se confeccionan, ¿tú no has oído hablar de la

confección de los niños? Es cierto.

—Será de la concepción, ¿no? A ver si te crees que los niños se hacen con los patrones del Burda, la revista esa de costura que compra tu madre, ¡que me estoy quedando contigo!

—No, si ahora no sabré yo cómo se hacen los niños, con la de clases que llevo —me guiñó ella el ojo.

—Eso es verdad, la teoría para mí que la llevas floja, pero en la práctica vas sobrada, vas de matrícula de honor.

—¿De matrícula de honor? ¿Eso qué es?

—Eso es algo que está por encima del sobresaliente...

—Sí, claro, como que por encima de un sobresaliente puede haber algo, tú yo flipas mucho, ¿eh?

—Que sí, tía, mira que te gusta porfiar...

—Por ahí vienen esos dos, se lo voy a preguntar... Cristian, corre —le señaló—, que dice Jessi que se puede sacar más de un sobresaliente en un examen, ¿tú qué opinas?

—Que es una trolera. Ten cuidado, Isra, no sea que te la esté pegando, que esta miente mejor que Pinocho.

—Ven aquí, mi Pinochita —me dijo él mientras Rocky, su perro, que pesaba más de ochenta kilos y tenía ese nombre por el famoso boxeador, del que Isra era fan, se alegraba de verme más que él, y lo hacía con unas muestras de efusividad en mi pierna que me agobiaban lo más grande.

—Dile que se quite, hazme el favor, que me entra un calor tremendo cuando me hace eso, qué sofoco...

—El calor más bien le entra a él, que este te quiere más que Isra —se reía mi amiga mientras veía el plan.

—Tiene razón Vane, es que el animalito se pone loco cuando te ve...

—¿Loco? Venga, vamos a dejarlo en loco porque no quiero polémica, pero este, más que saludarme, parece que quiere hacerme un hijo —le decía yo mientras trataba de zafarme.

Y nada, que un rato después allí estábamos los cuatro mirando al pequeño cubículo que era la materialización de mi sueño y del de Vane, algo de lo que se sentían la mar de orgullosos...

—Mi madre me ha dicho que por fin hago algo que Dios me lo puedo agradecer, que para cuándo es la boda —le preguntó Cristian a Vane.

—No sabía yo que todo lo malo se pegase, ¿desde cuándo le da tu madre a los porros? Tiene guasa, con su edad y enganchada —le contestó ella sin saber dónde meterse.

—Yo sí que estoy enganchado a ti, rubia, y a tus...

—Y a mis tetas, eso te lo compro, pero lo otro...

—¿Y qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Nada, en concreto nada, porque cualquier prueba que me traigas y que apunte a que eres medianamente normal pensaré que es más falsa que un billete de quince euros, así que lo tienes jodido.

—Cuánto te gusta hacerme rabiar, Vane... Y, además, ¿para qué quieres tú un novio normal teniendo aquí a tu Cristian?

—No, la pregunta es para qué quiero yo un novio, directamente, porque tú me rayas mucho, es que me rayas una cosa mala y me estás taladrando el cerebro... Al final pensaré que ningún tío vale la pena.

—Y a mí no me miréis que yo pienso exactamente igual —les comenté.

—¿Tú? Pero si tú tienes cariño doble: el mío y el de Rocky, Jessi.

—Sí, demasiado cariño veo yo aquí... Y dile al perro que deje de chuparme las piernas, que no soy un pirulí.

—Es que eres un caramelito, preciosa, ven aquí...

Me lo tuve que quitar de encima a codazos... Pensaréis que a Isra, que también, pero hablo del perro, que era ver una muestra de efusividad hacia mí por parte del dueño y querer doblarla él. No se podía sentir una más asfixiada.

Capítulo 11



Al final de la semana, el chino echó el cerrojazo al bazar.

—Ha corrido más que un galgo, dice que en un rato nos pasa la mercancía —me comentó Vane.

—Qué tío, aunque lo cierto es que al final se ha enrollado con el precio porque no veas si nos ha vendido género, ¿tú crees que cabrá todo en el trastero?

—Claro que sí, cariño. Y si no, pues alquilamos otro y listo.

—Claro que sí, Vane Ortega —le dije asintiendo.

—Oye, Jessi, el cerebro se te está atrofiando con tanto negocio, ¿qué dices de Ortega? Yo soy Vane Fernández Fernández, tengo un apellido largo, como los de la nobleza...

—Claro que sí, será largo y no repetido, vamos... Y lo de Ortega lo digo porque te has creído que eres la hija de Amancio Ortega, pues la llevas clara como pretendas alquilar nada más. Aquí no se invierte ni un euro hasta que el negocio no empiece a arrojar beneficios.

—Oye, qué fina te has puesto con eso de arrojar. Cómo se nota que te estás culturizando para convertirte en empresaria, si no hay más que verte, las pintas que me llevas.

—¿Qué pintas ni pintas? Yo no he cambiado nada, ¿eh? Que a mí el dinero no me va a afectar...

—Claro que no, tú como la Rebe de Élite... No le gusta nada a mi hermana llamarse como ella... La muchacha tiene que llevar el uniforme del insti ese pijo, pues lo lleva, pero hay que ver con el glamur que lo lleva, con sus medias de red de esas de cuerpo entero debajo y sus pedazos de aros en las orejas, que le dan para colgarse un loro de cada una...

—Tiene estilo, eso es verdad... Cuando lo hay, lo hay, y yo el mío no lo pienso cambiar por nada del mundo.

—Ni yo, ni yo, perdona si te he ofendido, que yo sé que tú antes muerta que pija.

—Ya te digo... Mira, muero de la emoción... Por fin viene ahí la mercancía.

Otro chino con una furgoneta se bajó. Supimos que era otro porque este traía bigote, porque por lo demás, todos nos parecían iguales. Y el bigote era suyo porque Vane le dio un tirón para comprobarlo y el chino se puso en guardia, ante lo que ella se puso a la defensiva y le amenazó con darle tal patada en los cataplines que le dejaría más amarillo de lo que ya venía. En fin, que a Vane los nervios le daban por zurrar y a mí por morderme el labio, que me lo estaba poniendo que daba pena de los nervios.

Sin mediar palabra, que ni él conocía nuestro idioma ni nosotros más mandarín que el de la famosa fruta, nos dejó allí las cajas y salió como alma que lleva el diablo.

—Para mí que le hemos timado, ¿tú has visto la cantidad de cajas que hay aquí? Si yo diría que al final nos ha enviado más género del que le hemos comprado...

—Yo también lo diría, con lo que no contaba es con que el chino nos lo dejara a pie de calle, yo creí que esto era como Ikea y que te lo metían donde tú quisieras.

—Que te metieran, ¿qué? Porque muy desesperada tendría que estar yo y aun así me hago antes un apaño con...

—Vane, Vane, que digo el género en el trastero... No gastes más energía y vamos a lo que vamos, que tenemos mucho trabajo por delante. Haz algo.

—Tienes razón —cogió el teléfono.

—Ahora no vayas a videollamar a tu casa, ¿eh? Que a las niñas se les antojará todo y esto hay que amortizarlo.

—¿Qué dices de casa? Voy a llamar a esos dos, a ver si por fin doblan el lomo. Y en el fondo me lo tendrán que agradecer, porque igual lo tienen en garantía y así sabrá si les funciona o no...

—Es verdad, porque esos dos lo único que han ejercitado en su vida ha sido el pito —reí.

—Bueno, y los brazos y eso, que hay que reconocer que buenos están...

—Ya te digo, si no fuera por eso, ¿a santo de qué habríamos cargado con ellos? Para astronautas no van, desde luego.

—No, y eso que a mí Cristian me da unos enviones en la cama que dice que un día me envía al espacio sidral ese, y mira que yo le digo que a mí no me gusta la sidra, que se la beba su...

—Al espacio sideral, Vane, sideral... Oye, tú te vas a tener que refinar como empresarias que vamos a ser, ¿eh? Eso o dejarme a mí hablar con las clientas...

—Claro que sí, ¿no ves que nuestras clientas son como la princesa Leonor y su hermana? Lo mismito... Con decirte que a la Melani le ha dado un chungo con unas pastillas que le vendieron en el polígono y ahora le quedan las neuronas justas para ir a perrear y poco más.

—Pues como antes, me dirás tú que esa iba para ministra, vamos...

—Oye, por eso no lo digas, porque yo me he enterado de que para ser del gobierno en este país tampoco hay que tener estudios, así que me estoy planteando que me hagan ministra de Moda...

—Déjalo, Vane, mira, por ahí vienen ya esos dos.

Capítulo 12



—Venga, menos quejas, que para algo os tienen que servir los musculitos —les decíamos a los dos mientras, caja a caja, las iban metiendo en el pequeño trastero.

Nos mirábamos la una a la otra, y no dábamos crédito. Por fin nos íbamos a convertir en empresarias, y por mucho que no fuese de una cadena como Inditex, para nosotras era lo mismo... la culminación de un sueño. Vane y yo solo veíamos nuestra vida envuelta en brillo, como el que desprendían esas prendas que estaban metidas en las cajas.

Para ir haciendo las primeras fotos y demás, nos habíamos comprado en Amazon un par de percheros que nos sirvieran de expositor y estábamos más que dispuestas a hacer directos y todo lo que hiciese falta, probándonos la ropa y complementos y luciéndolo todo en la plazoleta. Incluso mi hermano Richar se ofrecía con el tema del TikTok a darnos publicidad. Ya podíamos divisar la cima del éxito.

Una vez que todas las cajas estuvieron convenientemente apiladas, a mí me temblaban hasta las pestañas, lo mismo que a Vane...

—Pues nada, ahora la cuestión es ir abriéndolas para ponerles las etiquetas e ir clasificando.

—¿A que te pincho? —me amenazó en broma mi amiga, que era única imitando a Paz Padilla en el papel de Chusa, la yonqui de la serie La que se avecina, provocando siempre que me partiese de risa.

—No tendrás tú guasa ni nada, estate quietecita con el cúter, anda, que al final hasta me pincharás de verdad y no tendrás barrio para correr.

—Mira que eres sosa. Venga, haz tú los honores —me dijo dándome el cúter para que abriese la primera caja.

Creo que no me equivoco si digo que se trataba del momento más emocionante de mi vida desde el día que nació mi hermano Richar, aunque, a decir verdad, al pobre le tuvieron que sacar con fórceps y yo me llevé una decepción la primera vez que lo vi, dado que tenía toda la cabeza de lo que viene siendo de toda la vida de Dios un pepino. Pobrecito, mi niño, menos mal que ya se le fue poniendo redondita como una pelota con el paso de los días y entonces comprobé con alegría que se parecía tela marinera a mí, o sea, que era una monería de criatura.

Abrí la primera caja y me extrañé un poco, porque vi unos cuantos papeles de periódico encima...

—Anda que es fino el chino, no podía haber puesto papel de burbujitas para envolver estas filigranas —le dije destapándolas y encontrándome en lugar de la ropa y complementos, un puñado de piedras. Sí, como lo lees, de piedras... Yo creí que me daba, lo creí firmemente...

—¿Y esas piedras? Anda que no son cachondas nuestras chicas, esto lo han hecho para que curemos —le dijo Cristian a Isra.

—Para que curréis vosotros más bien tendríamos que ir a Fátima y tirarnos allí de rodillas, idiotas —les dije con mala leche reconcentrada—. Eso no lo hemos puesto nosotras...

—¿Y entonces? Yo no entiendo nada, ¿para qué ha puesto el chino piedras en esa caja en lugar de...?

—¿Para reírse de nosotras? —le pregunté levantando el cúter.

—No, por favor, no lo hagas —me pidió Isra mientras yo negaba en la cabeza pues, por muchas ganas que les tuviera, lo único que iba a perforar era la solapa de la siguiente caja.

Mi gozo a un pozo... Quise pensar que el chino, pese a que no se había reído desde el día de su nacimiento, quizás nos hubiera gastado una bromita con la primera caja... Una bromita que sería para mandarlo a la gran puñeta sin viaje de vuelta, pero no... La segunda caja contenía lo mismo, y la tercera, y la cuarta...

En la última de ellas, encontramos una nota en la que ponía, literalmente: “Esto sí que es un *maltilio* chino”.

El jodido chino nos la había tenido guardada desde el día que hicimos el desafortunado comentario y había huido con nuestro dinero sin dejarnos más que un puñado de piedras y un montón de ilusiones rotas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras me levantaba, tras ver la nota, y el lumbrera de Isra, que no la había visto, no tardó en preguntarme.

—Jessi, ¿en la última caja qué hay? ¿Unos cuántos kilos de cebollas? Lo digo porque no veas con los lagrimones.

Si hubiese estado de mejor humor, le habría hecho una evidente rima con cebolla, pero no era el caso.

Vane cogió la nota y ella se alteró una barbaridad...

—¿El chino ya ha cogido el avión? —les preguntó a los chicos.

—Le hemos visto salir para el aeropuerto, según veníamos para acá... Iba con unas pocas de maletas y...

—¡Maldito sea! ¡Huye con maletas y maletas llenas de nuestra pasta! —chillé.

—Tampoco te emociones tanto, Jessi, que seis mil euros abultan menos que un cuarto de mortadela —me aclaró Isra, que como la cosa no iba con él, tenía ganas hasta de hacer chistecitos.

—Coged las motos, que nos vamos...

Las suyas eran unas *scooters*, tampoco os creáis que iríamos al aeropuerto en la moto de Marc Márquez, pero menos da una piedra. Hasta allí llegamos con una ventolera impresionante y, sobre todo, con un ansia de venganza que hasta a mí misma me daba miedo.

Una vez dentro, nos fuimos directos para los paneles, viendo que estaba listo para embarcar el siguiente vuelo para China... Miré hacia la zona de embarque y allá que iba ese estafador, con las piernas tan chiquitas que tenía, pues más corría pese a ello.

—¡Shi, no huyas! ¡No quiero que te vayas de España sin llevarte lo tuyo! —le chillé con el puño en alto.

—Con el nombre que tiene, que parece un estornudo, y lo listo que es el tío, ¿tú le agarras y yo le arreo? —me propuso Vane.

—No, agárralo tú y yo le doy hasta en las orejas, ese va a cobrar antes de irse.

—Ese ya ha cobrado por adelantado —me decía ella mientras nuestros pies nos llevaban a toda velocidad hacia él.

El problema fue que, justo cuando le íbamos a echar mano, se metió entre la gente aprovechando que para jugador de baloncesto no servía, eso ya os lo digo, porque debía tener la altura de un tamagochi.

Por más que quisimos pasar y por más que les comentamos a los de seguridad que se trataba de un peligroso delincuente buscado a nivel internacional (algo había que decir), nos pararon en seco y el tío siguió impunemente su camino.

Había pasado en cuestión de un rato de vivir el momento más emocionante de mi vida, al más frustrante. Estaba destrozada.

Capítulo 13



A mi madre no quise decirle nada porque bastantes problemas teníamos ya en casa, de manera que me levanté al día siguiente como si nada pasara. Era sábado y allí estaba ella dándolo todo por Kiko y Sara cuando llegué a la cocina.

—Qué contenta te veo, Mari —le di un beso en la cara.

—Hija, es que como dicen que “quien canta sus males espanta”, pues eso... que más me vale cantar porque hasta que el Richar no nos saque de pobres con lo del TikTok ese, lo llevamos chungo...

—Vaya por Dios, mamá, pues entonces estamos apañados...

—Bueno, quien dice tu hermano dices tú, que por fin vas a ser empresaria, ¿ya lo tenéis todo metido en el almacén? —se refirió así al trastero, ella se estaba ilusionando ya también con el negocio.

—Más o menos, mamá —apreté los dientes.

A mi madre, como a la mayoría de las madres del mundo, ya he comentado que no se le puede mentir porque tiene un detector y te coge antes de que hayas soltado la primera frase, por lo que aparté la vista de ella, momento que fue peor todavía.

—Mírame, Jessi —me cogió la cara—. Tú sabes que pillo las mentiras al vuelo, ¿qué ha pasado?

—Mamá, vale, te lo voy a contar... Pero tú tienes que prometerme que guardarás la calma.

—¿Y cuándo no la he guardado yo? —me preguntó y yo ya notaba que el camisón no le llegaba al cuerpo, hasta le estaba entrando una especie de tic.

—Bueno, vamos a dejarlo, con que la guardes hoy será suficiente. Mamá, a Vane y a mí nos han timado. El chino ha salido corriendo y nos ha dejado un puñado de piedras, se creería que Vane y yo vamos a construir otra Gran Muralla o algo...

—¿Un puñado de piedras? ¿Y dónde está? Porque te juro que me lío a pedradas con él y van a tener que hacer virguerías para recomponerlo.

—Mamá, se ha ido a la China, ese ya es un caso perdido...

—Sobre todo porque a ver quién lo encuentra entre tanto chino... Santo cielo, hemos caído en desgracia —la que cayó, pero a plomo en la silla, fue ella...

—Mamá, por favor, no me des sustos, no sea que se te suba la tensión o algo.

—Tú tranquila, hija, que yo la tensión siempre la he tenido baja y eso dicen que es como un seguro de vida, a mí lo que se me va a subir es la bilirrubina.

—Déjate, mamá, que entonces te vas a poner amarilla también, y todavía te dará más coraje...

—En eso tienes razón, hija. Cuando la tienes, la tienes. Jessi, mira que yo no veía claro lo del tema del negocio, ¿y ahora qué?

—Pues ahora hemos pedido un préstamo y tendré que limpiar escaleras a pares para

pagarlo...

—Eso será si te salen, hija, porque vaya plan. Y todo esto no podía venir en peor momento, ¿y si demandamos al gobierno chino? Esta es una afrenta nacional...

—Mamá, por favor, en eso está pensando Sánchez ahora mismo, en buscar gresca con China para favorecernos a nosotros —suspiré.

—Eso es verdad, los pobres no le interesamos a nadie. Ay, Dios mío, y esto no ha podido llegar en un momento peor. Estas Navidades tendremos que pintarles ojos a los fideos para que parezcan angulas —me dijo y no tuve más remedio que echarme a reír.

—Mamá, si nosotros siempre hemos salido perfectamente adelante, por eso no lo digas...

—Pero es que ahora tenemos también lo de tu padre, lo de las multas esas que al pobrecito lo traen por la calle de la amargura, ¿tú no te fijas en que se le han quitado hasta las ganitas de comer?

—Ay, Mari, no me digas eso, que me da sentimiento.

—Si es que ayer fue a ver cómo las podía pagar y la cosa está jodida. Lo hagamos como lo hagamos, las vamos a pasar canutas...

—No, mamá, yo pienso arrimar el hombro. Tú tranquila, que en esta casa no faltará un plato de comida...

—Un plato de comida no sé, pero que tendremos que echarle un litro de agua al puchero para estirarlo, eso ya te lo vaticino yo. Y que parece que nos han puesto dos velas negras, también.

Menuda responsabilidad que sentía sobre mis hombros. Mi familia nunca había estado tan chungu económicamente y a mí me pillaba en el peor de los momentos.

Tenía que empezar a buscar trabajo, por lo que me fui a buscar a Richar...

—Niño, tú que tienes más arte que yo para estas cosas.

—Por fin lo reconoces. Ven, que grabamos un TikTok tú y yo, los dos juntos. Quiero compartir mi éxito contigo...

—Richar, ¿tú cuántos pajaritos tienes en la cabeza? Yo lo que quiero es que me ayudes a poner anuncios para limpiar cuantas más escaleras, mejor.

—Pero ¿tú no ibas a convertirte en empresaria? —me preguntó decepcionado y eso sí que me dolió.

—Sí, cariño, pero tendré que esperar un poco más. Ya dentro de un tiempcito, si eso.

Me dio un fuerte abrazo porque si de algo podía presumir yo era de familia unida, como en la famosa canción de los payasos de la tele.

Capítulo 14



Por la noche quedé con Vane. Habíamos llegado a la clara conclusión de que...

—Nos han echado un mal de ojo, me lo ha dicho el tarot, que lo acabo de consultar antes de salir. Jessi, había tres barajas: una con una piedra azul, otra rosa y otra dorada, y yo tenía que escoger una. Mira que lo dudé, ¿eh? Porque el rosa era como rosa chicle y ese color es muy elegante, siempre me ha tirado... Pero claro, el dorado era igualito al de mis aros y a mí, donde se me pongan mis aros, no se me pone nada —se llevó la mano a las orejas para comprobar que seguían ahí. Pues normal que siguieran, anda que no se habría dado cuenta si se le llegan a caer. Uno de esos aros echa a andar por la acera y es capaz de atropellar a una vieja, como si fuera un patinete.

—Déjate de tontunas, Vane. El origen del mal, el verdadero origen del mal, está en los chicos. Ellos nos dieron la idea y, como siempre, la han cagado. Ninguno de los dos abre la boca más que para jodernos la vida, y yo ya estoy harta.

—Es verdad, el tarot me dijo también que...

—¡Vane, ya! ¡Qué harta me tienes con el tarot! ¿Cuándo te vas a enterar de que te estoy hablando en serio?

—¿Y yo a ti no? La madre que me parió, te cuento que el tarot me ha dicho que encontraré el amor en breve. Y con Cristian no será, porque con ese no sé dónde lo he puesto, pero no aparece —rio.

—El día de dejarlos es hoy, por ahí vienen.

Los dos se las prometían muy felices. Venían con su chándal nuevo, que para eso era sábado por la noche.

—¿Qué, preciosidades? ¿Nos vamos un ratito a bailar al polígono? —nos preguntaron.

—¿Llevo yo la raya del ojo como para ir a bailar al polígono? —le pregunté yo porque apenas había tenido ganas de maquillarme. Eso solo me pasó una vez cuando se equivocaron y, en vez de entregarme un paquete del Shein, me entregaron uno de El Corte Inglés que contenía una chaqueta de Burberry.

—No, la verdad es que no... ¿te pasa algo, guapa? —me preguntó Isra, quien ya venía preparado para darlo todo por la noche, razón por la que dejó a Rocky en casa.

—Me pasa que me pones enferma, Isra, eso es lo que me pasa —le respondí sacando carácter.

—Se dice mala. Te pongo mala, no lo niegues. Y lo entiendo, ¿eh? Lo entiendo perfectamente porque es normal, tú a mí también me pones malo, ven aquí —me cogió por el pelo.

Sin más, yo también le cogí a él por el pelo, dándole un buen tirón.

—Tía, que me has hecho daño... Joder, menos mal que yo uso gorra, porque un poco más y me dejás calvo.

—Igual así te da el sol directamente en la nuca y absorbes mejor las vitaminas, porque a ti te falta un hervor.

—¿Las vitaminas? Si yo tomo de todo para estar así —sacó bíceps y me dieron ganas de darle un bocado y desinflárselo.

—Lo que Jessi quiere decir es que tenéis el cerebro de un mosquito, que no nos llegáis ni a la altura del zapato... Vamos, que os pensamos dejar y que no queremos ni que os volváis a acercar a nosotras —intervino Vane.

—Claramente nos están vacilando —le dijo Cristian a Isra.

—Claramente, como diría Shakira, os estamos dejando. Y otra cosa, para hacerle caso a ella y facturar, que es lo que hacen ahora las mujeres, no os queremos más en nuestras vidas.

—Bien dicho, Vane, ¿os estáis enterando? Esto ya no es otro toque de atención de los muchos que os hemos dado. Ya nos duele la boca de deciros las cosas, no valéis ni lo que dieron por bautizaros a los dos. Nosotras estamos empoderadas, así que a tomar viento fresco, queremos que os abráis, que os piréis, que no nos molestéis más.

—Si es que servís para todo... Menudas dos actrices se está perdiendo el cine, cualquiera diría hasta que estáis hablando en serio —rio Isra mientras trataba de darme un beso y yo le hacía una cobra.

—Es que os estamos hablando en serio. No nos habéis traído nunca nada bueno, pero ahora ya es el colmo: el chino nos ha estafado por vuestra culpa.

—Eso es muy injusto, no podéis culparnos por eso. Os dimos la idea de vuestra vida...

—Una idea cojonuda, ahora estamos igual de pobres y con un préstamo por pagar. Solo nos falta que se nos quede mirando fijamente un gato negro y ya tendrán hasta que ingresarnos —suspíré.

—Rocky es negro y es un perro cojonudo, por eso no lo digas.

—Tú lo has dicho, Isra, un perro, y lo de cojonudo doy fe, no me ha hecho un hijo de milagro. De todos modos, la fama la tienen los gatos, aunque eso es una tontería porque son divinos, aquí los únicos que nos traéis la ruina sois vosotros, que ojalá le hubiera hecho caso a mi abuelo, él te caló desde el primer momento, y a Cristian también.

—Tu abuelo me tiene manía porque tú siempre le has permitido hablar mal de mí, por eso, y de paso de mi colega también, pobrecito, ¿no ves la cara que se le ha quedado?

—Esa cara de lelo ya la tenía este de antes —le aclaró mi amiga—, que no sé por qué me gustó, con la risa esa que gasta, que es como la de Denver en La casa de papel.

—¿Y qué le pasa a Denver? Un tío muy listo que es, y bien guapo —se quejó Cristian.

—Listo sobre todo... En realidad, los listos habéis sido vosotros, que lleváis toda la vida viviendo del cuento. A nosotras no nos dais más coba, ¡anda y que os den!

Capítulo 15



Nos fuimos a bailar al polígono. Sí, tras dejar a aquellos dos, nos dirigimos a nuestras casas a ponernos divinas de la muerte, y nos largamos a celebrarlo. Total, nos sentíamos súper aliviadas.

Yo tengo la teoría de que no hay ningún mal que no pueda quitarse bailando en uno de sus locales o haciendo botellona en sus alrededores, mientras los pies te duelen a morir a consecuencia de unos zapatos de esos plasticosos con alta plataforma que te hacen unos pies preciosos, y de paso te mueres de frío mientras enseñas pechuga y, a poder ser, barriga.

Llegamos y, antes de entrar, vimos a Saray que estaba allí con otras amigas nuestras.

—Pero qué pedazos de extensiones te has puesto, si te llegan por el culo —le dijimos mientras ella se volvía para que se las viésemos bien.

—¿Os gustan? Las pone mi madre ahora también en la pelu. Dice que hay que renovarse, que si no el negocio se estanca y que es el peor momento para eso.

—A nosotras nos lo va a decir... Oye, Saray, ¿tú no sabrás de algún currito que pueda hacer yo? Es que estoy en una situación chungu, pero chungu. Ni ganas de venir tenía, con eso te lo digo todo.

—¿Qué dices, niña? Si el reguetón lo cura todo, ¿a ti eso no te lo ha enseñado tu madre?

—Mi madre está contenta conmigo, mejor ni te cuento...

—Vaya por Dios, vosotras es que os deberíais meter en algún negocio, que eso de trabajar para los demás no mola. Te explotan y encima hasta te cogen el culo, como te descuides.

—Ni me lo recuerdes, menos mal que a ese sinvergüenza le ha costado caro, dicen que Shaila no vuelve con él ni amarrada, anda que no me alegro.

—Pues sí, menudo tarado salido, vaya tío, ¿y vuestros chicos?

—Esos en el baúl de los recuerdos, como canta mi abuelo. No sabes lo que le gusta Karina, cuando salió en el GH VIP, no había quien le apartara de la pantalla.

—¿Los habéis dejado? ¡Bienvenidas al club de las chulas! ¿Quién necesita tíos? —nos preguntó ella mientras chocábamos los cinco, que para eso nosotras éramos chonis evolucionadas, eso que ahora llaman MDLR en todas las redes y demás, pero que es lo mismo, se llame como se llame.

Por allí merodeaban todos los chicos del barrio, a excepción de Isra y Cristian, que esos no debieron lamerse las heridas. Las capuchas, los chándales chillones, los peinados cenicero y las cejas partidas, junto con las riñoneras, las zapatillas de muelles y las cadenas de oro eran su signo de distinción.

Nosotras íbamos en nuestra línea: uñas de gel que se veían a kilómetros, pestañas postizas, moños altos y brillo por demás... O sea, que estábamos en nuestra salsa y, a pesar de ello, como que no me podía quitar de cabeza lo que traíamos entre manos.

Es increíble, a los quince pasas por el mundo de puntillas y se te cae la baba solo con ver a un guaperas con su coche tuneado y su música a tope, haciendo retumbar hasta las alcantarillas, y

unos añitos más tarde puedes estar en el mismo sitio y viendo a la misma gente, pero con tu mente volando en problemas de adulto que comienzan a ser tuyos.

Saray cascaba y cascaba, en su línea, hasta que llegó Aroa, otra chica del barrio, y todas las miradas se posaron en ella.

—¿Es verdad que está embarazada del rapero ese? —le pregunté mientras ella iba saludando a todos como si fuera una eminencia.

—Sí, de tres meses... Dice que van a emitir un comunicado juntos y que en cuanto lo haga deja el barrio, que se va a vivir con él. El tío está pegando fuerte y nada en billetes...

—Literalmente, así lo hizo en su último vídeo...

—Ya, pero también dicen que es un chulo y que le lloverán los cuernos. Yo ya se lo advertí, pero ella dice que le importa un pimiento, que lo que quiere es hacerse famosa y terminar como Belén Esteban, rollo princesa del pueblo, pero en versión moderna y más choni.

—Eso son aspiraciones y lo demás son tonterías —suspiró Yoli, otra de las chicas.

—Sí, pues a mí no me chulea nadie. No le queda nada que tragar... Yo prefiero tener menos y no depender de ningún tío así, no te jode... A nosotras yo nos han mangoneado bastante Isra y Cristian, ahora nos vamos a empoderar —le dije.

Vane guardaba silencio, aunque hay veces que mi amiga puede estar callada, sí, pero yo la oigo pensar. Y esa noche la oía.

Nos tomamos unas cuantas copas con ellas fuera y luego entramos a darlo todo. El perreo era absoluto y allí había más culos moviéndose que orejas, la gente estaba que se salía.

—Cariño, tú tranquila y pásatelo bien, que tu Vane está pensando por ti. Venga, ¡a bailar! Mira cómo te mira el tío aquel, si te está comiendo con la mirada, ¿tú lo conoces?

—Ese me mira así porque hace tiempo que no se come nada, te lo digo yo.

—Pues está bien bueno, será porque no quiera...

—Será porque acaba de salir de la cárcel por robar coches, ¿no ves que es el hermano de Jairo?

—Joder, si es verdad... Y tanto que lo es, ¿qué le ha pasado? Si está petadísimo.

—Pues que en la trena hay mucho tiempo y poco que hacer, ya te digo yo que ese no lo ha aprovechado para hacerse notario.

—Ya ves que no... Oye, pues yo le haría un favor, o dos o tres... Solo que hoy me ha cogido con el coco más caliente que otra cosa, ha tenido mala suerte.

—Vane, veo de lejos que traes algo entre manos y no puedo evitar asustarme, que tú tienes mucho peligro, bonita.

—Tú sí que estás bonita. Venga ¡que somos las reinas de la pista! ¡Que se note por qué los dejamos bizcos cuando movemos el culo!

—A ver si estás pensando en aliarte con algún oculista...

—¿Liarme yo con un empollón de esos? Ni de coña...

—He dicho aliarte, por lo de dejar a la gente bizca, sorda...

—No, si sordos no los dejamos —prosiguió.

—Vane, me estás volviendo loca esta noche.

—Y más que te volverás cuando te enteres de lo que estoy pensando, ya lo verás.

Capítulo 16



No fue hasta el siguiente mediodía cuando abrí los ojos y ya tenía un mensaje de Vane advirtiéndome de que teníamos que vernos.

—Se me ha ocurrido una idea genial...

—Ya me lo temía —le contesté suspirando porque era de temer.

—No me pongas esa cara, porque te digo yo que con esto sí que salimos de problemas, va a ser un bombazo.

—Eso es justo lo que me temía...

—Pues déjate de tantos temores y escúchame con las orejas. Mi primo Yerai...

—No quiero saber nada de tu primo Yerai, te lo he dicho mil veces. Y paso de sus insinuaciones, ¿cuándo se va a enterar de que no me gusta? Es un metelíos...

—Y dale, que ahora no me ha dicho nada de que te dé ningún mensajito, pobre...

—¿No? Pues será la primera vez, ¿y entonces qué le pica?

—Lo que le pica lo sabes tú muy bien, no me hagas hablar, pero que no es eso. Resulta que Yerai le está pasando material a un tío que trabaja en la puerta de la disco esa famosa que acaban de abrir a la que van todos los famosos.

—¿La del centro? ¿En la que van a rodar la peli esa?

—La misma, que tiene un nombre en inglés que no lo sabe pronunciar ni el que se lo ha puesto, pues esa.

—Vale, vale, ¿y qué tiene que ver eso con nosotras?

—Que Yerai, ahí donde lo ves, tiene sus contactos por ese motivo y que igual los de la puerta harían la vista gorda sabiendo que soy su prima y que tú eres mi amiga.

—¿Para entrar en la disco esa? ¿Y qué hacemos tú y yo ahí? ¿Ligarnos a Felipe Juan Froilán de los todos los Antros? Porque la gente que va a esos sitios es esa. Vaya, que a ellas el brilli brilli les da risa y a ellos les provoca gatillazos. Tú y yo daríamos allí tela el cante, y no porque vayamos a dar un concierto, ¿qué se nos ha perdido en un sitio así?

—A nosotros nada, se les perderá a ellos —me contestó con mirada pícara.

—¿A qué ellos? ¿De qué me estás hablando? Oye, ¿tú te fumaste algo raro anoche aparte de tus cigarrillos? Porque dile a Yerai que como te pase algo de mierda no tendrá barrio para correr.

—Que no, es que no entiendes nada, qué pena contigo, ¿me ha quedado chula? Esa frase me la ha pegado Mariana, la colombiana.

—Yo sí que te voy a pegar a ti, ¿adónde quieres llegar?

—¿Tú has oído hablar de Marcelo y de Héctor?

—¿Los dos futbolistas que acaban de fichar por no sé cuántos millones de euros? ¿Y quién no ha escuchado hablar de ellos? Vienen de un equipo inglés, ¿no? Y llegaron a la ciudad hace unos días...

—Cierto: son multimillonarios, deseados y están que es verlos y me acelero al máximo. Vamos, que me pongo tó perra.

—Te he entendido a la primera, no hace falta que me des más detalles...

—Ah, vale, entonces paso de contarte que me chorrea...

—¡Vane, ya! ¿Y qué? ¿Es que te crees que esos tíos nos van a hacer caso a nosotras? Y luego no quieres que me mosquee, ¿cómo no voy a pensar que fumas cosas raras?

—Si no es eso, no se trata de liarnos con ellos... Solo de que lo parezca.

—Madre mía, si no te has fumado nada, debe ser algo que haya en el ambiente. Mi abuelo siempre dice que van a acabar con nosotros poco a poco, pero yo creo que lo harán de golpe.

—Te veo muy recelosa y así no vamos a ninguna parte, ¿me escuchas? Te estoy diciendo que esto es pan comido, que nos facilitarán el acceso hasta ellos y que...

—Claro, y que nos presentaremos como las dos chonis de turno que van, ¿a qué? ¿A sacarles los ojos?

—Eres más pesada que coger una vaca en brazos. Que no, el plan es abordarles, saludarles y darles un par de morreos, momento en el que tendremos a alguien oportunamente al lado para tomar unas fotos que le venderemos al programa ese que está arrasando con todos los cotilleos de los famosos.

—¿El de “Furor”? ¿El que presenta la chica esa, Jazz?

—Ese mismo, ¿qué me dices?

—Que estás totalmente loca, ¿qué te voy a decir?

—Loca te volverás de contenta cuando veas que tendremos dinero para poner una tienda por todo lo alto... Se acabaron las miserias, las compras a los chinos, los trasteros oliendo a humedad y todo lo que no tenga que ver con el glamur. Por fin vamos a llevar el brilli brilli choni a lo más alto, ya lo veo.

—Y yo también veo la demanda que nos van a poner, esa sí que la veo. No vamos a cobrar para pagar, ya te lo digo yo...

—¿Qué dices? Si esto es España... Aquí le puedes buscar un lío a cualquiera que te declaren heroína nacional. Por cierto, que eso lo dije delante de Yeraí y, al nombrar lo de la heroína, miró para atrás por si había una pareja de polis. Para que veas, mi primo sí que me considera muy culta, él no conocía otro significado para esa palabra que no fuera el de la droga.

—Y ese primo es el que nos va a facilitar el plan y el que me juego lo que quieras a que te ha pedido comisión, ¿es o no es?

—Es, pero no a cambio de nada, lista, que él será el encargado de hacer las fotos. He dejado lo mejor para el final.

—Esto mejora por momentos. Podría esperar para darte la respuesta, hacerme la interesante, pero va a ser que mejor te digo ya que conmigo no cuentas.

—Sabía que me lo dirías, por eso te voy a dejar que lo madures, me apuesto lo que quieras a que en nada te parecerá genial.

Capítulo 17



Los domingos por la tarde nunca me han gustado demasiado. Eso de tener que comenzar a trabajar al día siguiente como que me reventaba, aunque lo cierto es que comprobé que era peor cuando no tenías nada que hacer.

Para colmo, mi padre y mi madre se habían ido a una misa de difuntos, pues falleció un conocido de ambos, y yo me quedé con mi abuelo Jesús.

—A este paso, hija, al próximo que meten en la caja...

—Abuelo, no digas tonterías, que tú estás como una rosa —le interrumpí—. Tienes las piernas mal, pero por lo demás estás hecho un chaval. Ya quisieran muchos. Anda, ven, que te doy un beso.

—Hija, si yo no lo digo por mí, sino por tu padre.

—Abuelo, no me asustes, ¿qué le pasa a mi padre?

—Que está el hombre fatal. No quiere que tu madre se entere, porque ya sabes que tiene pasión con ella, pero ayer se le aceleró el corazón como a los niños cuando se meten una raya de esas por la nariz, pero sin metérsela. Está tu padre para gastar...

—¿Se puso mal, abuelo?

—Se puso fatal. Me cogió aquí solo con él y yo no sabía ni lo que hacer. Al final, le di una pastillita de las mías, una que no sabía ni para qué es, con todas las que tengo, pero que algo le haría, porque a la vista está que no la espichó. Por esta vez, claro...

—Ay, abuelo, no me digas eso, que me da algo.

—Jessi, si es que tu padre no quiere que se lo diga a nadie, y aparte, que tu madre está hartita de limpiar. Todo esto es por lo de las multas esas, que ahora le ha dado por bajar a comprar rascas de la ONCE a ver si le sacan del aprieto. Y como no tiene un duro, me lo pide a mí, que a este paso se va a llevar el lotero mi pensión entera y lo único que le han tocado han sido unos eurillos sueltos que reinvierte de inmediato.

—Pues sí que estamos buenos, abuelo —resoplé.

—Si te digo la verdad, yo a tu padre no le había visto así en la vida. Jessi, ¿a ti no se te ocurre ninguna manera de ayudar? Es que yo, si me pudiera levantar, ya estaba en la obra, pero así, como aparezca por allí, no voy a valer ni para animar —me decía.

No lo había más bueno. Solo faltaba que él, en su silla de ruedas y con más años que Matusalén, se tuviera que ir a trabajar. Eso no lo pensaba consentir yo en la vida, así que con todo el dolor de mi corazón (aunque de problemas de corazón prefiero no hablar con el susto por lo de mi padre), me fui esa noche a buscar a Vane.

—Sabía que entrarías en razón, aunque la verdad es que me ha sorprendido que lo hayas hecho tan pronto. Se ve que tengo dotes de esos de convicción y ni lo sabía.

—Normal que no lo sepas, porque son de convicción, pero vamos a dejarlo.

—Oye, ¿y tú por qué sabes esas cosas si las dos hemos estudiado lo mismo, o sea, nada?

—Vamos a dejarlo, Vane, por favor... Y no me echas el humo en la cara.

—Pues suelta el chicle, que tenemos que hablar de negocios y me pones muy nerviosa.

Hicimos una tregua para poder hablar del disparatado plan que nos llevaría a hacernos con una popularidad que yo no deseaba, pero que podía sacarnos de apuros, esa era la realidad.

—Lo peor es lo del tema de la ropa, ¿tú sabes cómo visten las pijas que van a esa disco? La que menos lleva unos pocos de miles de euros encima —le comenté desesperada.

—Todo está controlado, mi madre lo va a arreglar.

—¿Cómo? Espera, yo sé que tu madre cose genial, pero de ahí a poder hacernos pasar por...

—¿Qué dices de coser? ¿Tú te acuerdas de la ricachona esa para la que te dije que había entrado a trabajar?

—Sí, ¿cómo se llamaba? Como la princesa de Mónaco, ¿no?

—Eso, Catalina...

—Ah, bueno. La otra se llama Carolina, pero que es igual.

—Pues eso, que la tal Catalina tiene dos hijas que son más pijas que Victoria Federica, la hermana de Froilán, con dos vestidos que da miedo verlos... Y tú no sabes quiénes se van de viaje esta semana y dejan la casa vacía...

—¿Vamos a entrar en la casa? ¿Tú estás loca? Que si nos trincan solo tendremos un abogado de oficio, que no nos echará cuenta, y tú no paras de sumar delitos...

—Me estás amargando, porque son dos futbolistas que, si no, por mi madre de mi alma que me iba sola, porque por no escucharte doy dinero.

—Si es que esto no va a salir bien, ¿no lo ves?

—Oye, pues para tenerlo tan claro eres tú quien ha venido corriendo a buscarme, ¿o lo he soñado yo?

—Porque mi padre está que no puede más. Y yo no puedo más tampoco de verlo a él, que está que se muere con las multas esas y ahora no puede ni ganar un duro.

—Pobre Paco, pues nada, menos mal que aquí estamos nosotras para que se sientan orgullosos.

—¿Orgullosos? No sé qué decirte, guapita. Lo dices como si fuéramos astronautas y fuéramos a salir...

—Al espacio sidral ese —rio.

—Sí, Vane, a ese mismo... Al de la sidra.

Yo no podía con mi vida. Solo de pensar la que tendríamos que liar para lograr acceder a esa disco y la que vendría después, me ponía mala, pero por mi familia haría lo que fuese necesario. Mis padres siempre se habían encargado de que no nos faltase de nada ni a mi hermano ni a mí, y ahora me tocaba apechugar... Y nunca mejor dicho, porque la idea de Vane era ir con media pechuga fuera, aunque ya le indiqué que seguramente lo que encontrásemos en los armarios de las pijas esas sería bastante más discreto.

Capítulo 18



Tere, la madre de Vane, abrió la casa con toda la tranquilidad del mundo, como si fuese la suya.

—Venga, entrad, que vais a ver cómo viven los ricos —nos indicó y nos quedamos con las patas hechas trancas.

Según nos dijo, no estábamos allanando la morada porque ella tenía instrucciones de ir a limpiar en ausencia de la dueña, aunque lo nuestro ya era harina de otro costal.

Nos fuimos directas al par de vestidores y eran realmente de cuento. El vestidor de cada de las chicas, que se llamaban Cata y Mencía, era más grande que nuestros respectivos pisos y allí todo estaba ordenado por tipos de prendas, de complementos y demás...

—Madre mía, lo ponemos todo en el Vinted y no tenemos que hacer lo de los futbolistas, te lo digo yo —le decía en broma a Vane.

—Bueno, alguna cosita más de la que necesitamos nos podemos llevar para venderla, para ir atendiendo nuestros gastos —me propuso ella.

—Sí, en tu caso para fumártelo. Y que no, que a tu madre no le buscaremos la ruina. Cogemos lo preciso y lo devolveremos al día siguiente.

Justo apareció Tere por allí, quien también estaba examinando la casa a gusto...

—Madre mía, la lencería que tiene la Catalina en el cajón. La llevo a tener yo en mi día y no se me escapa el Manolo.

—Mamá, papá es un golfo y se habría ido de todas las maneras, eso quítatelo de la cabeza.

—Pues también es verdad, hija, aunque te reconozco que a mí me habría hecho más feliz antes de irse, me habría dado lo mío —decía mientras comenzábamos a quitar la ropa de sus perchas.

—Este vestido es una pasada, me veo con él como...

—Como para ir al cumpleaños de la princesa Leonor al Pardo, va a ser que no, tiene que ser algo fino, pero más moderno y fresco. Mira, esta falda de tubo con este top es... Es una cursilada, no te voy a decir otra cosa porque te mentiría, pero creo que puede encajar —me señaló mi amiga.

No era mi estilo porque yo nunca había vestido así, eso desde luego, pero sabía distinguir una prenda elegante cuando la veía y aquellas dos eran elegantísimas.

Encima, la tal Mencía debía tener el mismo cuerpo que yo. Sabía que era su vestidor porque lo ponía en la puerta. No te jode, ni que su hermana y ella se fueran a equivocar. Las pamplinas en las que piensan los ricos.

La falta era como de piel, en un tono beige, y el corpiño era de tirantes anchos en blanco, con un drapeado en el pecho que me hacía sexy a rabiarse sin caer en absoluto en lo chabacano. Un buen par de zapatos de salón y un mini bolso a juego, y ya estaría yo de portada de revista.

Me probé un par de tacón de aguja. Yo estaba acostumbrada a otro tipo de calzado: muy alto,

pero con plataforma y tacón más gordo, por lo que me dio hasta vértigo debido a la inclinación del pie.

—No sé si podré echar el paso con esto, te lo digo, Vane.

—Tú harás lo que haga falta. Cuando lo pongas en duda, te acuerdas del corazón de tu padre, bombeando ahí a tope como el mío cuando escucho reguetón en directo, y me dices si puedes hacerlo o no puedes hacerlo.

—Cariño, tus métodos son de lo más eficaces —suspiré.

—Lo mismo vas a decir que no... Pues claro, tontita. Venga, da unos cuantos paseos por aquí.

Inspiré hondo mientras Tere y ella me alentaban. Su madre era un poco distinta a la mía... Un poco bastante, vaya, porque la Mari me la habría liado parda en un caso así. Obvio que no me refiero a por no saber andar con esos taconazos, ¿eh? Sino por estar tomando ropa “prestada” de aquella gente. Tere, sin embargo, se había visto muy sola en la vida con sus niñas, motivo por el que hacía la vista gorda con muchas cosas, incluido con el supuesto trabajo de su sobrino Yeraí, que echaba una manita a la economía familiar, con eso de que según él trabajaba de reponedor.

Sonreí al espejo y me dije que yo podía, con mis manos en la cintura y viéndome como a una auténtica modelo. Si uno quiere, puede... Solo que igual un poco más tarde, porque a los dos pasos di un trapiés que casi me parto un tobillo.

—Esto es una señal, lo es —le decía a Vane.

—Pues claro que sí, tía, es una señal de que tienes que practicar más, ¿a que sí, mamá?

—Pues claro que sí, ¿o acaso os habéis creído que tenéis menos estilo que esas dos pijas? Por supuesto que no, el vuestro es que está más... más escondido —nos animó.

Yo en esa casa me sentía muy nerviosa y más con el reto de llegar a dominar esos taconazos. Y a ver cómo me las apañaba porque en la mía no podría hacer prácticas. Mi casa era una cajita de cerillas y mi dormitorio no digamos ya, aparte de que allí no existían los pestillos y lo mismo entraba mi madre, que el niño, que el abuelo con la silla... Cualquiera escondía nada allí.

Por esa razón, mientras Vane escogía modelito a la par que su madre buscaba en Internet y se moría de la risa cuando vio eso de que había varios códigos de vestimenta según el evento al que se fuera a asistir, yo seguía haciendo mis pinitos sobre los tacones.

—Mira, código de vestimenta, hija, como si fuera el código de barras de un yogur. Y hablando de cosas ricas, tú estás para comerte con ese vestido de color chocolate, qué monería. Uff, cuando te vean tus hermanas, y lo malo es que ellas son muy chicas para manganles ropa a las pijas, si ellas están entrando ahora en la edad del pavo...

Capítulo 19



El viernes por la mañana, con eso de que por la noche se celebraba una fiesta de postín en la famosa disco, ya estábamos nosotras en la pelu de la madre de Saray, para que nos peinara y su hija nos hiciera las uñas.

—Pero si yo creí que estabais fatal de pasta, para mí que a partir de ahora os hacíais las uñas con un tutorial de YouTube —nos decía ella muy contenta al vernos aparecer.

—Para unas uñas siempre tiene que haber dinero, aparte de que necesitamos que tu madre nos haga algo guay en el pelo...

—¿En el pelo? ¿Venís al polígono esta noche? Yo le he estado dando idea de unos moños altos que son la caña, se os verá venir desde un kilómetro de distancia...

—Pues justo eso es lo que no queremos, hoy venimos buscando algo distinguido y pijo... Como si fuéramos a la puesta de largo de la hija de una marquesa o algo así. Tú imagínate que estás en la primera temporada de Élite y tienes que ir a casa de Carla.

—Ya, y que va a estar allí su novio Polo, pues entonces me parece que me voy desnuda y me hago un trío con los dos, porque anda que no tenían peligro los pijos esos...

—En serio, ¿cómo irías?

—Cagada de miedo, porque no acierto con los cubiertos que son, fijo que no. No he visto una cosa que se me dé peor que el protocolo.

—Pero ¿tú has ido alguna vez a algún sitio así?

—Pues no, pero lo sé porque a mí me corre sangre choni por las venas... Hay cosas que no es necesario experimentar para saber que no se te dan bien o que no te gustan.

—Eso es verdad, porque yo no me he acostado con una tía ni ganas que tengo, la verdad. A mí, donde se me ponga un buen rabo —le contestó Vane.

—¿De toro? —preguntó entre risas la madre de Saray, Carmela, que pasaba por allí.

—Eso, eso, con sus garbancitos y todo, la boca se me hace agua —disimuló.

—Ay, quién tuviera vuestra edad, si te he pillado a la primera. Vosotras llevaos todo lo que podáis por delante, chicas, que luego llegan las patas de gallo y te tienes que hacer los selfis con un paquete de filtros, como los que compras para las cafeteras.

—Mamá, pero si tú estás divina, ¿qué dices de patas de gallo? —le recordó su hija.

—Saray, yo no te digo que no esté bien para mi edad, pero hay cosas que una solo puede hacer de joven y ese tren ya pasó de mi estación, como por ejemplo ligarse a un futbolista rico. Si yo hubiera tenido veinte añitos menos, iba a ser la Georgina quien se hubiese puesto a tener niños ahí con Cristiano. Ni en broma, esa se ha encontrado el camino despejado por eso, que, si no, le doy un caderazo y...

—Mamá, eso te lo tendrías que pensar, porque yo a caderazos no sé si compito con esa mujer —rio su hija.

La que se estaba riendo tela para sus adentros era mi amiga, porque ya se trataba de una

casualidad grande que ella aludiera a ese tema, al de liarse con un futbolista. En fin, que Vane, quien seguía “estudiando” mucho en Internet, decía que las casualidades no existen y que es el cachondo del destino el que va moviendo los hilos de nuestra vida a su antojo, como si fuésemos marionetas.

Nos sentamos en los sillones. La idea era peinarnos primero y hacernos las uñas después, para cuando llegaran las señoras mayores contando sus problemas de cama con sus maridos, ya estar a salvo en la habitación en la que Saray trabajaba, esa que su madre había habilitado con todas las moderneces para que su hija triunfase.

—Carmela, vamos a ir a un sitio que estará hasta la bola de Cayetanas y tenemos que pasarles por lo alto a todas, así que tú verás qué nos haces —le soltó Vane.

—¡Yo? Os diría que os llevarais agua bendita, porque a mí las niñas esas me dan grima. Empiezan a mirarte por encima del hombro y parece que te están echando un mal de ojo, esas solo se relacionan entre ellas. Os harán de menos. Ahora, que, si os hacen de menos por ser de barrio, me llamáis a mí y...

—Carmela, tranquila, nadie nos hará de menos porque llevamos una ropa pija que te cagas, el plan es pasar totalmente desapercibidas.

—¿Sí? ¿Entonces no pensáis abrir la boca? —nos preguntó ella un tanto preocupada.

—¿Y eso por qué? Si Jessi traía los dientes perfectos de serie y en cuanto a mí... Bueno, ya sabes que mi madre me pudo hacer la ortodoncia y me los dejó preciosos.

—Sí, ya me acuerdo, ya, le vino una rachita un poco mejor —rio por lo bajini.

No lo hizo a malas porque ella apreciaba mucho a la madre de Vane, aunque su risa obedecía a que Tere aprovechó que estaba trabajando de limpiadora en la consulta de un dentista que era un bombón, y le dio unos cuantos revolcones que le volvió los ojos para atrás a cambio de que él le pusiera a la niña los dientes derechos, porque mi Vane era una preciosidad y solo le fallaba la dentadura, que los dientes los tenía más apiñados que una pelea de enanos.

Las dos le comentamos cómo íbamos vestidas y Carmela enseguida tomó nota.

—En tu caso —me dijo—, hay que darle protagonismo a los hombros, Jessi, de modo que te voy a hacer o una cola de caballo pulida o un moño de bailarina, que también queda de lo más pijo...

—Lo del moño me suena a vieja, con perdón de las señoras mayores, tira por la cola mejor, ¿eso quedará bien?

—¿Tú qué crees? En este momento está haciendo furor con eso de que la ha llevado Leonor a la jura de la Constitución, es elegante y personal, a la par que minimalista.

—Carmela, yo no te había escuchado hablar así en la vida, pareces un papagayo —reí.

—Y yo tampoco me había escuchado... Es que me he empapado de todo lo que han dicho los periodistas para vender en condiciones lo que siempre se ha llamado una coleta baja con la raya en medio, pero bueno... Que la criatura iba monísima porque tiene una cara preciosa, que se la hado Dios, vaya, pero que tú no vas a ser menos, cariño mío —me dio un beso porque era de lo más cariñosa.

El resultado, al verme en el espejo, me desconcertó.

—No sé qué decirte, Carmela... Me veo rara.

—¿Cómo no te vas a ver rara, mi niña? Si tú no has llevado una de estas en la vida... Tú déjate asesorar por tu Carmela, que te digo yo que vas a pasar desapercibida entre todas las pijas. Qué digo desapercibida, vas a ser la envidia de todas ellas, se van a arañar cuando te vean venir.

—Es verdad, estás absolutamente rompedora, como dicen en las redes —me dio otro beso mi

Vane.

—La cara será lo que me rompa con esos taconazos. Lo pienso y me estremezco, es como si me clavarán la aguja de los tacones, de lo que me entra...

—Al psicólogo irás de cabeza, pero tú de pago, no como tu hermano... Te lo vas a poder permitir, hazme caso —me aseguró.

Carmela y Saray nos miraban sin poder esconder su intriga.

—Pero ¿nos vais a decir ya dónde vais esta noche u os lo vamos a tener que sacar torturándoos? Porque Froilán no da ninguna fiesta, a ese lo habrán mandado derecho a Dubái en cuanto asistiera a lo de su prima. Allí, con el abuelo...

—Ay, mamá, ni que el chiquillo fuera Heidi. Es un Cayetano, vale, pero que no hay que desearle nada malo por eso —rio su hija.

Nos lo pasamos tan bien con ellas que apenas recordé la faena que traíamos entre manos para esa noche. A mí el tema me alteraba muchísimo, no lo podía evitar. Nunca había hecho algo así y me parecía que la íbamos a cagar a lo grande.

Vane no accedió a que le recogieran el pelo. Ella quería lucir melenaza y, aunque a las otras dos les costó la misma vida quitarle su emblemática diadema, entendió que aquel peinado con ondas grandes y horquillas (que están de toda moda), con la raya al lado, era de lo más sofisticado.

—Así lo lleva Olivia Palermo, búscalo en Internet —le pidió Carmela mientras remataba las horquillas.

—Ay, Carmela, que esa en vez de ponérmela, me la has clavado como una banderilla —se quejó Vane.

—A lo mejor es porque cuando siento mucha intriga por algo me pongo muy nerviosa, y como no soltáis prenda.

—Solo podemos deciros que mañana nos veréis en la tele, en las redes y hasta en la sopa —se echó ella a reír.

—Oye, ¿no le iréis a hacer la competencia a Aroa? Que está con su rapero que no caga, cualquiera se lo toca. Y ya han anunciado lo del embarazo y todo.

—¿Qué dices? No me rayaría a mí nada tener un tío todo el día ahí rapeando a mi lado, yo no tengo paciencia para eso —le comentó Vane.

—No, ni ella lo va a tener mucho tiempo a su lado, por eso no te preocupes, que dicen que el tío es más golfo que hecho de encargo.

—Desde luego. Nada, Carmela, que a mí no me gustan los niños, a mí me gustan los tíos con pelotas —rio ella con su sal y su pimienta. Y tanto que aquellos dos tenían pelotas, que para algo eran futbolistas.

—Miedo me dais, Saray ya están listas, todas tuyas.

Pasamos y no hace falta decir que optamos por algo que no nos habíamos hecho en la vida; unas finísimas manicuras francesas que nos dejaron unas manos de anuncio de televisión.

—Saray, tú dirás lo que quieras, pero a mí las uñas así ni fu ni fa.

—No, si te parece te las dejo de gel y de medio metro, salpicadas con más piedras que en una cantera, para que oláis a chonis de lejos, o a “raxetas”, como nos llaman ahora, que a mí choni siempre me ha gustado más, pero es lo que hay.

—Tienes razón, no puede ser. Gracias, Saray, menos mal que tú tienes cabeza. Estas son más sosas que un pan sin sal, pero perfectas para camuflarnos en el universo de las pijas...

—A mí también me estás dando miedo, Vane, no solo a Carmela.

—Pues hoy es el día que menos debería darte porque no puedo ni arañarte, ¿tú te crees que estas son uñas ni son nada? —me las enseñó.

Las uñas estaba yo por morderme, ya que me mataban los nervios. La idea de mi amiga no podía ser más disparatada y, aun en el hipotético caso de que nos saliéramos con la nuestra, no había por dónde cogerla. Pero cualquiera se la quitaba, Vane estaba totalmente decidida. Ella decía que antes muerta que abandonar su sueño de ser empresaria y yo... Yo siempre la había seguido en todo, lo mismo que ella a mí, y se me rompía el alma de dejarla sola en esa aventura.

Capítulo 20



Por la noche, estábamos realmente irreconocibles, hasta el punto de que, justo cuando íbamos a subir al taxi, “El Melenas” se nos acercó y quiso atracarnos.

—A ver, pijas, ya estáis soltando todo lo que lleváis encima, que a vosotras no os hace ninguna falta, de manera que si no queréis que os pinche...

—¿A quién vas a pinchar, “Melenas”? Y otra cosita te voy a decir... Estás perdiendo facultades, ¿tú has visto el tonito de tus atracos? Si parece que estés pidiendo las cosas por favor. Tú tienes que ser más el de antes, llegar comiéndote el mundo —le sugirió Vane.

—Vale, vale, tomo nota, pero ¿sois vosotras? ¿Qué os ha pasado? Si estáis irreconocibles, ¿os ha tocado la lotería?

—Casi, estamos en ello. Ya te avisaremos cuando tengas que poner la tele para vernos. Lo vas a flipar en colores, “Melenas”.

—¿En la tele? Pues me iré donde el Nando, al bar, porque mi tele hace ya un porrón de meses que la vendí. El Ingreso Mínimo Vital, que no me llegaba...

—Ya, pero cuando te llegó lo hizo con los atrasos, como a todo el mundo, ¿no? Aunque claro, a ti el dinerito no te llega porque te lo metes por donde te lo metes, “Melenas”, y ahora haz el favor de quitarte de en medio, que el taxímetro está corriendo, o vas a pagar tú la demasía —le dije.

—¿Qué es la demasía? Calla, calla, que yo con pagar las papelas ya tengo suficiente, diez euros las han subido.

—Anda, mira, como los muebles de Ikea —rio mi amiga.

Nos metimos en el taxi y en ese momento llegó Yerai, a la carrera...

—¿Tu primo viene también en el taxi? —le pregunté molesta porque entre lo pesado que era conmigo y el coraje que le tenía por el tema del trapicheo, me caía como el culo.

—Claro que sí, ¿quién te crees que lo va a pagar? —me respondió ella, muy cuca.

—Mira, por una vez no me importará que venga.

Se sentó con nosotras y nos miró, poniendo cara de sorpresa total.

—Siempre estáis que es para flipar, pero esta noche os veo...

—Deslumbrantes, así es como nos ves. Y tú con ese traje también pareces hasta una persona —le dije con sorna.

—Es que soy un tío que vale la pena, lo que sucede es que tú no sabes verlo —se puso muy fino—. No sabes cuánto te merecería la pena liarte conmigo.

—Pero ¿a palos? Porque a eso estaría totalmente dispuesta, mira tú por dónde. Comenzaba esta noche y no terminaba hasta pasado mañana.

—Un poquito de tranquilidad, que me estáis poniendo muy nerviosa y yo así no me concentro —decía Vane.

—¿Y en qué te tienes tú que concentrar? Si es que se puede saber, claro, porque me da pavor cuando te oigo pensar y no dices ni mu.

—Tranquila, solo estoy pensando en los pasos para hacer un amarre efectivo. Necesitamos un mechón de pelo de cada uno de los chicos o una prenda de vestir —decía ella.

—Nada, pues según los veamos nos liamos a tirones de pelo, eso es lo más sencillo —le solté con sorna.

—En realidad, lo más sencillo es salir corriendo con los calzoncillos cuando estén en el cigarrillo de después del polvo —opinó Yerai.

—Son futbolistas de élite, no fuman, Yerai y, aparte, que no nos los vamos a tirar —resoplé.

—Ah, pues por mí mucho mejor, porque lo que haga mi prima es cosa suya, pero lo que hagas tú con los tíos me escuece...

—Lo que te va a escocer es la gañafada que te daré como sigas diciendo tonterías. Y suerte has tenido de que hoy no lleve las uñas como las suelo llevar, imbécil, de medio kilómetro por lo menos.

Mi amiga iba diciendo tonterías todo el tiempo respecto al dichoso temita del amarre, y lo cierto es que yo no lo entendía, por muchas vueltas que le diese.

—Vamos a ver, Vane, a mí hay algo que no me entra en la cabeza —le comenté.

—Eso es por el cambio de peinado. Yo también me siento rara sin mi diadema, siento que me han quitado una parte de mí... La más importante, me produce ansiedad, aunque la llevo en el bolso por si no lo puedo soportar en algún momento y me la tengo que colocar.

—Yo sí que no sé si te podré soportar a ti, te lo digo muy en serio...

—Venga, venga, que no es para tanto, no me digas tonterías.

—Si solo digo que, si el plan es darles un morreo y salir corriendo, ¿para qué quieres hacer lo del amarre?

—Hombre, porque lo cierto es que nunca se sabe. Yo quiero un morreo y punto, me vale, pero si al final me toca el premio gordo con las dos aproximaciones, pues me lo quedo y punto —rio maliciosa.

—Qué guarrilla que eres, pues anda que van a querer saber nada de nosotras después de esta noche. Nos vamos a convertir en sus pesadillas...

—Nunca se sabe, igual del morreo se enamoran, cosas más raras se han visto. Te digo la verdad, con que nos paguen la pasta para montar el negocio en el programa ese, en el “Furor”, me vale... Pero si al final puedo vivir a lo Gio, y hacerme también con una colección de bolsos como los de ella, pues qué quieres que te diga... Aunque los míos tendrían más brillo, claramente.

—Por esa parte no te preocupes, si tú quieres una colección de bolsos, yo me pongo a echar horas extra y te compro los que quieras —me ofreció Yerai.

—Claro, con tu sueldo de reponedor. Ah, no, que me he equivocado, que tú has tirado por el camino más fácil y te has puesto a trapichear —ironicé.

—Perdona, guapa, pero esto que vas a hacer tú esta noche tampoco es para matarse currando, ¿sabes?

—Sí, pero no te equivoques... Yo lo hago porque mi familia se encuentra en un momento crítico y porque... ¡porque tu prima es una lianta de mucho cuidado!

—Ni caso, Yerai, tú concéntrate, ¿vale? —le pidió ella.

Capítulo 21



El acceso a la disco era como el metro en hora punta, allí no había quien pasase. El pijoteo se olía desde lejos y Vane se iba haciendo cruces, mirando a diestro y siniestro.

El postureo era el rey en las inmediaciones de aquel local que prometía estar totalmente abarrotado de gente guapa y niños de papá. Por cierto, que una patulea de críos, que no debían tener ni veinte años, se nos acercaron a mi amiga y a mí mientras Yerai hablaba con los de la puerta.

—¿Os podemos invitar a algo, guapas? —nos preguntaron con sus pantalones chinos, sus camisas Polo y sus jerséis colocados por encima del hombro, cada uno como un calco de los demás y todos con sus piecitos pijos calzados con náuticos idénticos.

—¿Vosotros, micos? Qué monos... Seríamos nosotras las que os invitásemos a un biberón, lo que pasa es que tenemos prisa porque hemos venido aquí a hacer cosas de adultos —les dijo Vane.

—¿A un biberón? Yo directamente metía la cabeza ahí —le señaló a su escote el que parecía llevar la batuta en el grupo mientras los demás reían con un pavo en lo alto que no se podía aguantar.

—Te acercas y te doy tal apretón en los huevos que no te sirven ni para hacer tortillas, ¿me explico? —le amenazó ella y todos se quedaron patidifusos, como dijo uno de ellos con gafas y pinta de empollón que debía ir para juez o para cirujano por lo menos.

Yerai se acercó en ese momento y vio un filón.

—Os veo muy perdidos, ¿queréis unas pastillitas que os entonen para que parezcáis hombres de verdad? —les soltó porque ese no perdía oportunidad de hacer negocio.

—Tira para allá y deja a los niños, anda, que me estás poniendo malísima —le advirtió.

—Pero ¿malísima de sofocada o algo?

—Sofocos sí me están dando, pero no de los que tú quisieras, gilipollas.

El gilipollas sonó un poco más alto de lo debido y un corrillo de pijas me miró negando con la cabeza, como si hubieran escuchado que ardía su casa de la sierra, escandalizadas perdidas.

—Pues para vuestra información os digo que este no es el único gilipollas que hay aquí, porque aquí hay más gilipollas que Borjas, que ya es decir —les solté.

Es que desde que estábamos allí no dejábamos de escuchar ese nombre, junto con el de Bosco, Jacobo, Pelayo o Beltrán y para ellas las consabidas Mencía (como la dueña de mi vestido, que menos mal que esa no estaba por allí), Brianda, Cayetana o hasta Olimpia, que ese no lo había escuchado yo en los días de mi vida.

En resumidas cuentas, que yo me moría por entrar, darle el morreo al mío y salir corriendo hasta que al día siguiente nos llamaran del programa y nos ofrecieran un pastizal, como decía Vane. Ojalá fuera así y no nos encontrásemos con un percal bueno, como una demanda o un par de sicarios en la puerta de casa para partirnos las piernas, que todo podía ser, aunque también os

digo que en mi barrio no se toca a nadie que sea de allí y que los sicarios podían salir como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando.

—Tú te vas directa para Héctor y le metes la lengua hasta la campanilla, que se note que hay pasión, ¿eh? Nada de tonterías ni de dos besos de entrada, que vamos a tener los segundos contados. Tú le metes la lengua hasta que le den arcadas —me decía mi amiga—, y yo me voy para Marcelo, que me gusta más, con esos ojos claros que tiene.

Los dos eran de película, sin más. Un par de triunfadores que bien podían haber servido para modelos si no se les hubiese dado tan bien jugar con las pelotas, aunque Vane también decía siempre a ese respecto que a ella se le daba igualmente sensacional y no se había hecho rica, de momento. A irónica no había quien la ganase.

Por fin estuvimos dentro de la disco y Yerai fue el encargado de encontrarlos, dado que allí había más pijos que en la boda de Mafalda.

—Están en un reservado, pero me ha comentado un colega que es muy legal que ahora bajan —nos informó.

—¿Un colega tan legal como tú? Esto mejora por momentos, me vais a meter en un lío entre todos —comencé a desesperarme porque los zapatos aquellos me podían jugar una mala pasada, con eso de que el tacón tenía la misma anchura que un mondadientes.

—Sí, sí, el tío es legal como él solo... Un tío de fiar...

—Yerai, cállate y a mí no me presentes a ninguno de tus colegas, ¿vale?

—Primo, no la pongas nerviosa, que estamos aquí como peces fuera del agua —le advirtió Vane, quien tampoco es que estuviese cómoda entre tanto pijo.

—Pero si solo tenéis que nadar a favor de la corriente, ¿no me veis a mí? Si parece que tengo un padre que trabaja en el Banco de España...

—Sí, tu padre sería como el Profesor, el de La Casa de Papel.

—Ya quisiera yo que fuese mi padre ese tío, anda que no le da al coco. Con ese sí que nos haríamos ricos del tirón. Un solo golpe y ya estaríamos en otro mundo —nos decía él, hablando sin parar. El tema le apasionaba porque nunca conoció a su padre y fantaseaba al respecto.

—Yo también te puedo dar un golpe y mandarte a otro mundo, pero me temo que no será al de los ricos —le comenté, porque vi la ocasión perfecta de hacerle entender una vez más que no lo tragaba.

—Si es que, cuando te pones así, es una pasada... Mira, los vellos de punta —me decía él mientras yo miraba alrededor y pensaba que, de no ser porque tendría que hacerlo descalza, sería mejor que saliera volando de allí.

Capítulo 22



Yerai nos hizo una seña de que ya bajaban del reservado, y entonces él se apostó en un rincón, presto a tomar las oportunas fotos en el momento indicado.

A mí me temblaban las canillas porque se trataba de una encerrona en toda regla para aquellos dos, aunque eso era lo que precisamente parecía poner más a mi amiga, que estaba disfrutando más con todo aquello que un cochino revolcándose en un charco.

Los vimos venir e, ilusos de ellos, reían gastándose bromas entre sí mientras que todos ponían sus ojos en ambos. Su llegada a España había supuesto una verdadera revolución y el revuelo mediático era total a su paso, por lo que si bajaron del reservado fue porque el colega de Yerai les tendió una trampa.

Vane me hizo un gesto victorioso de que había llegado el momento y yo... Yo noté que me costaba dar un paso por el temblor de las piernas. Para colmo, de los nervios me castañeaban los dientes y estuve a punto de mordirme la lengua, lo que hubiese faltado.

A duras penas avancé hacia ellos. Yo no es que me cortase con los chicos, pero no le había entrado a ninguno de esas escandalosas maneras en la vida, y mucho menos para situarme en el ojo del huracán de todo el país, ya que al día siguiente no se hablaría de otra cosa.

Vane ya se acercaba a Marcelo, con pose totalmente sensual, y yo quise imitarla recorriendo la distancia que había entre Héctor y yo, sin contar con que en ese momento, de los nervios, di un traspies, y caí al suelo. Quise que la tierra me tragase, pero en lugar de eso, comencé a deslizarme y paré sobre sus pies, instante en el que él, muy galante, se agachó para recogerme.

Yo miré a Vane (quien tenía los ojos más abiertos que una lechuza por mi traspies), la cual ya estaba a punto de abalanzarse sobre Marcelo, y entonces vi los ojos color café de Héctor a la altura de los míos, recogíendome. En mi vida había visto unos ojos así de bonitos en una distancia tan corta, y encima es que me pareció que su mirada era muy dulce y... Y su boca también, ya que le dije un rapidísimo “lo siento” y, a continuación, se la comí como si no hubiese un mañana (me refiero a la boca).

En principio, se quedó tan sorprendido que no parecía oponer resistencia, hasta que debió percatarse de que se trataba de una triquiñuela y entonces comenzó a forcejear conmigo, actitud ante la que me hice la sueca, agarrándome más todavía a él y llevándole hacia mí, como si de una escena romántica se tratase, mientras Yerai sacaba a flote el fotógrafo que llevaba dentro y, a la par, tragaba saliva, pues el que yo me estuviese dando el lote con Héctor no parecía ser plato de buen gusto para él.

Por fin, ambos pudieron librarse de nosotras si bien, antes de que nos pusieran a parir (y no precisamente por habernos embarazado), los tres salimos de allí corriendo al galope, algo para lo que ya tuve que quitarme los zapatos, puesto que me era imposible correr con ellos.

Cuando por fin llegamos hasta el aparcamiento y paramos un taxi, el aliento me faltaba y el corazón lo tenía totalmente disparado.

—La madre que lo trajo al mundo, ¿se puede estar más bueno? —me preguntaba ella mientras se relamía.

—No, no se puede estar...

—Ya, yo decía Marcelo, pero anda que Héctor tampoco gana en las distancias cortas...

—Pues yo no veo que sea nada del otro mundo —añadió Yeraí, que a ese la escena no le había hecho ni pizquita de gracia, pero como iba a comisión no podía quejarse.

—No, qué va, anda que no... Menudos tíos, no vamos a fardar nada de novios. Tú ya me estás pasando las fotos que yo me encargo de que lleguen a manos de Jazz, lo va a flipar. Mañana por la tarde ya estaremos en su programa, ¿qué os jugáis?

—Yo no sé si, después de esto, encima voy a ser capaz de soltar esa sarta de mentiras por la boca, es que me parece muy fuerte —le comenté.

—Hemos llegado hasta aquí juntas y así tiene que seguir siendo. El testimonio de la una no valdrá una mierda sin el de la otra. Oye, ¿dónde tienes los zapatos? —me preguntó al verme los pinreles al aire.

—Los tengo aquí, tranqui, que no voy a permitir que me pase como a la Cenicienta, más que nada porque todo esto hay que devolverlo.

—Bueno, bueno, ahora en lo que hay que pensar es en lo que hay que pensar... En lo que le diremos mañana a Jazz. Recuerda que no pueden vernos como a unas oportunistas, sino más bien como a unas pobres chicas de las que esos dos se han aprovechado.

—Ten cuidado con lo que inventas, que tú inventas mucho y me da pánico... No podemos dejarlos con el culo al aire y menos después de la putada que les hemos hecho.

—A mí no me quieras cortar las alas, ¿eh, Jessi? Que cuando tú me conociste yo ya volaba, así que no aspire a cambiarme.

—¿Qué dices, tarada? Si cuando yo te conocí tú todavía no levantabas un palmo del suelo, que luego diste el estirón, pero te costó... Y en cuanto a lo de volar, todavía está por primera vez que cojamos tú y yo un avión, aunque sea para ir a Mallorca.

—¿A Mallorca? Para eso nos vamos a Ibiza, que hay mogollón de discos. De hecho, ve pensando dónde quieres ir porque tu Vane te llevará, palabrita del Niño Jesús. Venga, tonta, aprovecha...

—Vane, que no actúes ya como si tuvieras el dinero en la mano, que pueden pasar muchas cosas...

—¿Y qué puede pasar? Venga, que voy haciendo el guion de lo que tenemos que decir mañana.

Capítulo 23



Lo mismo me repetía el día siguiente, justo antes de entrar en el plató en el que se grababa “Furor”.

—Tú mejor te quedas calladita y sonríe, que es cuando estás más mona. Te veo muy nerviosa y eres capaz de cagarla.

—Es que yo no sé para qué te he hecho caso, ¿tú sabes lo que van a pensar de nosotras esos chicos?

—¿Qué van a pensar? A ver, dime, lista... Lo único que van a pensar es que tenemos gracia a esportones.

—Claro que sí, pero ¿tú qué piensas contarle a Jazz?

—Pues la verdad, ¿qué le voy a contar? —sonrió maliciosa.

Yo estaba bastante arrepentida del lío en el que me había metido, pero claro, estaba la cuestión de mi padre, que el hombre no podía estar más preocupado, y yo me tiré al vacío sin paracaídas. Esa misma sensación la noté cuando Vane me llamó para decirme que la misma Jazz la había telefoneado en persona para llevarnos a su programa.

Jazz era la presentadora de moda y su programa tenía una cuota de pantalla que era una barbaridad. Todo amante del mundo rosa estaría delante de ella esa tarde e incluso también todos los seguidores de ese par de futbolistas que se habían convertido en ídolos de masas y cuyas vidas generaban curiosidad entre sus seguidores.

Desde ese momento, los nervios se habían apoderado de mí y, ni siquiera cuando Vane llegó a mi casa, tirando de mi mano para que la acompañase de nuevo a casa de Catalina para coger más ropa, salí de ese estado de shock en el que entré la noche anterior.

Mis padres no estaban al tanto de nada. Sin duda que mi madre se enteraría de que yo estaba en la tele por mi vecina Marisa, que esa no se perdía “Furor” por nada del mundo. Para todos los míos, iba a ser una sorpresa que los dejaría petrificados, aunque para petrificada yo, que no sabía cómo salir de aquel estado.

Vane y yo éramos muy distintas, siempre lo fuimos, y quizás por eso nos complementamos muy bien. No obstante, las cosas habían llegado demasiado lejos y yo en esa ocasión la había seguido sin mirar las consecuencias, las cuales podían ser muy gordas.

Yo era una chica de barrio, una chica sencilla que siempre se había conformado con poco, y aunque tenía la aspiración de contar con mi propio negocio y demás, no pensaba en nada que no fuese algo modesto a lo que pudiera abarcar sin tener que aprovecharme de nadie.

De nuevo llevábamos ropas que no eran nuestras para aparentar ser otras personas, ya que según Vane nadie se tragaría que esos dos se hubiesen enamorado de un par de poligoneras como nosotras. También eso me hacía sentir mal porque yo nunca había renegado de mis principios y en ese momento parecía que sí, por mucho que mi amiga se hubiese sacado de la manga que no habíamos renegado de ellos, sino que simplemente los cambiamos por otros.

Llegó el instante de salir a plató y yo iba como si me llevaran al matadero. Para colmo, ya estaba allí la legión de tertulianos de Jazz, algunos de los cuales nos apoyarían y otros se tirarían a nuestra yugular.

De todos modos, habíamos quedado con ella en que en principio nos entrevistaría y luego les daría la palabra. A mí, al notar el fogonazo de la luz del plató y verlos allí, sentados alrededor de ella, se me asemejaron a lobos sedientos de sangre que estarían encantados de hincarnos el colmillo.

Vane, sin embargo, parecía haber nacido para aquello. Ella saludó al público y a cada uno de los tertulianos como si llevaran tomando café juntos toda la vida. De hecho, en el formato del programa se incluía eso, que cada cual se fuese tomando su cafelito con pastas mientras iban quitándole el pellejo a los invitados.

Jazz comenzó con la entrevista con ese desparpajo que la caracterizaba. Era pelirroja de ojos verdes, pelo corto, pizpireta, charlatana y alegre... Una profesional amante de su trabajo que le ponía mucha pasión, algo que se dejaba notar en cuanto te sentabas a su lado.

—Bueno, ante todo quiero presentaros a Jessica y Vanesa, dos chicas que vienen hasta el plató destrozadas por lo que dicen ser un par de historias de amor de esas que te dejan mal sabor de boca, no como este cafelito que nos vamos a tomar y que sienta de maravilla con el frío que ya comienza a hacer en estas fechas —comentó.

Sí que lo hacía, el otoño había sido muy cálido hasta ese momento, si bien un tremendo temporal venía de camino, uno que dejaría nieve en muchos puntos del país... Aunque para temporal y revuelo el que habíamos levantado nosotras.

Al escuchar de boca de Jazz lo de “destrozadas” yo me quedé sin poder articular palabra, quiero decir que menos aún, porque ya tenía claro que la entrevista la concedería mi amiga y que yo sería allí poco más o menos que un convidado de piedra.

—A ver, decidme quién de vosotras quiere comenzar a contarnos qué os ha pasado con Marcelo y con Héctor, ese par de futbolistas que están en el candelero desde su vuelta a España y que, parece ser a juzgar por vuestras fotografías, que también están en vuestros corazones.

Ni corta ni perezosa, echándole una cantidad de cuento impresionante, Vane pidió la palabra.

—Jazz, ¿podrías hacer que me trajesen una caja de pañuelos de papel? Es que estoy muy afectada y las lágrimas van por libre, ¿sabes? Lo mismo que mi amiga, solo que ella se ha quedado atontada, pero vamos, que mejor así porque igual eso le anestesia el dolor que yo no puedo dejar de sufrir en ningún momento —le decía ella echando la lagrimita.

—Sí, claro, Vanesa, ¿quieres también algo más? ¿Un poquito de agua quizás?

—Una maceta de calimocho mejor, digo... Un *gyn tonic*, por favor.

—¿Un *gyn tonic* a estas horas? ¿No prefieres un cafelito? —le preguntó ella un poco extrañada.

—No, no... Yo es que cuando estoy triste necesito beber para olvidar, y ahora tengo el corazón que me sangra una cosa mala. Vale, que no se ve a través de la camisa esta pija, pero que os podéis figurar.

Se estaba metiendo al público en el bolsillo, lo de los tertulianos ya sería otra cosa. Vane no era ninguna pavisosa y tenía alma de líder, por lo que la entrevista transcurriría por los cauces que ella tuviese previsto.

—Bueno, pues mientras te traen la copa, ¿nos quieres ir contando? Bueno, espera, quizás Jessica quiera otra, ¿tú quieres algo? —me preguntó.

—Yo lo que quiero es que caiga un rayo en la antena del estudio y se corte la emisión, Jazz —le respondí entre dientes.

—Ay, pobre, que dice que quiere volver a los estudios, porque es muy estudiosa, y también causar sensación, ¿es o no es para comérsela? Un aplauso para mi Jessica, que solo quiere olvidar —pidió Vane, disimulando.

La gente se levantó de sus asientos, y Jazz estaba maravillada.

—Todavía no has contado tu historia y ya te adoran, te vas a tener que sentar ahí con los tertulianos —le señalaba.

—Por mí encantada, a mí me pones un contrato con un buen puñado de ceros por delante y te lo firmo antes de que pestañees, no te da tiempo ni a verme el movimiento de la mano, vaya —hizo reír a todos los presentes.

—Para sentarse aquí hay que demostrar que se vale —le dijo Rocky, uno de los tertulianos a los que le gustaba más una polémica que a mi Vane una copita, que ya es decir. Tenía el mismo nombre que el perro de Isra y más me recordaba por ello a la posibilidad de que quisiera destrozarnos con sus preguntas.

—Y estar preparado, añadió Aitana, otra de las colaboradoras más combativas.

—¿Jazz tú les has dado la palabra? Porque para mí que no. Yo no es por nada, pero se están saltando a la torera el turno de preguntas, eso está muy feo —metía baza Vane.

—Es cierto, chicos. Luego tendréis todos la oportunidad de intervenir, pero este es el momento de que Vanesa nos cuente su periplo con esos dos hombres de conducta intachable, hasta hoy, y respecto a los que parece ser que no es oro todo lo reluce —les decía ella.

—Así es, a nosotras nos han ninguneado, con todas las letras —soltó mi amiga con total impunidad, como quien está en posesión de la verdad—. Hace falta tener cara para llevar meses engatusándonos por teléfono, que hasta llegaron a venir a vernos con la promesa de que serían nuestros novios, y ahora, de buenas a primeras, solo porque anoche los besamos en público, ¡nos han dejado! —exclamó levantándose con mucho ímpetu justo en el momento de que una de las azafatas del programa le traía su copa y, un poco más, y le parte los piños con ella.

La bandeja voló por los aires y el contenido de la copa no tuvo otro lugar en el que caer que en mi vestido, el cual me puso hecho una pena.

—A ver cómo se lo devuelvo ahora a Mencía —me salió sin pensarlo.

—¿Cómo? —me preguntó Jazz, que no podía estar pasándoselo mejor con aquella entrevista tan loca e hilarante.

—Que se le ha olvidado dar los buenos días, al entrar dice... Que es más cumplida que un luto mi niña —volvió a “traducirme” Vane a su estilo—. Y eso que es por la tarde, pero la pobre Jessica no asunta desde que esos dos gallinas nos han plantado.

—De verdad que no lo podemos entender, aunque lo cierto es que el director me está pidiendo paso para una llamada de una chica que afirma ser la verdadera novia de Marcelo. Ella está viviendo en Reino Unido en este momento y afirma que tienen planes de boda, ¡esto sí que es bombazo! —lanzó Jazz, que estaba viviendo una tarde gloriosa.

—¿Que se va a casar con ella? Jazz, a mí me da... De verdad que me da, ¿y entonces? ¿Para qué hemos venido nosotras aquí para contar nuestra verdad? ¿Es que esos mentirosos no tienen escrúpulos ninguno?

—La chica habla de Marcelo, de Héctor no dice nada, ¿quieres que le demos paso? —trató de congraciarse con ella.

—Ay, Jazz, a mí se me hace muy violento, entiéndelo. Yo he sido su novia hasta anoche y ahora resulta que sale otra que dice que es su prometida, ¿tú sabes si tardan en ponerme otra copita? Porque yo lo que necesito es pimplar para olvidar.

—No lo sé, voy a meter un poco de prisa —se encogió ella de hombros—. Espera, espera, me dicen que el mismo Marcelo quiere entrar en directo para contar su verdad, que está hecho una verdadera furia y que dice que él solo tiene una novia —se ajustó el pinganillo.

—Menos mal, al fin la verdad sale a la luz. Esa chica era una farsante, se veía a las claras. Tiene guasa la de gente que quiere subirse al carro de la fama sin importarles inventarse lo que sea con tal de salirse con la suya. Guasa es poco, a esa gente habría que...

—No, Vanesa, que Marcelo dice que su novia es ella, Sarah, que a ti no te ha visto en la vida y que te abalanzaste anoche como una loca, que le comiste los morros y que le metiste la lengua hasta la campanilla, hasta que le dieron arcadas...

—Huy lo que ha dicho, eso no tiene valor de venir a decírmelo aquí al plató, a la cara...

—Dice que sí, que ahora mismo coge el coche y que se planta aquí en un momento, que vive a diez minutos.

—Pues nada, que venga, que aquí le estaré esperando. La verdad siempre resplandece, la verdad es libre, la verdad es...

—La verdad es una sola y no la estás diciendo tú, Vane, déjalo ya —murmuré en ese momento en el que revelé el engaño.

—Tenéis que perdonar a mi amiga, a ella esto de venir a un plató de televisión, después del palo que nos acabamos de llevar con los chicos, le ha venido grande —salió al paso como pudo.

—A la que le ha venido grande ha sido a ti, que te pensabas llevar calentitos los 30.000 euros que os había ofrecido la cadena por la exclusiva, farsante, que eres una farsante —le soltó Silvia, otra de las colaboradoras, que tenía fama de ser la más legal de todos ellos y que no pasaba ni una a la que gente que se sentaba allí a vomitar lo que fuese con tal de atrincar la pasta.

—Yo no me pensaba llevar nada por toda la cara, ¿te enteras?

—Vane, déjalo ya. Reconoce que la pasta nos hacía falta y que por eso nos hemos lanzado a este circo, pero ni hemos sido nunca novias de esos chicos ni ellos se fijarían en nosotras —confesé.

Ante esa afirmación por mi parte, el plató enmudeció. Ni siquiera los tertulianos dijeron nada, hasta que Jazz rompió el silencio con la pregunta más esperada.

—¿Y eso por qué, Jessica? ¿Nos lo puedes contar? ¿Te sinceras con nosotros del todo?

—Porque nosotras pertenecemos a otro mundo, somos chicas de barrio, de las que salen a bailar al polígono y se hartan de calimocho fuera para no pagar las copas dentro del local; de las que viven en pisos modestos sin ascensor en los que hay que arrimar el hombro para bajar la silla de ruedas del abuelo; de las que saben lo que a sus padres les ha costado sacar a sus hijos adelante y las que, en definitiva, no quieren defraudarlos. A Vane se le ha ido la pinza porque nosotras vamos de una en otra: hemos tenido que dejar un trabajo de mierda porque el desgraciado del jefe nos metía mano, el chino del barrio nos ha estafado y ahora debemos un préstamo que pedimos para poder ganar algo de dinerillo vendiendo ropa... Y yo todo eso lo llevaba bien, fíjate, Jazz, hasta que a mi padre también le apretaron las tuercas por querer llevar algo de dinero a su casa... Eso ya no lo soporté y por ese motivo le hice caso a Vane, para que él no sufriera y, al final, fíjate, nos vamos a convertir en el hazmerreír del barrio y, de paso, de toda España.

A Jazz, que tenía muchas tablas, la dejamos loca, aunque para mirada de loca la que me echó Vane, que no podía tolerar que la hubiese ridiculizado en público. Jazz pidió que nos fuésemos unos minutos a publicidad, y entonces mi amiga salió corriendo del plató, conmigo siguiéndole los talones.

—¿Te has quedado a gusto? Porque solo te digo una cosa: yo pensaba que venía a exponerme

ante todos los leones que están ahí dentro. Sabía que querrían despellejarme porque igual no me creían o, incluso dudándolo, inclinarían la balanza a favor de esos dos famosos y no de tu lado y del mío, que somos dos completas desconocidas. Pero lo que nunca me hubiese imaginado es que fueses tú, mi amiga del alma, la que me diera esta puñalada trapera por la espalda.

—Vane, tú lo que necesitas es que yo te explique...

—Yo lo único que necesito es un cigarrillo. Ah, y otra cosa, también necesito que me dejes en paz y que no me vuelvas a hablar en tu puñetera vida. Yo esto lo hacía por las dos, porque viéramos cumplido nuestro sueño, pero también por tu padre, porque las está pasando putas y no se lo merece... Con ese dinero habríamos montado el negocio y nuestras familias nos lo habrían agradecido...

—Pero eso habría supuesto renunciar a nuestros valores, Vane, ¿es que no lo entiendes?

—¿De qué valores me hablas, Jessi? ¿Sabes lo que dice mi madre? Que los pobres no podemos tener valores, que ella los perdió el día que su Manolo salió por la puerta y tuvo que hacer de todo para sobrevivir, ¿te enteras? Que sus valores los tuvo que dejar en la mesilla de noche la primera vez que aceptó dinero de un fulano que le pagó por sexo para poder llevar más comida a su casa, ¿a que eso no lo sabías? Yo pude salir corriendo el otro día cuando el imbécil del jefe me cogió el culo, porque no tengo hijos, pero ella hace años tuvo que pasar por el aro cuando vino al caso... Me lo contó hace un tiempo. No llegó a echarse a la calle, pero sí tenía algunos clientes a cuyas casas iba a limpiar, solo que en esas casas no se dejaba los riñones como en otras, sino que en esas se dejaba también su dignidad. Pues sí, Jessi, si para ayudar a tu padre, a mi Tere, a tu Mari y a todos le tengo que hacer la puñeta a dos niños ricachones, se la hago. Y vale que yo no sabía que el tal Marcelo tenía novia, pero no me arrepiento de nada. Ellos seguirán con su vida de pijos y nosotros con nuestra vida de mierda, ¿y tú piensas que has actuado bien? Porque yo lo dudo mucho, déjame que te diga.

Me quedé sin aliento. No podía imaginarme por lo que tuvo que pasar Tere en su día. Con razón hacía la vista gorda con lo de Yeraí con tal de contar con algo de ayuda en casa. Me resultó muy triste y quise acercarme a mi amiga, quien pidió un taxi en el que se subió sin dejar siquiera que la acompañase.

—Conmigo no vas más a ningún lado y a por la ropa te mando mañana a las niñas, que no soy como tú... Yo no te voy a exponer delante de todos dejándote desnuda, como tú has hecho conmigo.

Con esas palabras quiso decirme que se sintió desprotegida en el plató. La ropa debíamos devolvérsela a Mencía y a Cata, que para eso les habíamos cogido nuevos modelitos para ese día, y no era plan de que Tere, con todas las penurias que había pasado en la vida, perdiese también su trabajo.

Capítulo 24



Pasé una de las semanas más tristes de mi vida... Qué digo, en realidad fue la más triste de todas.

Mis padres, al menos eso sí, estaban orgullosos de mi valor después del disgusto inicial, si bien en el barrio todos nos señalaban como el par de aprovechadas que quisieron sacarle hasta la cerilla de los oídos a esos dos astros del balón que eran el orgullo de muchos.

Hasta Isra se burló uno de los días que me lo crucé.

—Así que yo no valía ni para hacer puñetas, pues tú la puñeta sí que la sabes hacer bien, Jessi. A ese tío le ibas a joder la vida por la puñetera cara.

Con quien mejor me sentía hablando era con mi abuelo Jesús, que parecía entenderme como nadie.

—Yo no debí decirte que tu padre estaba así de mal. No conociéndote, hija. Debí imaginarme que podrías hacer cualquier locura por él, porque una niña más buena que tú no existe. De todos modos, por el futbolista ese no lo sientas, que no pudo tener más suerte, ni en sus mejores sueños le habría besado una chica como tú —me decía entre risas.

—Abuelo, ¿qué dices? ¿Tú sabes las chicas con las que sale? Todas son modelos y actrices, las más guapas.

—De eso nada, porque contigo no ha salido y más bonita no la hay —me decía él.

Yo espiaba a Vane desde la ventana, no me da vergüenza confesarlo. Ella se pasaba el día fumando como un carretero, asomada a la calle, sin ganas de salir. A mí me dolía verla así, tan ausente, tan callada... Si hasta había días que no se ponía ni su diadema en el pelo, ¿podía existir una señal peor que esa?

Vane era como mi hermana y verla así de triste me desgarraba el alma. En el caso de que me descubriese mirándola desde mi dormitorio, se metía para dentro del tirón y cerraba la ventana enérgicamente, dándome a entender que seguía súper encabritada conmigo, algo que me destrozaba por dentro.

En cuanto a lo demás, todo seguía igual. No me salía curro ni por cachondeo, y menos en esas circunstancias. Si me presentaba en algún lado a pedir trabajo, no faltaba quien me reconociera y dijese que no le hacía falta gente de mi calaña, que la vida ya era bastante complicada de por sí.

Me dio igual confesar porque nos metieron a las dos en el mismo saco. Tampoco habría sido más feliz porque me sacaran a mí sola, ya que todo lo que la gente dijese de Vane me dolía en mis propias carnes.

El siguiente viernes yo no tenía ganas de salir ni nada que se le pareciese, por mucho que mi madre tratase de animarme.

—Cariño, diste un traspies en la vida, y encima trataste de enmendarlo de inmediato. No puedes quedarte en este dormitorio metida todo el día, te pondrás mustia como una flor.

—Mamá, lo del traspies ni lo nombres, que fue literal y rodé por todo el local... Y en cuanto a

lo de la flor, vaya si estoy mustia.

Se trató como de una especie de premonición, porque fue decirlo y mi padre entrar por la puerta del dormitorio con un precioso ramo de flores frescas, un ramo como no había entrado otro en mi casa en la vida, ya que él solía cogerle a mi madre de vez en cuando unos chiquitos que vendían en la gasolinera del barrio, pero nada que ver con aquel.

—Papá, es precioso, pero ¿cómo se te ocurre gastarte este dineral? Con lo que te debe haber costado este ramo comemos todos una semana —le dije porque el hombre no sabía lo que hacer para animarme.

—No, cariño, no te equivoques... El ramo no es mío.

—Ya lo sé, papá, ahora es mío, pero que no debiste comprarlo —le dije dándole un beso. Él se sentía muy culpable porque yo me metiera en aquella movida para ayudar a mi familia.

—Sigues sin entenderme, cariño... Que yo salía y me he encontrado al chico de la floristería que subía las escaleras con él. Igual te lo ha enviado Isra, que debe estar bien arrepentido de haberte perdido.

—¿Isra? Papá, ese la única planta que conoces es la de la marihuana. No le da mucho por lo del gym, pero un canutito se lía de vez en cuando. A ver, esto tiene que tratarse de un error —le dije echando mano a la tarjeta que venía con las flores.

“Para la chica que besa de impresión. Me gustaría conocerte, ¿bajas?”

O me estaban gastando una broma de mal gusto, que no sería la primera en aquellos días o... ¡Era lo segundo! Miré por la venta y había un Tesla debajo conducido ¡por Héctor!

Casi me caigo muerta....

—Hija, pues tendrás que bajar —me dijo mi madre.

—Mamá, pero ¿cómo voy a bajar yo con estas pintas? Estoy sin arreglar, aparte de que hoy no tengo ropa de Mencía para ponerme, ya se lo devolví todo a Vane.

—¿Y piensas que él ha venido hasta este barrio para que te vistas de quien no eres? Ese muchacho te vio abrirte en canal ante toda España y eso es lo que le ha gustado de ti. Jessi, tú vales un imperio sin tener que disimular, a la vista está. Si bajas, le darás la oportunidad de conocer a la chica más auténtica que se le acerque en toda su vida. Él estará acostumbrado a mujeres muy despampanantes que se le desnuden en la primera noche, pero igual ninguna de ellas sabe desnudar su alma como tú.

—Ay, mamá, qué cosa más bonita, ¿tú te has escuchado? A mí me da igual las faltas de ortografía que tengas... Tú sirves para escritora, para poetisa y para todo lo que se te ponga por delante.

Capítulo 25



Si las piernas me temblaban el día que entré en el plató de “Furor”, no digamos ya lo que me temblaban esa noche en la que bajé las escaleras con las rodillas hechas flan.

Cuando llegué al portal, él ya me estaba esperando fuera del coche, y me sonrió al verme.

—Bueno, pues esta soy yo, ¿qué te parece? —le pregunté para que me viese con mi aspecto habitual, entallada, brillando desde lejos y con mis aros en las orejas, esos que tanto me favorecían.

—Me pareces preciosa porque ahora eres tú —se acercó a mí y por un segundo, el muy cachondo, me dio a entender que me iba a morrear allí mismo, en la puerta de mi casa. Yo me quedé un tanto desconcertada porque, aunque me molaba, no lo veía muy correcto, que yo no soy de tirarme a los brazos de cualquiera a la primera de cambio, ¿qué se había creído ese? Ya pensaba en ello cuando me di cuenta de que él no buscaba tener barra libre de sexo conmigo esa noche ni nada parecido, ya que terminó por sonreírme, darme a entender que era una broma y colocarme un beso en cada una de las mejillas.

—Anda, que me habías asustado —le solté.

—Ya, no como tú a mí la otra noche, que llegaste como un corderito, midiendo las distancias —rio.

—Ay, por favor, no me lo recuerdes, ¿has venido para eso? ¿Para echármelo en cara? Si es que no te lo puedo reprochar... Si yo fuera tú igual habría venido para lo mismo, pero que yo soy muy digna y no pienso...

—Oye, Jessica...

—Llámame Jessi mejor, así es como me conocen todos...

—Vale, Jessi, pues que sepas que solo he venido porque me interesa conocerte y porque quiero que me cuentes toda tu historia, al completo.

—¿Al completo? ¿Desde que Vane y yo nos tirábamos de los pelos aquí mismo de chiquititas? Pues espero que te hayan dado un descanso de unos días, porque vamos...

—No, me gustaría, pero aún no tengo ese descanso. De todos modos, lo que más me interesa son los verdaderos motivos que te llevaron a hacer algo así.

—¿A morrearte? —me encogí de hombros más angustiada que un cangrejo en un cubo porque no sabía por dónde comenzar—. No creo que haya sido la primera que intente morrearte a traición.

—Pues no, pero sí la primera que lo hace por una buena causa, y eso me interesa mucho —me dijo acortando las distancias conmigo.

—Oye, ¿y dónde vamos para eso? Porque el confesionario del Gran Hermano no nos lo dejarán, y el de la parroquia del barrio tampoco, que a estas horas está cerrada.

—¿Y si vamos a mi casa? Lo digo porque será difícil salir por la ciudad sin que nos sigan los paparazzis —me advirtió.

—Ya, normal... No quieres que nos vean juntos. Oye, que lo entiendo perfectamente, ¿eh? Yo tampoco querría que me vieran conmigo, que me he convertido en el mamarracho nacional.

—Nada de eso, olvídale, yo no pienso así... Creo que eres una chica con mucho arrojo por hacer lo que hiciste; por recular en directo. Marcelo interpretó que incluso eso era un paripé, que hasta eso estaba preparado.

—Ya, si es que la gente es muy malpensada, pasó lo mismo con lo de los cuernos de Íñigo Onieva y Tamara Falcó, que decían que estaban preparados, como si a ese muchacho le hiciera falta un motivo... En fin, me voy a callar que igual esos pijos son también amigos tuyos y la vuelvo a cagar.

—No, ni soy amigo de ellos ni soy pijo.

—Qué va, solo hay que ver tu coche. No ha pasado uno de estos por el barrio hasta hoy, yo esta marca solo la conocía por los YouTubers, una historia... Mi hermano es Tiktokker, ¿sabes? Y está todo el día con esas cosas, me las enseña...

—Ya, ya... Bueno, igual un día me lo presentas y me las enseña a mí también.

—¿A mi hermano? No sé si vivirá para contarlo, este coche se lo tendríamos que enseñar con una botellita de oxígeno al lado. Sueña con tener uno de esta marca, como soñar es gratis...

—Pues si ese es su sueño, lo logrará. Yo también lo soñaba y aquí está...

—Para los pijos es todo muy fácil. Vosotros no tenéis una varita mágica, pero sí una cuenta corriente de vuestros padres que os sirve así hasta que tenéis la vuestra propia.

—Oye, a ti no te gusta el fútbol, ¿verdad?

—Nada de nada. Yo, desde que un niño me dio un pelotazo de bien pequeñita en la plazoleta que me arrancó de cuajo las dos paletas (menos mal que eran de leche, aunque para mala leche la que me entró a mí), no he querido volver a saber más de pelotas. Bueno, tú me entiendes, de fútbol —corregí.

—Te entiendo, te entiendo... Lo digo más que nada porque veo que no sabes nada de mi historia. Mi familia es una familia normal, mi padre es profesor de secundaria y mi madre es auxiliar de clínica.

—Esos aquí son ricos —reí.

—Vale, pero no deja de ser una familia corriente y moliente, aunque para mí es la mejor del mundo.

—¡Toma! Pues igual que la mía para mí, que por ellos mato, como Belén Esteban con su Andreíta.

—Y justo por eso estoy yo aquí, porque he visto que matas por los tuyos y no hay nada que me parezca más auténtico que eso. Yo también quería, por ejemplo, que mi madre dejase de trabajar, porque siempre lo hizo en turno de noche para poder estar con mis hermanos y conmigo de día, por lo que arrastraba más sueño...

—Más sueño que un perro chico, debía arrastrar la mujer.

Me di cuenta de camino a su casa que las cosas, a veces, no son como parecen. Él se había criado en un ambiente normal y se había hecho rico por méritos propios, entrenando mucho desde crío y a base de su propio sacrificio.

Llegamos a su casa, que más que eso era una mansión, flipante... Estaba situada en el barrio más caro de la ciudad, al lado de las de otros futbolistas, de cantantes, de miembros del gobierno y demás, con los que se codeaba como si tal cosa porque formaban parte de su mundo.

—Si te he traído aquí, quiero que lo tengas muy claro, Jessi, no es por esconderte de la prensa.

—Ya, tú qué vas a decir —lo dudaba yo mientras miraba esa impresionante decoración

minimalista y moderna donde las hubiese, que creaba espacios diáfanos de impresión.

—No, te lo digo muy en serio. El problema es que si salgo una noche con una chica ya nos ponen la etiqueta de novios y no paran de seguirnos. No quiero que estés incómoda, lo de la otra noche ya hizo correr ríos de tinta y no pretendo perjudicarte a sabiendas de que no tienes la intención de sacar tajada del asunto. No quiero exponerte sin darte antes las oportunas explicaciones.

Me sentí bien porque me pareció que se estaba abriendo en canal conmigo y que me lo decía desde el corazón. Héctor parecía un buen tío; sencillo, directo y honesto, él sí que lo parecía y no el jodido del chino, por mucho que ese fuera el significado de su nombre.

—No, eso sí que te lo puedo asegurar... Más que nada porque mi teléfono ha echado humo desde el otro día, me han llamado de todos los canales y no he aceptado conceder ni una entrevista más. Y eso que lo que hice me ha costado la amistad con Vane, a quien quiero como si fuera mi hermana, y que no me habla.

—¿Qué pasó? —me preguntó mientras me ofrecía una copa de vino y me llevaba hacia la mesa, cuidadosamente dispuesta para disfrutar de una cena a base de delicias frías a las que acompañó con un delicioso caldo que él mismo trajo en una sopera y que nos vino genial para combatir los rigores de un otoño que ya se estaba dejando sentir a tope.

—Pues pasó que Vane vio que era la mejor solución para salir del atolladero. Mi padre es mecánico y el hombre se gana la vida comprando cochecitos, arreglándolos y sacando algo por ellos al venderlos, y el otro día le pusieron un par de multas que no puede afrontar y que le tienen amargado. En cuanto a mí, pues lo que dije, que no tengo trabajo, que me han estafado igual que a Vane y que no sé cómo ayudar a mi familia. Por eso mi amiga, que lo ha pasado todavía peor que yo y ni me enteré, ideó un plan para poder tener por fin nuestro propio negocio de moda, y lo demás ya lo sabes... El tiro nos salió por la culata.

—En realidad, no... Pudisteis coger ese dinero, ya estabais en el plató.

—Pero me entró un remordimiento de conciencia que me moría. Y más cuando llamó esa chica y Marcelo parecía desesperado. Yo no quise joderle la vida a ese chico ni tampoco a ti. Ella decía que se iban a casar y...

—Y Marcelo se cagó vivo, ¿y sabes por qué? Porque es muy buen amigo mío, pero con las tías es un capullo total y le ha sido infiel muchas veces a Sarah. Ella lo sabe, pero, como está con él por interés, que también se las trae, ha mirado para otro lado por conveniencia. Hasta que lo vuestro se hizo público y él no lo pudo esquivar, por eso se volvió loco y quiso ir cagando leches al plató, ya que no podía creerse su mala suerte.

—Joder, porque iba a pagar la única vez que no lo había hecho de veras, ¿no?

—Así es, ¿recuerdas que en la disco bajamos de un reservado?

—Sí.

—Pues allí había quedado con una modelo.

—La madre que lo parió, y parecía tonto cuando lo compramos. No me lo puedo creer, si lo llego a saber... No, iba a decir una tontería, da igual. Que tu amigo no actuase bien no quiere decir que yo tenga que hacerlo igual. Cada uno es cada uno...

—Por eso, por ese tipo de cosas, es por lo que he querido conocerte, Jessi.

—Pues nada, ya estoy aquí, e igual mañana también me recuerdas porque el corpiño es de purpurina y tendrás que coger la aspiradora, aunque esto no lo limpias tú, que a mí no me engañas —le di un codazo y él se partió de risa.

—Ya esa actitud me gusta más —afirmó.

—¿Qué actitud? Si yo no he hecho nada.

—Sí, ya te vas soltando.

—Ah, un poco sí. Es que entiéndelo, te has plantado en mi casa, me decías en la nota que beso de escándalo, que eso es cierto, la verdad, pero lo decías y...

—Y si mañana te recuerdo será por ese beso más que por la purpurina...

Me sonrojó, logró sonrojarme y eso que no solía pasarme, pero me impuso lo que me dijo. Esa noche, a la hora de despedirnos en el coche, debajo de mi casa, repetimos la jugada, que para eso él era futbolista.

Ya me bajaba cuando sus ojos color café, esos que lograban removerme por dentro enterita cuando me miraban, me pidieron un beso. Yo no pude negarme, no cuando el corazón se me aceleró y supe que no podría subir a casa si no se lo daba, si no volvía a probar el dulce sabor de sus gruesos y aterciopelados labios. Luego me bajé con una sonrisa y él me volvió a besar en el portal, antes de quedarse allí, apostado en el coche, esperando a verme subir. Los escalones los subí de dos en dos, aunque la risa se me cortó cuando llegué a mi dormitorio y encontré a Vane en la ventana del suyo. Su mirada me dijo que lo había visto todo y que esa no me la perdonaba.

Capítulo 26



Al mediodía siguiente subí a casa de Vane y me abrió su madre.

—No va a servir para nada, Jessi, ya sabes que mi hija tiene la cabeza muy dura y un cabreo de espanto.

—Tere, lo sé, es más terca que una mula, pero igual si me ve aquí y...

—¿Y qué? ¿Me ablando y volvemos a ser las amiguitas de siempre? —salió ella como un basilisco de su cuarto, no la había visto nunca así.

—Vane, he venido a hablar contigo porque pretendo arreglar las cosas.

—Ya, arreglar las cosas antes de anunciar el compromiso matrimonial, ¿no? Debo tener una cara de tonta que no veas, y lo que me da más rabia es que ni siquiera lo sabía.

—¿Tú de tonta? Aquí la única tonta que hay soy yo, ven, anda.

—¿Has venido a darme un abrazo? ¿Estás saliendo con él y vienes a refregármelo por la cara? ¿Tú sabes lo que sentí cuando te vi ayer uniéndote al enemigo? Sentí que tú nunca has sido mi amiga y que te arrimas al sol que más calienta, eso fue lo que sentí.

—Vane, hija, ¿cómo puedes decirle esas barbaridades? Es Jessi, es tu amiga...

—No, mamá, es Jessi a secas. Si fuera mi amiga hoy tendríamos una tienda de modas, pero ella ni es mi amiga ni es nada. Ella es solo una traidora que ahora viene de guay porque todo le va de puta madre. Ha quedado genial, ella es la niña buena y yo el bicho que la obligó a hacer lo que no quería, me ha dejado como el culo delante de toda España.

—¿Eso es lo que piensas? Yo no quise dejarte como la mala de la película...

—Pero es que las cosas hay que pensarlas antes, ¿sabes? Han descubierto el pastel y ahora resulta que ya no tengo mano en la disco —añadió Yerai, que salió al salón en ese momento.

—¿De qué mano hablas? ¿Tú no eres reponedor? —le preguntó Tere, haciendo una vez más la vista gorda, para que se largara.

—Es verdad, tita, que no sé ni lo que digo. Este tema ni me va ni me viene.

Él era otro “damnificado” porque tampoco cobró su comisión y, por tanto, también estaba calentito conmigo... Aunque a ese lo del calentamiento con mi persona ya le venía de lejos.

—Lo has visto, ¿no? Nos has jodido a todos. Mira, Jessi, tú sigue haciendo lo que te dé la gana porque, hagas lo que hagas, lo nuestro ya no tiene solución. Algo se ha roto entre las dos y no tiene arreglo.

—Vane, no me digas eso... Nosotras llevamos peleándonos toda la vida, pero luego nos reconciamos en nada.

—Eso era antes, eso era cuando yo te consideraba mi amiga. Y ahora, lárgate de aquí y no vuelvas. Ojalá vivieras tan lejos que no tuviese que verte, ¿por qué no te vas a vivir con él?

—Pero ¿cómo tengo que decirte que yo con Héctor no tengo nada?

—Ah, vale, entonces el morreo que vi anoche es otra encerrona por tu parte. Más tonta yo...

Perdona, es que no me había dado cuenta, ¿sabes? Estoy de un torpe, ¿te vas ya o tengo que darte una patada en el culo?

—Vane, hija, así no se trata a las amigas...

—Mamá, ¿tú en qué momento te quedaste sorda? Pues vamos listas como tengamos que comprarte también un sonotone. Gracias a una que yo me sé tengo hasta un crédito a medias que pagar, que es lo último que haremos a medias en esta vida.

Vane siempre fue muy trágica. De pequeñas, cada vez que nos enfadábamos, me juraba por todos sus antepasados que no me volvería a hablar y lo hacía cinco minutos más tarde. Por eso, lo que dijese no me afectaba, era más bien su manera de mirarme, una mirada intimidatoria e incendiaria que me daba a entender que yo le daba igual, que había llegado el momento en el que pasaba de mí.

Bajé las escaleras de su bloque llorando y subí las del mío de igual modo. Cuando abrí el portón de mi casa, me encontré a mi abuelo Jesús al lado de otro ramo de flores inmenso.

—Abuelo, parece que estás en medio de la jungla, con tanto color —bromeé.

—Sí, para eso estoy yo, para recorrer la jungla en silla. Ay, Jessi, si tú me hubieras conocido en mis buenos tiempos. Yo tenía las piernas como el futbolista ese, como tu novio.

—Abuelo, que no es mi novio, que solo salimos ayer.

—Pues si no lo es, lo será... Tú haz caso de mi experiencia. Un hombre que le regala estas flores a una mujer dos días seguidos, está interesado, ¿y cómo no lo va a estar si eres la flor que siempre quise en mi jardín? —me preguntó versionando a Antonio Flores y no me lo comí allí mismo de milagro.

En la nota que acompañaba a las flores, Héctor me invitaba a ir al cine con él esa noche.

Sentí un fuerte impulso de aceptar, pero luego me acordé de Vane y me frené, ya que no quería hacerle daño a mi amiga, por lo que un par de lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Es por Vane, ¿verdad? ¿Es por ella? —me preguntó mi abuelo, que era muy largo.

—Es que yo no quiero que mi alegría la haga desgraciada, abuelito, no lo soporto.

—Vane se alegrará de todo lo bueno que te pase. Conozco a esa niña desde que nació y para mí es una nieta más. Sabes cómo funciona, siempre se tiene que salir con la suya, pero es buena de corazón... Ella sabrá ver que a ti ese chico te gusta de verdad y que no tiene sentido que renuncies a él por darle el gusto. Es tu amiga y terminará por entenderlo.

—¿Y si no lo entiende, abuelo?

—¿Cuándo te he dicho yo algo que no se cumpla, Jessi?

Capítulo 27



Lo que más me gustó de volver a salir con él es que no tuve que comerme el coco, y que podía ser yo misma.

La idea era ir al cine, y a la hora convenida él me recogió en su Tesla.

—Yo la que quiero ir a ver es una que se titula Chinas —le dije mientras miraba su estilazo, con sus jeans, su camisa blanca y su americana... El tío estaba para comérselo allí mismo en el asiento del piloto.

—Pues no se diga más, esa.

—Y mira que no lo puedo evitar, ¿eh? Pero los chinos se me han atravesado. No pienso comerme ni un rollito de primavera más en mi vida. Es que tiene guasa lo que nos hizo el tío.

—Timadores hay en todas partes, aunque tú no te preocupes, que tu tienda de ropa la terminarás consiguiendo.

—Pues a este paso, no sé yo, que encima ahora estoy entrampada, y con Vane... Eso es lo único que nos queda por hacer juntas, ya que me ha echado las bendiciones. Nos vio anoche, ¿sabes?

—¿Y tú cómo estás?

—Yo estoy bien —resoplé—. No, no quiero mentirte, por esa parte estoy fatal. Es que mi vida sin Vane no tiene sentido, no sé si sabré explicarlo, ¿qué gracia tiene probarme una sudadera de brilli brilli, por ejemplo, si ella no está allí con su pulgar para arriba, diciéndome que más choni no la hay? No lo concibo, es que no lo concibo...

—¿Y tú qué crees que haría que ella cambiase de opinión?

—¿Mi Vane? Pues fácil no está la cosa, la verdad... Tú no la conoces, mi Vane es muy tozuda y cuando coge una cantinela no la suelta... Yo qué sé, para mí que ella se veía ya de tertuliana en “Furor” o algo. Que es broma, ¿eh? Ya sabe ella que eso no, pero...

—Relájate un poco, que todo se arreglará. Lo he visto mil veces en la vida: lo que más difícil parece, se termina resolviendo con facilidad.

—Dios te escuche. Y hablando de escuchar, ¿en este coche no se escucha música? Venga, dale ahí un poquito de reguetón bueno, hombre, que no se diga...

—¿Te gusta el reguetón? —rió.

—No, me gusta la ópera, pero disimulo escuchando reguetón, ¿tú qué crees que ponen en el polígono?

—Me tienes que llevar un día y así lo veo con mis propios ojos.

—¿Tú en el polígono? ¿Con este coche? No lo veo yo, ¿eh? Al polígono se va con coches tuneados o con motos rectificadas para que corran más, que yo no sé si corren más o no, pero ruido hacen una barbaridad, así que la música hay que ponerla a tope y...

Yo notaba cómo me miraba cuando le contaba mis cosas. No era la típica mirada

condescendiente de alguien que te escucha porque le toca y punto, sino que a él le gustaba que le hablase de mi vida y de todo aquello que la rodeaba.

En contrapartida, también me contaba lo que le sucedía en el día a día, cómo eran sus entrenamientos, lo que le costó al principio llevar siempre periodistas pegados a los talones y demás.

Invitándome al cine me demostró que era cierto eso que decía de que no pretendía esconderme, y eso me hizo sentir bien. Yo no habría soportado ser su segunda opción, una opción de estar por casa que no pudiera salir a la luz.

Llegamos al cine y ya varias personas que estaban en la fila para comprar las entradas le reconocieron, le pidieron fotos y demás.

—Pero si tú eres la chica que salió en “Furor” con su amiga —me reconoció también una muchacha — Qué fuerte, ¿estáis juntos?

Yo me quedé muda porque no, no lo estábamos, pero me sentía genial con él, y lo que más me sorprendió fue su respuesta, ya que Héctor me abrazó y le soltó un “sí” que me hizo temblar de arriba abajo, ¿lo estábamos?

Otra cosa que llamó mi atención fue que, pese a que le ofrecieron no hacer fila y hasta llevarle las palomitas y demás a su asiento, que para eso la gente flipaba con él, no aceptó ningún trato de favor.

Nos sentamos a ver la peli, la cual me encandiló y, cómo no podía ser de otra manera, a la salida teníamos un montón de paparazzis apostados, esperándonos. Alguien había avisado de que estábamos allí y acudieron como las moscas a la miel.

—¿Nos puedes explicar lo que está pasando aquí, Héctor? —le preguntó uno de ellos, que parecía tener bastante confianza con él.

—Pues es más que evidente, Luis, antes eras más rápido —le contestó, dándole una palmadita en el hombro.

—Pero, a ver, qué significa Jessica para ti, ¿con qué ojos la ves? —insistió otro.

—Pues con los únicos que se puede ver a una chica que es preciosa por fuera y más aún por dentro.

—Ya, pero ¿no te parece un poco raro salir con alguien como ella? —le preguntó otra paparazzi, en ese caso una mujer.

—¿Con alguien así de maravillosa? —le contestó él con mucho saber porque todos sabíamos muy bien con la maldad que estaba hecha la pregunta—. Pues lo cierto es que sí, ya que muchas chicas se me han acercado por interés y Jessi es la única que ha puesto las cartas sobre la mesa antes de que yo insistiera en salir con ella, porque, por si os ha quedado alguna duda, he sido yo quien la ha llamado. Y ahora, nos vais a permitir que nos vayamos.

Salió al paso como un campeón, ¿en qué momento se había formado todo aquel huracán mediático? En solo dos días, todos focalizaban de nuevo en nosotros y eso que nada de lo que estaba sucediendo aparecía en el guion.

En aquellos momentos comprendí eso, que la vida es lo que te va sucediendo al mismo tiempo que tú planeas lo que quizás nunca ocurra.

Capítulo 28



El domingo me sorprendió invitándome a almorzar de nuevo. Por si lo estáis pensando, aún no había ocurrido nada entre nosotros en ese momento, y no por falta de ganas. No obstante, yo a Héctor le veía con intención de hacer las cosas bien, y por esa razón iba con pies de plomo.

—¿Qué ocurre? ¿Es que tú no puedes pasar de mí? —le pregunté al subirme en su coche.

—La respuesta es no, aparte de que el día está espléndido.

—Bueno, eso lo dirás tú, que hace un frío que pela.

—Eso es verdad, pero por lo demás está espléndido, mira cómo brilla el sol y me han dicho que la sierra está preciosa, que hay nieve en las cumbres.

—Pues normal, si antes vi pasar un pingüino con abrigo. Mira el que me he colocado yo, ¿parezco o no parezco galáctica? Este se lo compré al chino timador, no le dieran lo que yo me sé y se gaste en aspirinas la pasta que se llevó de nosotras y no que ahora...

—Ahora ese crédito ya está saldado, se lo puedes decir a Vane —me informó sin dilación.

—¿Qué dices? Si no hemos pagado ni una letra todavía, eso no puede ser.

—Pues ni idea, pero a mis oídos ha llegado que ya está pagado.

—Ya, ya, y Papá Noel no habrá sido, porque el barrigón barbudo todavía no ha pasado por el barrio, aunque nosotros somos más de Reyes Magos, así que menos todavía, ¿por qué lo has hecho? Ahora me tacharán de aprovechada en todos lados, y eso es lo último que quiero —me puse seria.

—Nadie te tachará de nada porque nadie se enterará, ¿vale? La única que tiene que enterarse es Vane, para que se quede tranquila también. Bueno, y tu padre, pero él porque los Reyes, esos que dicen, se han adelantado y le han pagado también las dos multas.

—¿Qué hablas? No puede ser —las lágrimas salieron de mis ojos como si fueran un par de cántaros.

—De verdad que era muy poca cosa, yo no quiero vacilarte para nada, Jessi, pero ni me he enterado.

—Pues para no querer, eres tú muy vacilón, ¿no te parece? —le pregunté entre llantos y risas.

—Y más que lo voy a ser, porque quiero hacerte una proposición para el próximo fin de semana, antes de debutar en la liga y que luego todo se complique más —me comentó.

—¿Una proposición indecente? ¡Ya era hora! Digo... —apreté los dientes.

—Esa será un gustazo, pero ¿tú sabes esquiar?

—Ya sabía yo que ibas por el lado guarrillo, pues sí, esquío que da gloria. A mí ninguno se me ha quejado.

—No lo preguntaba con doble sentido —rio.

—Ah, ¿no? Pues esquiar con esquís, evidentemente, no sé ni yo ni ninguno del barrio, me parece a mí. Y luego dices que no eres pijo, pues para no serlo, bien que se te ha pagado. Tú sí

que sabrás, claro...

—A mí me encanta, aunque me temo que en mi contrato hay una cláusula que ahora mismo no me lo permite.

—Normal, con lo que les has costado, como para arriesgarte a abrirte ahora la mollera igual que una sandía.

—Muero contigo, Jessi... Con todo y con eso, me gustaría que vinieras conmigo a Gstaad.

—¿A gastar? —entendí yo—. No, hombre no, que yo soy pobre, pero honrada. No voy a permitir que me mantenga nadie.

—A gastar también —rio—, pero que yo me refiero a Gstaad, a la estación de esquí.

—¿Y eso dónde está?

—En Suiza.

—Ay, madre, donde el chocolate ese tan bueno, pero ¿qué se me ha perdido a mí allí?

—Acompañarme, que tengo que rodar un spot publicitario y que podemos disfrutar de la nieve, aunque yo no pueda esquiar.

—Tú tranquilo, que si vamos, esquías, de una forma u otra, pero tú esquías —le guiñé el ojo—, ¿y de qué es el spot? ¿De chocolate Milka? Ay, madre mía, qué emoción conocer a la vaca, ¿es lila de verdad? ¿Y tiene letras?

—Yo me parto contigo, Jessi, te prometo que me parto. No, es un anuncio de relojes.

—¡Toma ya! ¿Y la gente todavía se pone relojes? Yo es que la hora la miro siempre en el móvil, por eso...

—Pues sí, hay mucha gente que es muy amante de los relojes.

—¿Y tú de qué eres amante? —le pregunté burlona.

—Querrás decir de quién... Yo quiero ser tu amante —me soltó alto y claro.

—¿Mi amante solo? Porque eso suena a echarme dos o tres casquetes y luego, carretera y manta.

—Sabes que no, Jessi, tú me gustas de verdad...

—A los que también les gusta de verdad, pero esto, es a los paparazzis. Míralos, ya los tienes ahí, no pueden ser más pesados. Yo voy a poner dientes, que es lo que les jode, a lo Isabel Pantoja. Y, aparte, que los tengo muy bonitos, ¿es o no es?

—Es, tú lo tienes todo bonito.

—¡Te como esa cara! Y me encanta porque me lo dices estando sobrio... Es que verás, Yeraí, que es un primo de Vane que está coladito por mí, tiene la extraña teoría de que hartado de copas y de alguna cosita más que él vende y que también consume cuando viene al caso, pues eso que...

—Que cuando está puesto hasta las cejas, ¿qué le pasa?

—Pues que dice que entonces no hay ninguna mujer fea si la mira por donde mea —le solté y él se carcajeó.

—Desde luego, Jessi, que lo que no se escuche en tu barrio...

—Mi barrio es el mejor del mundo, ya te lo digo yo. Oye, y si no podemos esquiar, ¿qué haremos tú y yo en la nieve aparte de muñecos?

—¿De muñecos de carne y hueso? —rio.

—No, no, de muñecos de nieve de esos que tienen una zanahoria por nariz. Y, por cierto, tu zanahoria será mejor que te la plastifiques, te lo advierto desde ya, que yo tengo mucha vida por vivir y, aparte, que todavía no te conozco de nada.

—Ya me conocerás, y entonces querrás ser la madre de mis hijos.

—Tú lo flipas mucho, chaval...

—Tirarnos en trineo, eso será lo que haremos —disimuló.

Capítulo 29



Me puse un poco tensa al subir en ese avión el fin de semana siguiente.

—¿Estás bien? —me preguntó él.

—Sí, sí, si yo estoy que doy botes, solo que no sé si el avión también dará muchos.

—Oye, ¿tú cuántas veces has montado en avión? —me preguntó.

—¿Yo? Pues déjame que piense, que ahora mismo no caigo. En realidad, si no me falla la memoria, creo que esta es la primera —afirmé con una sonrisa en la cara.

—¿Es tu primera vez? ¿No me digas? ¡Qué ilusión que sea conmigo!

—Oye, que lo dices como si yo fuese virgen y va a ser que no, ¿eh? Que sepas y entiendas que yo estoy catada y recatada, como los melones. La virginidad la perdí a los quince en los alrededores del polígono, es decir...

—En el lugar más romántico del mundo —rio él.

—Del polígono no se te ocurra reírte, que eso es sagrado, ¿eh? ¿Te estás enterando?

—Claro que sí, preciosa mía —me besó.

—Y otra cosa, de lo otro... Tú ya me entiendes, a ver si nos estrenamos allí en plenos Alpes suizos o voy a empezar a pensar que me quieres como tapadera.

—¿Como tapadera? Cuando veas las ganitas que te tengo...

—Pues eso es lo que quiero, que se vean, que me parece que estás un poco apollardado —le piqué y sus risas se escucharon en todo el avión.

Yo también me reí, hasta que el avión se puso en marcha y ya entonces me reí algo menos, aunque él se olió que estaba algo asustada y me cogió fuerte de la mano en todo momento.

En cuanto me vi en el aire, sana y salva, tras el despegue, entendí que volar era una verdadera gozada que llegó a entusiasmarme durante un vuelo que me gustó muchísimo y del que disfruté cantidad a su lado.

Hice bastantes fotos de esas nubes que parecían de algodón y que ansiaba enseñarle a Vane, a la que tenía presente en todo momento. Es más, siempre pensé que mi primer vuelo lo haría con ella y que no fuera así me dio mucha penita, aunque la compañía era inmejorable.

Me bastó con poner los pies en Gstaad para entender que ese pueblecito de los Alpes Suizos tenía poco que ver con ese otro de Soria en el que nació mi abuela Felisa, y al que fuimos muchas veces en los veranos cuando yo era pequeña, a una casa que tenía allí cerrada la mujer y que se terminó derrumbando tras un fuerte temporal años atrás.

—Es verdad que Gstaad está que se sale y que hasta aquí llegan incontables famosos todos los inviernos —me comentaba él.

—Famosos como tú, ¿y qué tiene este sitio para atraer a tanta gente? Es precioso, sí, eso ya lo veo...

—Pues tiene el mejor clima para la práctica del esquí, aparte de que está rodeado de hoteles

de los más lujosos, de restaurantes de postín y de galerías comerciales glamurosas con presencia de las mejores marcas.

—Eso ya me lo imagino, que no son como las imitaciones que venden los manteros en mi barrio.

—Pues va a ser que no, estas cuestan un poquito más. Sin embargo, te voy a contar una anécdota que igual te hace gracia...

—Pues dependerá de cómo la cuentes, porque tú eres más guapo que gracioso —le piqué un poco.

—¿Me estás queriendo decir algo?

—Dios me libre, si ya te lo he dicho —reí.

—Pues verás que, en Gstaad, pese al lujo que le caracteriza, solo hay unos 8000 habitantes y vienen a tener el mismo número de vacas, por lo que es frecuente que te las encuentres hasta por las calles. Quizás frecuente tampoco, solo que no es improbable.

—Tranquilo por esa parte, porque yo con animales sé tratar, en el barrio hay un buen puñado de ellos —reí.

Entre las curiosidades de aquel sitio, por lo que él me contó, estaba que los coches no circulan por en medio de la población, de modo que ese enclave rural que, no obstante, ofrece al visitante con la cartera bien abultada lujo por doquier, es además ideal para pasear por él mientras te deleitas la vista.

El paisaje era de cine y las montañas me recordaban inevitablemente a la pequeña Heidi, al cabrero Pedro y hasta al perro Niebla, aunque de perros había quedado yo hasta la punta del moño. En mi caso, literal.

Mientras íbamos camino de nuestro maravilloso refugio, él me fue dando algunas pinceladas más de por qué ese rincón del mundo, con nevados paisajes de postal, se había convertido en reclamo internacional gracias a ser sede de uno de los clubs más selectos, el *Eagle Sky Club*, un referente que cuenta entre sus miembros con actores de Hollywood a cascoporro. También en él abrió hace ya más de un siglo sus puertas un prestigioso internado, *Le Rosey*, que ha servido para la formación, entre otros adinerados cachorros, de reyes y príncipes.

En definitiva, que quienes allí vivían no sabían de la existencia de lugares como mi barrio, que se parecía a aquello como un huevo a una castaña. No me extraña que vivieran encantados allí, porque el sitio era para perder el sentido, si bien a mi barrio no lo cambiaba yo por ningún otro lugar del mundo, por muy bonito que fuese Gstaad, porque allí tenía a los míos, y ese era el tesoro más valioso que pudiese yo tener.

Por cierto, que no os he contado que la noche antes de nuestra partida, él subió conmigo a casa para conocer a mi familia. Mis padres estaban deseando darle las gracias por el marrón que nos quitó de encima entre el crédito y las multas, aunque quien mostró mayor entusiasmo fue mi abuelo, que era un forofo del fútbol, y a quien le prometió entradas para sus partidos, algo que le hizo al hombre recobrar un brillo en los ojos que no le vi desde la muerte de mi abuela.

Capítulo 30



La casa que le habían cedido los de la empresa de relojes me dejó muda. Situada en plenas montañas, se trataba de una especie de lujosísimo rancho con todas las comodidades.

Llegamos y ya era prácticamente de noche, porque oscurecía muy pronto. De todos modos, pudimos disfrutar del increíble escenario natural, que prometía resultar todavía más sublime de buena mañana.

—Esto es para morirse, para morirse —le decía, dado que para mí era la primera vez que salía de España y lo hice por la puerta grande.

—No, esto es para vivirlo... Y si es contigo, mucho mejor. No sabía que me darías tanta vida cuando llegaste hasta mí, deslizándote por el suelo...

—Es que esquiar no sabré, pero ahí ya te mostré alguna de mis habilidades...

—Sí, sobre todo la de besar...

Había llegado el momento de la verdad, puesto que la tensión sexual no resuelta entre ambos amenazaba con estallar. Yo no podía sentirme más atraída por él... Y en cuanto a él, se notaba que no podía esperar más para poseerme, de modo que fuimos quitándonos la ropa por los pasillos, entre risas y susurros cómplices, besándonos, hasta llegar a ese dormitorio principal que tenía el tamaño de un campo de fútbol y que contaba, entre otros detalles, con baño que incluía jacuzzi.

Dicho esto, nosotros lo que estábamos locos por estrenar era la cama. Y sobre ella lo hicimos por primera vez, con nuestros cuerpos entrelazados y con unas inmensas ganas de darle al otro lo mejor de nosotros mismos.

No fueron demasiados los preliminares porque el ansia podía con ambos, de modo que bastó con que mi humedad le indicase que ya estaba preparada para que su miembro se colara por el reducto más íntimo de mi anatomía (o por el segundo más íntimo, que por atrás aún no me había catado) y yo me sintiera tan plena que no pudiera más que emitir un gemido de placer tras otro.

Esperaba mucho de aquel primer encuentro sexual con él, pero por mucho que esperase fue mucho más lo que me encontré, ya que se empeñó en hacerme sentir tanto, que pronto mis gritos y mis jadeos se debieron escuchar por todos los Alpes, poniendo el hilo musical a una zona del mundo que nunca había pensado en visitar y ante cuyos encantos caí evidentemente rendida, igual que ante los de un Héctor que me demostró que había tal *feeling* entre ambos que, en los siguientes días, no perdimos ni una sola oportunidad de disfrutar de la forma más privada de eso tan bonito que nos estaba pasando.

En la cama nos pasamos buena parte de la tarde y en ella experimentamos esa sensación de hambre que quisimos saciar yendo a la cocina.

—Hay muchos tipos de vidas, pero de todas ellas, la de rico es la mejor —le dije riendo al ver la cantidad de exquisiteces que nos habían dejado preparadas en la nevera. Allí había comida como para una buena temporada, y eso que solo permaneceríamos un fin de semana, uno del que

habríamos de aprovechar cada segundo.

De entre todas aquellas delicias que paladear, como le dije a él, me quedo con la *fondue* de queso, la cual estaba para chillarle y que contenía gran variedad de quesos suizos, de esos que gozan de una merecida fama internacional.

Tras la cena, quisimos probar también otras delicias, en ese caso ya no gastronómicas, aunque en cierto modo podían considerarse como el postre, que nos tomamos el uno de los labios del otro en el jacuzzi, el cual él preparó y en el que permanecemos largo rato.

—Para mí, que con el calor que desprendemos, vamos a poner el agua más caliente que el caldo de puchero —le decía yo provocando su risa, porque a él le hacía mucha gracia todo lo que le soltaba.

—Ven aquí, anda, que te achucho...

Era muy dulce y esa mezcla de dulzura junto con lo picante que me resultaba en la cama, en la que me ponía a más no poder, era verdaderamente irresistible.

No nos fuimos tarde a ella porque al día siguiente tenía que madrugar para grabar el spot en un lugar cercano hasta el que me desplazaría con él. Se trataba de un rodaje que no le llevaría más de unas horas, por lo que después podríamos seguir disfrutando de un finde de ensueño en un enclave inigualable.

Yo me metí antes que él en la cama, puesto que se encargó de abrir las cortinas y de mostrarme el espectáculo de las vistas que quedaban justo delante de nosotros.

—Dios mío, qué gozada, ¿te imaginas cómo se verá todo esto al amanecer? —le pregunté porque era un regalo para los sentidos y porque quien lo hubiera diseñado entendía que ese mirador que quedaba enfrente de la cama valía su peso en oro.

—Debe ser muy bonito, aunque si te digo la verdad, lo más bonito que veré al despertarme serás tú.

—Eres un pelotero, eso no puede ser, ¿tú sabes lo que estás diciendo? Míralo —le pedí, ladeando su rostro.

—Y yo te repito lo mismo —insistió mientras yo me ahuecaba en su pecho para buscar ese lugar inmejorable en el que dormir y desearle unos dulces sueños que esperaba que me incluyesen, puesto que yo pensaba incluirle a él en los míos.

No tardé nada en enganchar el sueño, porque estaba rendida tras un día repleto de emociones en el que disfruté muchísimo de mis primeros escarceos sexuales con un hombre que cada vez me molaba más. Y no os miento si os digo que, aunque a nadie le amarga un dulce, a mí Héctor me habría gustado igual, aunque le hubiera conocido en otras circunstancias mucho menos pomposas.

Capítulo 31



Casi llegamos tarde al rodaje a la mañana siguiente. Y es que, nada más despertarnos, ya nos enganchamos de nuevo. Las ganas eran brutales y costaba resistirse a eso que el cuerpo te pedía a gritos.

Me gustó que me presumiera en ese rodaje en el que me presentó a todos, sin importarle un bledo la polémica que había rodeado a nuestro primer encuentro. Por allí donde iba, Héctor levantaba pasiones y un buen número de chicas vigilaban sus pasos desde lejos mientras él las saludaba porque eran sus fans. Por lo que me contó, daba igual donde fuera, en todos los países tenía seguidores y seguidoras como aquellas, que coreaban su nombre.

Por lo que yo veía y porque me acerqué a ellas y aunque no entendía ni papa me llegó su buena vibra, me aceptaron de buen grado.

—Es porque dicen que no eres nada tonta —me comentó en un momento dado una chica.

—¿Tan pronto se me ha hecho el oído? Si te he entendido perfectamente —reí asombrada.

—Yo creo que ha sido más bien porque soy española, estoy estudiando aquí y me llamo Cristina —me dio dos besos.

—Anda, ya me has quitado la ilusión de contarle a mi madre que he aprendido idiomas.

—Eres muy graciosa, por eso nos gustas a todas. Qué suerte tienes...

—Gracias, sí que la tengo, es un tío guay, ¿quieres que nos hagamos un selfi? —le ofrecí.

—Mola, claro que sí, voy a fardar de selfi con la novia de Héctor...

—Suena genial, por lo de ser su novia digo, es que todavía no me lo creo yo.

—Eres la bomba, Jessica...

—Llámame Jessi.

—¿Y puedo subir el selfi a las redes? ¿No te importa?

—Claro que no, me gustará —lo dije viéndome ya como a lo Gio, convirtiéndome en un fenómeno de masas también.

—Qué guay eres, de verdad —murmuró emocionada.

—Tú pon que eres amiga de la Jessi de toda la vida, si quieres.

Ella se rio y se ilusionó a partes iguales. Yo no me podía creer lo que me estaba pasando y en momentos así, aparte de en todos los míos, pensaba en mi Vane y en lo mucho que me gustaría compartirlo con aquella cabezota que no me perdonaba ni a la de tres. Por no hacer, ni siquiera me respondió el WhatsApp que le envié diciéndole que estábamos libres de deudas.

El rodaje, tal y como me prometió Héctor, fue cortito. Y entonces me contó que teníamos todo el día libre para pasarlo en la nieve.

Por Dios que yo no tenía ni idea de lo bien que nos lo íbamos a pasar. Primero se interesó por si yo quería esquiar y me excusé en que no había monos de esquí con suficiente brillo para mi gusto, aparte de que no quería partirme los morros, lo confieso.

Además, que algo me decía que me lo pasaría mucho mejor con él en el trineo que alquilamos. Por cierto, que me sorprendió con un montón de ropa de nieve para que no pasara frío. Tampoco tenían brillo, pero sí tonos llamativos en flúor que me molaron cantidad.

—Así, así, para dar el cante —le dije cuando me vestí y comprobé que era cierto, que se me podía ver a kilómetros de distancia.

Qué arte más grande y qué bien nos lo íbamos a pasar en un día en el que me empeñé en llevar yo el trineo de dos plazas. Nunca había tenido la posibilidad de hacerlo y la ilusión me invadía.

Se me dio sensacional y pronto le cogí el tranquillo, de modo que más que deslizarnos por la nieve, íbamos volando sobre ella.

—¡¡Soy la reina del mundo!! —exclamaba yo bajada tras bajada como si en mi caso estuviésemos rodando Titanic, solo que en versión nieve y no acuática.

—Mira para delante, preciosa, mira para delante —me pedía él cada vez que giraba la cara para besarle y para chillarle la graciosa frasecita.

—¿No me digas que te da miedo? —le preguntaba.

—Cuando no miras, un poquito, que a mí todavía me gustaría jugar un buen número de años.

—Paparruchas, no te pasará nada —le estaba diciendo justo en el momento en el que fuimos a chocar con un árbol y los dos salimos volando.

No voy a decir que no sintiera miedo, lo que se dice miedo, durante unos segundos, si bien enseguida comprobé que no podíamos haber salido mejor parados.

—Creí que nos partíamos la crisma —reí sobre él.

—Pues yo he visto pasar mi carrera entera por la mente, así como en fotografías.

—¿Tú sabes que Julio Iglesias también fue futbolista y estuvo en una silla de ruedas? A mí me lo contó mi abuela Felisa, que era súper fan de él.

—Pues yo me veía en otra igual, bonita...

—Así harías competiciones por el barrio con mi abuelo, ¿tú has visto que parece que está hecho polvo? Pues no soporta que nadie le adelante, se pica y... — Y ya lo que me estaba picando a mí era otra cosa, porque no podía soportar la visión de esos ojos café que a quien ponían hirviendo como a una cafetera era a mí.

Los besos nos los dimos en cantidades industriales en un día en el que nos caeríamos varias veces más, a consecuencia de que yo estaba de lo más animada y llevaba el trineo como una loca.

Él todo lo daba por bueno con tal de que yo disfrutara del modo que lo estaba haciendo. A menudo, el sonido de las montañas me devolvía el eco de mis risas, y entonces él sonreía de una forma aún más amplia. Su sonrisa se me grababa en la mente como uno de esos recuerdos imborrables con los que el paso del tiempo no puede.

Capítulo 32



Durante el día lo pasamos fantásticamente bien en la nieve, pero en cuanto el sol se escondió nos dieron unas tremendas ganas de refugiarnos en la casa.

Nada más llegar nos obsequiamos con una larga ducha que fue compartida, lo que también implica que fuese larga y muy fogosa.

Después nos tumbamos un ratito en el sofá al calor de la chimenea, ese fuego cálido del que yo apenas había tenido ocasión de disfrutar, mientras escuchamos música y él me pedía que le contara una de mis muchas anécdotas, la mayoría de las cuales tenían que ver con Vane, puesto que nosotras crecimos de la mano.

Yo le iba narrando una tras otra y él hasta tenía que agarrarse la tripa de lo mucho que se reía. Me gustaba que, pese a que su vida era realmente apasionante y otro habría aprovechado para contármela con detalle, Héctor prefería saber de la mía, a la que no quitaba ninguna importancia.

Entre sus virtudes, también se encontraba la de ser muy detallista. Esa noche optamos por cenar en el sofá, con el confort de ese calor natural, y él se ofreció a traer un variado picoteo que incluía verdaderas delicias gastronómicas que culminaban con un postre elaborado con chocolate suizo que estaba...

—¡Para chuparse los dedos! —exclamé mientras le sonreía, sin saberlo, con toda la comisura manchada del dulce manjar.

No dudó en limpiarme a base de besos y yo me dejaba hacer por él. Me sentía tan cuidada y tan mimada... Por poner un ejemplo, esa tarde habíamos adquirido en la estación de esquí varias tabletas de ese chocolate que me volvía loca desde que lo probé y del que Héctor me estaba atiborrando.

Por si el escenario era poco romántico de por sí, comenzó a nevar y los copos de nieve se apreciaban a la perfección a través de aquellas vidrieras que hacían de esa casa una especie de escaparate para no perder detalle del espectáculo visual que ofrece la climatología suiza.

Con él abrazándome, me quedé verdaderamente embobada, mientras notaba el vaho de su respiración en mi cuello y eso me hacía sentir increíblemente viva.

Por explicarlo de una forma gráfica, yo sentía que se trataba de la situación ideal disfrutada en el más idílico de los escenarios, como si él y yo, lejos del resto del mundo, estuviéramos metidos en una especie de bola de nieve que representara a los Alpes.

Me quedé así largo rato, inmersa en mis pensamientos. Supongo que Héctor pensaba en algo similar, si bien él guardaba el mismo silencio que yo. Como dice esa canción de El último de la fila que tanto le gustaba a mi padre, “Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, no lo vayas a decir”, y yo tenía la sensación de que cualquier palabra solo podría empañar un momento que era mágico de por sí.

Se trataba de nuestra segunda y última noche en la casa, ya que la tarde siguiente volaríamos de vuelta a las nuestras, por lo que quise aprovecharla al máximo.

—¿Y si probamos ahora la piscina cubierta? —le propuse cuando se suponía que ya era la hora de irnos a la cama, lo cual no era sinónimo de a dormir...

—¿Eso es lo que te apetece, pequeña?

—Justo eso, y te animará saber que yo no he traído bikini ni nada.

Por supuesto que le animó, y por supuesto que me siguió hacia esa piscina que, con su agua calentita, constituyó el mejor refugio para una noche hechizante. Me acordé entonces de Vane y de sus famosos amarres. Yo no había tenido la necesidad de recurrir a ninguna brujería para que Héctor estuviese conmigo como estaba, lo mismo que él tampoco lo hizo.

Al borde de la piscina, fuimos regando nuestras prendas de ropa antes de zambullirnos en un agua en el que comenzamos de nuevo a besarnos y en el que lo dos sabíamos que se llevaría a cabo nuestro siguiente encuentro sexual.

No se me podía ocurrir un lugar mejor, porque obvio que desde allí no se miraba a Cuenca, pero sí a un firmamento repleto de estrellas que brillaban a través de las cristaleras.

Nada más confortable que saber que fuera de la casa hacía un frío que no se lo deseaba yo ni a un enemigo y dentro se estaba lo que viene siendo en la gloria.

No tardamos en enredar nuestros cuerpos y nuestras lenguas, que esas también se nos daba de fábula enredarlas, y antes que después le tuve dentro de mí en un escenario que invitaba a la ensoñación.

Quién me iba a decir a mí, cuando semanas atrás estaba echando un polvo en el coche del padre de Isra, un casquete de mala muerte y con Rocky como testigo canino, que en nada iba a estar allí, con un futbolista deseado por millones de chicas, en una piscina de revista y escuchando esos murmullos que depositaba en mi oído y que me ponían el corazón a mil.

Cuando el agua ya estaba a punto de ebullición, salimos de allí y continuamos con el repertorio amoroso sobre la impresionante cama, esa que no parecía tener fin ni por un lado ni por el otro, y que nos ofrecía la posibilidad de practicar en ella las más variadas posturas, porque los dos teníamos mucha imaginación para el sexo y nos compaginábamos genial.

Yo no podía sentirme mejor y, de nuevo, esa noche caí a plomo mientras mi corazón continuaba latiendo con fuerza tras los varios orgasmos experimentados.

Dormir junto a Héctor, los dos completamente desnudos, y en aquel escenario con unas vistas alucinantes, era un sueño hecho realidad que precedía a ese otro que no tardé en conciliar. Él sí quizás algo más, porque mientras yo iba cerrando los ojos me acariciaba el rostro, retiraba algún mechón rebelde de pelo de mi cara y hasta depositaba en mis labios algunos dulces besos que me sacaban la sonrisa a la par que me debatía entre el mundo de los vivos y ese otro de fantasía al que volaba, noche tras noche, entre sus brazos.

Capítulo 33



Me desperté y, como esa mañana no teníamos ninguna obligación, me quedé maravillada con las vistas que nos ofrecía la habitación, con un nanto blanco en el suelo del exterior tan solo salpicado por el color de algunas montañas que no estaban cubiertas del todo por nieve.

Me resultaba curioso pensar en el contraste entre aquella visión y la que se obtenía desde la ventana de mi dormitorio, perteneciente a un bloque de uno de esos barrios obreros que llaman “colmena” por ser cada uno de ellos igual que el resto y estar masificados, verdaderas colmenas humanas en las que las familias subsisten en pocos metros cuadrados y, en el mejor de los casos con alegría, como le sucedía a la mía, por mucho que no estuviésemos boyantes.

En cualquier caso, allí lo que se respiraba era aire puro y la visión mañanera que nos ofrecían los Alpes era un sueño hecho realidad. Incluso me llegué a emocionar tanto que, cuando Héctor se despertó, unos minutos después, me encontró con la lagrimilla a punto de salir del ojo.

—¿Qué te pasa, bellezón? —me preguntó porque él siempre tenía una bonita palabra en la boca para mí, a punto de ser soltada.

—Nada, que yo estos paisajes no los había visto más que en las pelis de Antena 3, y si te digo la verdad, allí no tienes mucho tiempo para disfrutar de ellos, porque en cuando te despistas el protagonista se lleva un zasca que se va para el hoyo —reí.

—Mira que tienes gracia contando las cosas, tú servirías para monologuista.

—Que no, si yo no sé por qué te hago tanta gracia, en mi barrio es que todos somos así, ese es nuestro estado natural.

—Pues entonces tiene que haber mucha alegría en ese barrio tuyo —opinó.

—Y es verdad que la hay, además de que allí siempre huele a gloria: da igual que se trate de una sopa, de un guiso o de una berza. En mi barrio las ollas exprés están dale que te pego toda la mañana, allí no pasa como en otros, como en los que trabaja la madre de Vane, que las comidas se compran hechas y todo lo más que se escucha es el sonido del microondas al calentarlas. Yo es que he crecido muy feliz, ¿sabes? Si te digo la verdad, no he tenido nada, pero es que tampoco lo he necesitado porque me ha sobrado cariño, y eso es lo más importante.

—En eso estoy totalmente de acuerdo, sé lo que es crecer rodeado de cariño y es incomparable. Yo también te voy a dar mucho cariño, ¿lo sabes?

—Oye, ¿tú te has pensado bien todo esto? Porque yo te veo muy embalado y lo cierto es que me encanta, no te lo voy a negar, pero no me gustaría que llegase un momento en el que te avergonzaras de mí o del mundo al que pertenezco, porque yo soy auténtica y he decidido que no voy a cambiar por ninguna circunstancia. Es decir, que tu mundo es una pasada y que deslumbra al más pintado, pero que yo no pienso convertirme en alguien que no soy solo para pertenecer a él.

—Es que, si hicieras eso, ya no valdría —me sonrió—. Desde que fui a buscarte el primer día a tu casa, quise saber quién eras de verdad y me conquistaste con tu manera de ser, tan orgullosa

de tu gente y de todo lo que te rodea. Ahí me demostraste la pasta de la que estás hecha. Lo peor que me ha pasado desde que soy un futbolista de renombre ha sido verme rodeado de personas que no me aprecian tanto por lo que soy como por lo que tengo. Eso también es una cruz, ahí donde lo ves. Aceptada, como todo lo que tenga que ver con ser un futbolista de élite, pero una cruz, al fin y al cabo, no creas —me abrazó.

—Madre mía, qué profundos nos hemos puesto. Mira, yo solo digo que tu mundo y el mío no parecen casar mucho, pero es innegable que nos lo pasamos la mar de bien juntos y que hay una conexión tremenda, como la que sienten los canis por las joyas de oro, tú sabes —reí.

—Tú sí que eres una joya, ¿y si desayunamos y salimos a hacer uno de esos muñecos de nieve que tanto te gustan?

—Pues la verdad es que sería la bomba, pero fuera tiene que hacer un frío bestial, de manera que vas a tener que darme mucho calorcito antes —le reté a que me lo diese porque no había cosa que me gustase más en el mundo que perderme con Héctor entre las sábanas

Un rato después estábamos en el jardín de la casa, riéndonos lo más grande mientras cada uno hacía un muñeco de nieve, porque le propuse ver a quién se le daba mejor.

—Desde luego, menos mal que lo de darle a las pelotas se te da genial, porque como tuvieras que ganarte la vida como artista callejero la llevabas clara —reí.

—Oye, eso de darle a las pelotas, ¿va con doble sentido?

—Puede ser, porque la verdad es que tienes un gran dominio, pero vamos, que no te lo vayas a creer mucho, porque yo a los engreídos no los soporto, y si te pones tonto me largo al polígono y...

No me dejó hablar más, porque se lanzó sobre mí y comenzó a besarme hasta el punto de que perdí el equilibrio y ambos caímos al suelo.

—Me has puesto el culo chorreando, y no te emociones que no hablo de otras partes de mi cuerpo, sino del culo, ¿me estás oyendo con esas orejas?

—Y tú, ¿tienes algo en contra de mis orejas? —rio mientras me besaba.

—Nada, nada, si tú lo tienes todo precioso, como dibujado.

—Pues eso, ven aquí —me dijo cogiéndome en brazos para llevarme dentro, momento en el que, sin querer, le di con las piernas a su muñeco y quedó en ruinas.

—Pobre, con lo que me costó hacerlo, ¿ha sido adrede?

—Pues mira, no. Y para una vez que no es así, ni se te ocurra acusarme, ¿te enteras? Además, mejor. Mi muñeco es claramente vencedor y el tuyo daba pena, así que un churro menos en el mundo.

—¿Lo has llamado churro? ¿Lo destrozas y lo llamas churro?

—Y eso porque me has cogido fina, que lo iba a llamar mojón, pero me he contenido.

—¿Sí? Pues yo no pienso contener mis ganas de...

Me llevó hasta el sofá y no hace falta decir que de nuevo comenzó una de esas fiestas eróticas que se nos daba fenomenal celebrar.

Capítulo 34



Queríamos apurar nuestras últimas horas en Gstaad, ya que, entre el sexo y la nieve, que fueron los dos puntales sobre los que pivotó nuestro viaje, apenas nos dio tiempo a ver nada más.

—Es que me entretienes mucho —me quejaba yo en broma, cuando lo cierto es que no me hubiese movido de la cama con él.

—No, si al final tendré la culpa de todo, ya lo verás. Pues nos llevamos ya las maletas y pasamos el resto del día fuera. Despidete de la casa.

—Anda, pues me da penita. Aquí ha sido el primer sitio donde hemos consumado e igual no te has dado cuenta, pero yo soy una choni de lo más sentimental.

—Sí que me he dado cuenta. Tú eres un caramelo de mujer, Jessi, eso es lo que eres...

—Un caramelo con envoltorio brillante, eso es lo que soy...

—Un bombón de licor, belleza, que eres una belleza.

—Oye, ¿qué es eso de licor? Que apenas le hemos dado a las copas en estos días, ¿eh? Todo lo que hemos hecho ha sido desde la total sobriedad.

—Eso es, así se disfruta más, no quiero que se me olvide nada de lo que vivo contigo.

—Chungo, suena a despedida, ¿ya me vas a dar la patada?

—Ni en broma, no busques excusas para dejarme tú, porque yo no te pienso dejar, ¿me oyes?

—Te oigo, te oigo, aunque no sé si me lo creo mucho.

—Bueno, pues ya te lo demostraré. Y en cuanto a lo del bombón de licor es porque son mis preferidos.

Me gustaba todo lo que me decía, ya que no podía ser más detallista ni más dulce. Él sí que era un bombón del que me daba cierto miedo enamorarme por si todo aquello no quedaba más que en un intento de unir dos mundos que al final resultasen como el agua y el aceite, que no casan en la vida.

El mediodía lo pasamos en un centro comercial donde almorzamos con unas vistas que no resistí grabar. Eso sí, no estaba subiendo nada a las redes porque no quería darle remoquete a Vane, quien no se caía de mi pensamiento ni un solo instante. Por muy feliz que me sintiese allí, en ese recóndito lugar de montaña con Héctor, el recuerdo de mi amiga me hacía daño como si fuese una espina que se me hubiese clavado en el corazón.

Él lo sabía y por esa razón estaba todo el tiempo pendiente de mí, deseoso de sacarme la sonrisa, algo que lograba porque con él estaba tan feliz que no podía ni quería disimularlo.

La gente dice que una escapada a Gstaad, situada en el cantón de Berna, que de ese dato me enteré en ese momento por boca de Héctor, es como una escapada *premium* a la nieve. Tal afirmación no es nada rara si se tiene en cuenta que sus nevadas montañas están salpicadas de casas exclusivas (como en la que nosotros nos alojamos), a las que hay que sumar lujosos hoteles y restaurantes, si bien resulta llamativo ver que, en ese entorno natural, también encuentran su hueco tiendas de firmas de esas con precios desorbitados, y más para una chica de barrio como

yo, como puedan ser Prada, Louis Vuitton o Hermes, por citar algunas.

Después del copioso almuerzo, él tiró de mi mano para que entrásemos en varias de ellas.

—Te veo venir y no, no me vas a regalar nada de esto —le dije—, ¿no ves que estas firmas te sacan la pasta en plan atraco legal? Además, que ahí no hay nada para mí, seguro que todo es muy serio y que no hay brillos ni en la imaginación de los diseñadores.

Si yo era insistente, más era él. Héctor trataba de explicarme que muchas *celebrities* le habían cogido el gustillo a aquel bastión suizo del lujo, como pudiera ser Madonna, cosa que a mí me la traía al paio.

Al final, después de mil negativas por mi parte, y de que él se pusiera de acuerdo con los empleados de la tienda para que no me dejaran marcharme con las manos vacías, hizo que me llevara un bolso flúor de una marca de esas de precios prohibitivos, una muy chula y juvenil que yo, obviamente, no conocía, puesto que ese solo bolso valía más que toda la ropa que yo tenía en mi armario.

Tras esa comprita de nada, en sus palabras, y que a mí me dejó sin aliento, se empeñó en que había que llevarles un “detalle” a cada uno de los miembros de mi familia y, como yo me sentía incapaz de escoger, lo hizo él por mí.

—Mira, solo te voy a decir una cosa para que te hagas una idea: cuando la Mari se entere de lo que ha costado ese bolso de Prada que le llevas, no te servirá para nada haberte rascado el bolsillo, porque lo deformará a bolsazo limpio, que es lo que te va a dar —reía yo sin poder parar porque ya me imaginaba la escena.

Quien más se entusiasmaría sería mi hermano, al que le llevaba una sudadera de Balenciaga que el niño no se quitaría ni para ir al wáter, eso ya me lo estaba temiendo. En resumidas cuentas, que Héctor no es que quisiera hacer ostentación de su dinero ni mucho menos con los míos, sino que pretendía repartir un poquito de alegría entre ellos, a sabiendas de que decir que lo habíamos pasado mal era quedarse corto.

Capítulo 35



La vuelta a mi casa fue de lo más divertida, puesto que me empeñé en que subiera y les entregara los regalos él mismo.

—Pero si es muy tarde, ya habrán incluso cenado y lo mismo se están acostando, que mañana es lunes.

—Vamos a ver, que son las diez de la noche, ¿tú te crees que en mi casa se acuestan a la hora de las gallinas? No seas tan formal, anda, que nosotros somos un poco más de improvisar.

Para qué cuando mi madre vio el bolso y eso que todavía no sabía lo que costaba, algo que le dije por lo bajini.

—Mamá, más de 3000 euros ha soltado...

—¿Qué dices, hija? Pero ¿eso cómo va a ser? —me respondió también en voz muy bajita, aunque él ya se estaba dando cuenta de que algo sucedía, y eso que mi hermano gritaba como un poseso mientras se probaba la sudadera de Balenciaga.

—Que sí, mamá, que lo he visto yo con estos ojitos. Y todavía los hay más caros...

—Ay, dios mío, si vale lo mismo que un cochecito de segunda mano, Jessi, ¿no lo puedes devolver y te compras uno?

—Que no, mamá, disimula, que es un regalo —le sonreí a Héctor.

—Yo me he quedado muerta, en la vida me hubiera imaginado que hubiera bolsos de ese precio —decía ella mirándolo por todos lados como si lo que costaba estuviese justificado porque le apareciera algún tipo de mecanismo oculto o algo...

Héctor se acercó con esa amplia sonrisa suya.

—Criatura, pero ¿tú cómo me haces esto? Es para darte con el bolso en toda la cabeza...

—¿Te lo dije o no te lo dije? Ya te lo advertí y menos mal que la has cogido en un día fino y no te ha dado.

Lo que le dieron mis padres antes de irse fue un gran abrazo, y no ya por lo que costaran los regalos, sino por su forma de tratarme y por el cariño que nos demostraba a todos al hacerlos.

—Chaval, muchas gracias por la cartera y por la boina, voy a ser el más chulo del barrio —le comentó mi abuelo—, aunque para chulo de verdad si te acuerdas de...

—Eso está hecho, tendrá entradas para el día de mi debut, Jesús. Es más, le puede acompañar su familia y así conocen todos a la mía, que vendrán también desde fuera para verme.

—¿Conocer a tu familia? Pero ¿tú ya les has contado que estamos saliendo? Me muero, ¿cómo voy a mirarle a tu madre a la cara después de hacer el indio como lo hice? —le pregunté porque yo seguía afectada por esa cuestión.

—Mi madre está al tanto de todo y desearte conocerte, Jessi. De veras que no tienes nada que temer —me contestó él mientras me daba un beso de despedida.

A la mañana siguiente me encontré con Vane en la panadería. Me dolió porque hizo además

de salir sin saludarme, y entonces la cogí por el brazo.

—Me sueltas o te doy un manotazo y me sueltas —me advirtió.

—Vane, tenemos que hablar, así no podemos seguir...

—¿Y por qué se supone que no podemos seguir así? Lo digo porque yo me encuentro más a gusto que un arbusto, al no tener a gente traicionera a mi lado.

—Vane, de verdad, esto no puede ser, yo me muero de la pena...

—Sí, sí, yo he visto cómo te mueres de la pena en la nieve, con Héctor, alojándote en un casoplón y...

—Ya sé que lo han publicado, lo publican todo. Pero yo no voy fardando de nada. Ya has visto que ni subo nada a las redes para que no te sientas mal.

—Pues por mí no te cortes, ¿eh? Te lo digo muy en serio. Por mí no tienes que cortarte para nada, que yo paso de ti, de tus redes, de tu novio y de la vida esa que te has montado.

—Y en esa vida te quiero a ti, amiga, ¿es que no lo entiendes? Yo no soy feliz si no te tengo cerca.

—Es verdad, pobrecita. Yo lo he visto en las fotos, que no parecías feliz ni nada, tenías una carita de pena.

—Vane, estás siendo injusta, parece como si no te alegraras de lo bueno que me está pasando.

—Es que no me alegro, ¿y sabes por qué? Porque nosotras antes remábamos en la misma dirección, y ahora es como si me hubieras dado una patada del barco y me hubieras dejado que me ahogase, a lo Jack Dawson en Titanic. Así es como me siento, como si estuviera metida en agua helada, ¿me entiendes?

—Pero eso es porque vas enseñando pechuga como siempre y hace un frío polar esta mañana. Venga, ponte mi chaqueta —se la ofrecí porque ella tenía hasta mala cara.

—¡Que te quites, joder! —me dio un empujón que casi me tira de culo—, ¿tú cuándo te vas a enterar de que yo no quiero nada tuyo?

Salió corriendo y yo me quedé allí, sin poder articular palabra y hasta olvidándoseme para qué había bajado a la calle.

Vane se metió en su bloque sin mirar atrás. Nosotras nos habíamos peleado muchas veces en la vida, pero jamás estuvimos días sin hablarnos ni mucho menos ella me demostró el desprecio que me estaba demostrando en aquellos días.

Capítulo 36



No volví a ver a Vane en los siguientes días. En realidad, sí que la veía en la ventana de su dormitorio, fumando, pero ella seguía sin saludarme y cerraba la ventana de golpe, dándome a entender que eso había entre ambas; un frío cristal que nos separaba.

Por la parte que tocaba a mi amiga yo estaba sufriendo un verdadero viacrucis, si bien en lo tocante a lo mío con Héctor, eso era un sueño hecho realidad.

Aunque él ya estaba totalmente volcado en su debut con el equipo, que se produciría de forma inminente, no había un solo día en el que no hiciera por verme, de manera que yo era feliz cual perdiz en ese ratito que ambos compartíamos y también con todos los detalles que me hacía llegar a diario, del estilo de sus ramos de flores y de sus mensajitos recordándome que era la chica ideal para él... No, si al final terminaría hasta por creérmelo, ya que insistente era un rato largo.

Aquel viernes, un par de días antes de su debut, mi padre llegó a casa con una sonrisa de oreja a oreja que no le había visto yo desde hacía muchísimo tiempo.

—Mari, Mari, mira lo que te traigo —le dijo desde la entrada.

—¿Un conejo? ¿Tu hermano ha ido a cazar? Ay, qué ilusión, con lo que les gusta a mis niños con arroz —salía ella de la cocina con su mandil.

—No, Mari, no es un conejo... es una cosa todavía mejor.

—¿Un pavo? Pues sí, y lo congelamos para Navidad, porque la cosa está que arde este año y la niña no me deja vender el bolso ese que me regaló el novio. Yo me parto, ni que fuera yo la Preysler, ¿dónde voy yo con ese bolso y con unos zapatos del mercadillo?

Mi madre es que charlar, charlaba una barbaridad... En los días de mi vida había escuchado yo a una persona que charlase más y a mi padre pues como que no le dejaba meter baza.

—Que no, Mari, que lo que te traigo es un contrato...

—¿Ya estás otra vez con esa pamplina de poner el gas natural? Paco, que no, que yo con la bombona me arreglo muy bien, ¿no ves que por el peso controlo lo que me va a durar? Y, además, que cuando me parece la cierro y le digo al Richar que se ha acabado... ¿tú te imaginas lo que vamos a pagar en la factura si dejamos que tu hijo se duche todo el tiempo que le dé la gana?

—Mari, por Dios, déjame hablar, que no es eso... Que es un contrato de trabajo, un buen contrato en uno de los mejores talleres de la ciudad. Por fin voy a trabajar en un sitio en condiciones, asegurado y con un sueldo como Dios manda —se lo enseñó y de la emoción que la pobre sintió, se acabó mareando y el contrato lo tuvimos que utilizar para echarle viento.

—Pero, Paco ¿eso cómo ha podido ser? Si no te salía nada —le preguntaba ella mientras yo me dejaba el brazo en que le llegase el fresquito.

—El novio de la niña, que ha hablado por mí, Mari. Dice que les ha dicho que soy un buen mecánico, cariño mío...

Era tal la emoción de mi padre que le vi con la lagrimilla en el ojo, momento en el que contagió a mi madre, cuyos ojos se convirtieron en un par de torrentes de lágrimas.

—Ay, mi Paco, que por fin me lo van a valorar —le besaba ella.

—Y mi Mari, que ya no va a limpiar más...

—Paco, ¿eso cómo va a ser? Si yo tengo que seguir trabajando, hombre.

—Pues entonces búscate algo que hacer menos cansado, porque la fregona no la vuelves tú a coger mientras tu Paco pueda evitarlo —le dijo él.

Si ellos lloraban, más lloraba yo. Era cierto que mi madre ya se merecía un buen descansito y entre todos nos encargaríamos de que así fuera.

Las gracias en persona se las dimos a Héctor el día de su debut, ese que consiguió que nos pudiéramos sentar todos en un palco y también que conociéramos a sus padres, los cuales habían llegado a la ciudad para no perderse una cita tan importante en la vida de su hijo.

Por cierto, que la emoción fue máxima cuando mi abuelo, al que apenas le respondían las piernas y que llevaba años sin levantarse de la silla, lo hizo durante unos segundos para celebrar el gol que metió Héctor en el último minuto del partido y que le dio la victoria a su equipo. Obvio que Héctor no era la Virgen de Fátima y que no se trató de un milagro, por lo que el hombre volvió a sentarse, pero verle de pie durante unos segundos fue para mí un verdadero regalo, tan emocionante como inolvidable.

Después cenamos las dos familias juntas y pude comprobar que no me mintió cuando me dijo que sus padres eran de clase media y que él no nació siendo rico, sino que se convirtió en rico.

Su madre hizo muy buenas migas conmigo y hasta me agradeció sobremanera todo lo que hice hasta engatusar a su hijo.

—Si no llega a ser por esa historia tan rocambolesca, a este no le echa el lazo ninguna, porque iba de una en otra. Yo es que no tengo palabras para agradecértelo —me decía ella besándome.

Mi madre, a quien también le cayó sensacional, no paraba de hacerme la señal de la “V” con los dedos y es que todo iba de maravilla.

Mi abuelo Jesús me guiñaba el ojo. Él nunca falló en nada de lo que me aconsejó en la vida, y en esa ocasión estuvo más acertado que nunca, aparte de que Héctor le gustaba mucho y ya lo veía como a un nieto.

Esa noche comencé a comprender que lo que se desea con el corazón rompe cualquier tipo de barrera, y vestida con mi brilli brilli habitual, el cual tenía encandiladas a las cámaras, posé ante los paparazzis con Héctor. La gente se mostraba encantada conmigo porque yo no ocultaba cuáles eran mis orígenes ni lo haría nunca más.

Capítulo 37



Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina porque habían pasado varias semanas desde el debut de Héctor. Aquel día, me llamó para que bajase y me hizo una propuesta.

—¿Quieres que sea aquí? —me preguntó mirando al local en el que un día estuvo el bazar del chino estafador.

—¿De qué me hablas? El alquiler de ese local cuesta un pastón, mira que ya sé por dónde vas y no.

—Va a ser este u otro en un barrio más caro, así que tú verás...

—Sí, claro en el de Salamanca, no te digo... Que no, Héctor, que tú ya no puedes ayudarme más, bastante has hecho por mi familia. Mi madre dice que no puede creerse que este año vayamos a comer angulas de verdad en las fiestas, aunque quien no puede creérselo es mi hermano, que iba a ser el encargado de pintarles ojos a los fideos.

Él se seguía riendo lo más grande con todo lo que yo le contaba, pero no por eso cejó en su empeño.

—Voy a comprar el local —afirmó.

—¿Qué has dicho? Ni en broma...

—Pagar un alquiler es una tontería cuando puedo comprarlo, no tiene sentido. Es tirar el dinero.

—Yo no puedo consentirlo, de ninguna manera lo voy a consentir.

—Por favor, me hace muchísima ilusión, Jessi. Quiero que tengas tu tienda de moda, lo sabes. Te lo mereces, no has tenido mucha suerte hasta ahora, en lo económico digo, porque cuentas con la mejor familia del mundo y ahora también conmigo, que te quiero a rabiar, ¿no puedes entender que quiero que cumplas tu sueño?

Le miré y supe que me hablaba con el corazón en la mano y que nada podía, en ese momento, hacerle más ilusión que verme cumplir ese sueño.

—Pero, además, es que yo quería poner la tienda a medias con Vane, lo sabes.

—¿Y qué te lo impide? Yo te la regalo y tú la pones con quien te dé la gana, como si metes a tu madre en plantilla, que la mujer ha dejado de limpiar y quiere hacer algo.

—Ostras, pues esa idea no sería mala. Oye, esto es una locura, ¿lo sabes?

—Pues seguramente, pero bendita locura...

Lo hablé con mi madre al llegar a casa y le pareció la mejor de las ideas.

—Eso sí, hija, yo os hago de dependiente o de lo que necesitéis, pero tu socia tiene que ser Vane, ¿vale? Esta idea la tenéis vosotras desde el año de los tiros y no voy a consentir que eso cambie. Ay, Dios mío, que voy a ser dependienta en una tienda de moda.

—Sí, mamá, pero no de Dior, que lo dices como si fuera la firma más exclusiva del mundo.

—Claro que no es de Dior, es de la de mi niña, y eso para mí es mucho más importante, dónde

va a parar...

Mi madre estaba como loca de contenta y yo también, aunque todavía me quedaba por hacer la parte más difícil; lograr que mi Vane accediera por fin a que hiciéramos las paces, convirtiéndonos en socias.

Por mi amiga, me metía mi orgullo en el bolsillo y hacía lo que fuera menester, de modo que llamé al timbre de su casa y me abrió su hermana Rebe.

—Vane, ha venido la falsa de Jessi —le anunció la niña, que parecía estar aleccionada por su hermana mayor.

—Pues dile que se vaya a la mierda. Y que, si no sabe el camino, que entonces se vaya al ca...

—Vane, por favor, no digas cosas de las que un día te arrepentirás —la interrumpí ante de que sacara toda la mordacidad de su lengua a pasear.

—Por haberme quedado corta, claro —siguió hablándome desde su dormitorio, sin ni siquiera salir.

—Vane, que vengo a hablarte de algo que te va a gustar...

—¿Te ha salido celulitis? ¿O son estrías? Porque eso me gusta, me gusta...

—No seas mala, es algo que nos compete a las dos, ¿puedo pasar?

— Inténtalo y mueres. Es más, te vas a ir ya o te terminas yendo calentita, una de dos... Aunque calentita debes estar todo el día porque has echado nuestra amistad a perder por ese tío, espero al menos que te caliente, porque si no has hecho un pan como unas tortas. Y ahora, o te largas, o te meto...

Su madre llegó justo en el momento en el que ella salió de su dormitorio y trató de calmarla.

—Vane, hija, que tu amiga ha venido a contarte algo, no puedes tratarla así.

—Mamá, ¿tú de parte de quién estás? Porque solo me falta que ella, que ahora lo tiene todo, te tenga también de su parte, es que...

No hubo manera de hacerla entrar en razón porque se puso que no había quien se le acercase. Tere tuvo que pedirme que me fuera porque no podía con ella.

La busqué al día siguiente, no a Vane, sino a Tere, que me parecía el mejor conducto para llegar hasta ella.

—Así que vais a abrir la tienda y la testaruda de mi hija no tiene ni idea. Mira, hagamos una cosa, ¿cuándo es la inauguración?

—Ya mismo empezamos con la obra, Tere, en dos semanas lo tenemos todo listo.

—¿Y dais una copita o algo?

—Claro, cómo no... El calimocho correrá por nuestra cuenta.

—Claro que sí, cariño, eso es glamur y lo demás son tonterías. Pues nada, tú ten por seguro que llevaré a Vane, aunque sea por los pelos. Si no quiere escucharme antes, tendrá que rendirse a la evidencia esa misma tarde.

—Me muero porque lo sepa. Comenzaremos vendiendo en la tienda y también pondremos página web, claro. La idea es llegar a cuantas más chonis, mejor.

—Cariño, no me puedo sentir más orgullosa de vosotras. Lo vais a conseguir, es que lo vais a conseguir. Por lo menos, mi hija y tú tendréis una vida mejor.

—Tere, yo sé que tú las has pasado canutas —aproveché para decirle.

—Di mejor, putas, Jessi, las he pasado putas —me guiñó el ojo con segundas.

Capítulo 38



Por fin llegó el día de la inauguración de la tienda. Héctor estaba conmigo un rato antes y me abrazaba.

—La obra ha quedado perfecta, la tienda es modernísima y en cuanto al género... Bueno, el género, pues eso —rio.

—Claro que sí, cariño mío, es el paraíso del brilli brilli, yo no he visto un género más bonito nunca, no me puede gustar más. Las chicas se darán tortas por entrar y el barrio se convertirá en el referente de la moda choni de la ciudad, ¿es o no es lo mejor del mundo?

—Lo mejor del mundo eres tú, cariño.

Ya lo teníamos todo hablado y mi madre no podía estar también más ilusionada con el proyecto. En mi casa, las cosas habían cambiado por completo y ahora entraba un sueldo en condiciones por parte de mi padre, quien no podía ser más feliz con su nuevo puesto. Mi abuelo Jesús presumía de yerno allá por donde iba, y a todos les decía que le habían contratado por ser el mejor mecánico y el más currante.

Mi madre ya se veía atendiendo a todas las chicas del barrio, a las que había visto nacer y a las que entendía como nadie. Por fin sus manos no tenían callos y ese día me sorprendió escogiendo un modelito muy moderno para la apertura.

—Mamá, no es moda choni, pero casi, casi... Quién te ha visto y quién te ve con ese vestido de leopardo. Estás rompedora, por favor... Ten cuidadito, no sea que al final te tenga que dar la baja por maternidad en unos meses, que papá vuelve a estar muy animado y ese te hace el salto del tigre desde el armario en un santiamén.

—Pues tiene el tiempo justito para hacerlo, porque vamos a poner armarios empotrados en todas las habitaciones. Ya hemos llamado al carpintero. Y tarima flotante también, que no veas si resulta calentita para el invierno. El piso lo vamos a dejar hecho un dulce, pero nosotros del barrio no nos vamos ni amarrados, niña.

Eso ya lo sabía yo. En mi caso, Héctor tenía su casa y lo normal sería que un día la compartiésemos, pero tampoco estaba dispuesta a desvincularme del barrio, razón por la que puse la tienda allí.

Yo sí había elegido uno de los modelitos de la tienda para servir de publicidad, una monería de vestido en color negro con transparencias en los laterales, de lo más ajustado, ideal. Estaba divina con él, marcando cadera.

En definitiva, que mi madre también me advirtió al verme con él que el cuidado debía tenerlo yo, no fuera que esa noche la familia creciera.

El reclamo fue total. Habíamos hecho llegar invitaciones a todo el barrio y, aunque las chicas eran nuestras potenciales clientes, también se congregaron allí canis a tutiplén que me decían que sería una idea estupenda la de ampliar el negocio también para ellos... No faltaron, atraídos por el calimocho gratis, ni siquiera Isra y Cristian, el primero con el perro.

—A Rocky no lo metas ahí dentro que se pone a echar babas y me lío a palos contigo, ¿me he explicado? —le pregunté mientras mi ex sostenía su maceta de calimocho.

—Que sí, que ya lo sé, pero que yo he venido para que haya paz, que la última vez que nos vimos te dije unas cosas muy feas.

—Eso es verdad, pero vaya, que tú has venido para pimplar gratis, que te conozco muy bien.

—Y también para ver si tu nuevo novio nos puede conseguir entradas gratis para el fútbol, que estamos caninos.

—Pero si a vosotros el fútbol ni fu ni fa... Qué listos sois, las queréis para la reventa, ¿no?

—Joder, Jessi, te agarras a un pelo, no hay quien te la dé...

Yo hablaba con unos y con otros, aunque no paraba de mirar el reloj porque Tere no llegaba con Vane, y yo estaba esperándolas para darle un abrazo a mi amiga y para descubrir junto a ella el rótulo de la tienda, ese que había encargado con luces de neón.

Por fin la vi venir calle abajo y con Tere detrás. Por lo visto, su madre no podía con ella y me fue suficiente con observar los andares de Vane para entender que esa el calimocho se lo había bebido en su casa, y a jarras.

Llegó a la puerta de la tienda y comenzó a señalarme. Con el aliento podía matar a un dragón y las palabras le salían de aquella manera.

—Tú, tú, eres una ingrata —me decía tambaleándose—, porque la idea de la tienda era de las dos y ahora, ¿ahora qué tengo yo? Tú te has quedado el novio millonario, la tienda y las ilusiones, y a mí... A mí solo me has dejado el calimocho, mala amiga, que eres una mala amiga... Y solo he venido para decírtelo y porque me han dicho que estás repartiendo más. Pues dame mi maceta y me voy, ¡que te den, Jessi! —me soltó justo en el momento en el que el cuerpo se le fue para atrás y se cayó de culo.

Cuco de él, en ese instante Héctor descubrió el rótulo de la tienda en el que podía leerse Modas Vane y Jessi, el mismo instante en el que mi amiga se echó a llorar.

—¿Le has puesto nuestro nombre a tu tienda? ¿Y el mío delante? ¿Es para hacerme sentir mal? —me preguntó justo en un momento en el que un nubarrón negro se colocó encima de nosotras y empezaron a caer goterones como puños.

—Tonta, ¿es que no lo entiendes? La tienda es de las dos, ¡por fin lo hemos conseguido!

—¿De las dos? ¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Por qué me has dejado que haga el ridículo?

—Porque no me has dejado hablar, petarda, por eso, ¿para qué crees que fui a tu casa? Y no salí de allí calentita de milagro...

—Ay, si es que te tengo que querer, Jessi, te tengo que querer —me dijo tratando en vano de levantarse y con el pelo chorreando, lo mismo que el mío.

Capítulo 39



Tardamos pocos días en estar de nuevo en el plató de “Furor”, las dos delante de Jazz, viendo las imágenes de su caída y el abrazo que nos dimos en medio de la tormenta.

El público se derretía con nuestra historia y Vane estaba increíblemente emocionada, sin poder dejar de agradecer y charlando en su línea.

—Yo no es por nada, pero con estas imágenes queda patente que la amistad, si es verdadera, siempre reluce —le dijo un bombón de tertuliano nuevo que habían contratado en aquellos días, llamado Leo.

—Pues claro que sí, Leo —le respondía ella—. Yo con Jessi no estaba enfadada del todo, solo un poco escocida.

—¿Eso es verdad, Jessi? —me preguntó él.

—Cuidadito con lo que respondes, mona —me advirtió ella y se metió de nuevo a todo el público en el bolsillo, como la primera vez que pisó el plató, puesto que mi Vane parecía haber nacido para eso.

—Claro que sí, ella es que cuando se mosquea se pone un poquito de uñas, pero enseguida se le pasa —le seguí el rollo.

—Y hablando de uñas, ¿nos podéis enseñar las vuestras? —nos pidió, ya que llevábamos unas manicuras a lo Rosalía que daba gloria verlas.

—Claro que sí, nos las hacen en nuestro barrio y la artista es nuestra amiga Saray. También su madre es la mejor peluquera y la más divertida del globo, se llama Carmela y les mando un besito a las dos —dije, barriendo para casa, como siempre.

Ya veíamos que, solo por curiosidad, se les llenaría el local, porque las dos éramos una especie de mina de oro, en versión choni, ya que la gente se identificaba con ambas. Probablemente por nuestra naturalidad, porque por compartir estilo no sería.

El plató se venía abajo con todo lo que decíamos y, por cierto, que la razón de que estuviéramos allí fue porque “alguien”, que yo tenía muy claro que había sido Yerai, hizo llegar al programa el vídeo de nuestra reconciliación, por lo que nos llamaron para entrevistarnos de nuevo.

Fue la bomba, sobre todo por la parte de Vane, que se comportaba en el plató como Pedro por su casa y arrancaba emociones a tutiplén, razón por la que el director quiso hablar con ella una vez terminada la emisión.

—¡Que me han ofrecido ser tertuliana! —me chilló desde el otro lado del pasillo viniendo a la carrera hacia mí, hasta el punto de que me tiró de espaldas y cayó encima de mi maltrecho cuerpo.

En ese instante, pasó por allí Rocky, no el perro de Isra, sino el tertuliano ese que era más malo que pegarle a un padre y al que le hicieron los ojos chiribitas al vernos así.

—De esto no habíais dicho nada —se regodeó en la escena.

—¿Qué os dice este chalado? —nos preguntó Leo, que era súper simpático y al que le faltó el tiempo para ayudarnos.

—Tú sí que molas —le dijo mi amiga cuando él la levantó y yo vi allí química a borbotones.

—Más molas tú, preciosidad —le contestó él.

—¿Alguien me ayuda a levantarme o tengo que esperar a que se derrita el azúcar? —les pregunté en broma.

Lo hablamos nada más llegar al barrio y nos pareció la mejor idea del mundo, porque en todo al mismo tiempo no se podía estar.

—Mamá, yo seguiré siendo socia de la tienda, pero tú trabajarás por mí y cobrarás un sueldo —le ofreció a Tere—. Tertuliana y dependienta al mismo tiempo no puedo ser.

De esa manera, también Tere salía de esa vida de apuros económicos y de trabajo duro que vivió hasta entonces.

—Ay, mi niña, que al final le ha dado trabajo a su madre...

—Y si quieres te doy más, porque igual monto otra empresa de gazpachos y salmorejos como Belén Esteban, que es mi modelo en la vida.

—Niña, que yo solo tengo dos manitas —le decía su madre mientras se abrazaba a la mía, locas de contentas por ser compañeras de trabajo.

Para mí, por encima de todo, lo más importante que ocurrió en esa semana fue recuperar mi amistad con Vane, quien refuló por completo y me trataba como si nada hubiese sucedido entre ambas.

Todo volvía a la normalidad, con la diferencia de que en aquella ocasión la normalidad era mucho más bonita y, sobre todo, más fácil.

En los siguientes días nos encontramos con la tienda abarrotada de gente, hasta el punto de que, entre Tere, mi madre y yo no dábamos abasto. Hasta Shaila, la ex del cretino de nuestro jefe, llegó hasta allí con la intención de buscar ropita, ya que se había recuperado del parto y lucía tipazo, aparte de que estaba comenzando a salir con un vecino y llevaba la ilusión en el rostro.

Mientras, Vane hacía sus pinitos como tertuliana en “Furor” y nadie ponía en tela de juicio que el trabajo estaba hecho a la medida para ella, ya que la querían el público, la cámara... Y también parecía comenzar a quererla Leo, algo que los telespectadores empezaban a detectar mientras ellos daban juego.

Lo que pudimos vender en aquellos días previos a la Navidad solo nosotras lo sabemos. Y, por cierto, que para las fiestas contamos con peluquería y manicura gratis, dado que Saray y su madre contaban con lista de espera desde que las mencionamos en el programa, y nos lo agradecieron.

Serían unas fiestas preciosas que Héctor nos ofreció celebrar en su casa, pero mi madre declinó la oferta porque ella decía que unas Navidades en otro lugar que no fuera nuestro barrio no eran Navidades ni eran nada. Y la mujer cocinó como todos los años, que no sé yo en qué momento tuvo tiempo para hacerlo, porque trabajamos lo más grande gracias al éxito meteórico que experimentó nuestra tienda de modas.

Capítulo 40



Era Nochebuena y en casa ya lo teníamos todo dispuesto, incluidos nuestros disfraces de elfos, ayudantes de Papá Noel y el mismísimo Papá Noel, que era mi abuelo Jesús sentado en la silla.

—¿Y qué si no puedo andar? Si el barrigudo ese tampoco anda, que va todo el tiempo subido en el trineo —nos preguntaba.

—Abuelo, de trineos mejor no me hables, que tu nieta tiene un peligro con ellos —le contaba Héctor, quien ya le tuteaba, porque mi abuelo sentía delirio por él y vivía algunos de los momentos más bonitos de su vejez cuando Héctor lo invitaba a los partidos, que era cada vez que se celebraban en la ciudad.

Era una Nochebuena especial en la que, en mi casa, aparte de las maravillas que mi madre nos cocinó todos los años, contamos con un derroche de marisco y de los mejores vinos que no solo catamos nosotros, sino que Héctor se encargó de repartir a todos los vecinos del bloque.

—Para comerse a este muchacho —me decía mi vecina Marisa—, aunque seguro que tú ya te lo has comido —reía.

Allí decíamos las cosas tal cual y no éramos amigos de la suspicacia.

En mi casa no solo estábamos Héctor y nosotros, sino también sus padres y cómo no, mi Vane con Tere, las dos niñas y Yeraí, quien tuvo que conformarse con que yo me echase novio, aunque se escudó en que tenía que ahogar sus penas en el alcohol para pillarle una tajada como un piano esa noche, pero no quiero adelantar acontecimientos.

Yo nunca había visto a mis padres tan contentos en unas Navidades, ya que ese año nos pudieron hacer mejores regalos a todos, aunque yo siempre les hice entender que el mejor regalo para mí siempre fue el cariño que recibí de ellos, año tras año.

Nuestro salón, ese pequeño salón, se llenó de gente en una noche en la que hubimos de colocar un par de tableros con caballetes al lado de la mesa del comedor, pues éramos más que nunca... No sería la solución más elegante, pero sí la más práctica, y todos quedaron encantados.

No obstante, justo a la hora de cenar, mi madre vio pasar por la calle al “Melenas”, el yonqui del barrio, el cual no tenía mucha pinta de haberse preparado un festín, por lo que le llamó y el pobre subió encantado de la vida.

—Es un buen chico, lo único que las carteras y las joyas, mejor las escondéis, que tiene la mano un poquito larga —les advirtió mi madre a mis suegros quienes, lejos de escandalizarse por nada, le hicieron sitio en la mesa como a uno más.

Así era mi barrio y así me había criado yo. Y, pese a todo, de pronto me había hecho novia de un futbolista de renombre y tenía una amiga que despuntaba como tertuliana en el programa más visto de la tele, aparte de una tienda que ya apuntaba maneras y que todo indicaba que podríamos montar otras similares por distintos puntos de la ciudad.

Yo pensé que esa era la felicidad y que no podría haber mucho más, pero estaba equivocada

porque, tras los postres, y en un momento en el que Yerai ya se tambaleaba por el alcohol y que “El Melenas” le emulaba, que él le daba a todo, Héctor tomó la palabra.

—Familia, ahora que os tengo aquí a todos reunidos, quería contaros que me gustaría...

—¿Casarte con mi nieta? ¿Es eso lo que quieres, chaval? Pero para eso tienes que organizar una pedida de mano como Dios manda. Mira, cuando yo quise casarme con mi Felisa, que en paz descanse...

Yo sentí un inmenso calor porque no esperaba nada de aquello, como si hubieran abierto las puertas del infierno, por mucho que entendía que no era eso lo que Héctor me iba a pedir en un momento en el que llevábamos poco tiempo saliendo.

—No es eso, abuelo —le interrumpió él porque el hombre estaba más que embalado—, aunque estoy seguro de que todo llegará. Lo que quiero es pedir os permiso para llevarme a Jessi del barrio, aunque os la devolveré todos los días porque el barrio es su vida y porque tiene aquí su tienda —me sonrió él—, ¿quieres vivir conmigo, preciosa?

—¡Ay que te como! ¿Cómo no voy a querer vivir contigo si eres lo más bonito del mundo? —le salté al cuello y Yerai se metió otro copazo entre pecho y espalda en ese momento que se quedó anestesiado del todo, algo en lo que le imitó “El Melenas”, cayendo de espaldas y Yerai sobre él, en un gesto que sacó a pasear la invención de mi hermano, que hizo un TikTok del asunto con Rebe y Lore, el cual terminó teniendo gran repercusión, razón por la que comenzaron a grabarlos los tres juntos y ganaron seguidores a miles.

Esa noche comenzó una nueva etapa de mi vida... Una etapa preciosa en la que, sin perder mi esencia, me trasladé a vivir a casa de Héctor. No os voy a negar la revolución que mis modelitos causaron al comienzo en un sitio donde el lujo era la moneda de cambio, aunque unos meses después todos se habían adaptado a convivir con la Jessi, esa chica con la que tenían bien poco en común, pero que mayoritariamente cayó bien... Y a quien pensara que yo no cabía allí, que lo zurcieran. Yo me movía entre dos mundos: uno rico y otro humilde, donde estaba la casa de mis padres, mi gente y donde estaban esas raíces mías a las que no pensaba renunciar.

Héctor se mostraba encantado con esa doble faceta que yo llevaba con gracia, y hasta me hice la “líder” entre todas las mujeres de sus compis de equipo, que me respetaban y me querían tal y como era. Por cierto, que entre ellas no estaba Sarah, la prometida de Marcelo, puesto que esos dos acabaron como el rosario de la aurora y, aunque él terminó mostrando interés por Vane una vez que se hizo tertuliana, ella pasó de su culo y se fijó en el de Leo, que ese sí que le molaba y al que afirmaba que le había hecho uno de sus famosos amarres.

Epílogo



Tres años después...

Saray me daba los últimos retoques a las uñas mientras su madre, Carmela, me remataba mi moño de novia.

Me casaba con Héctor y los nervios me podían viendo mi vestido de novia colgado de la lámpara de mi antiguo dormitorio en casa de mis padres, ese que ya era de Richar para que el abuelo pudiese dormir solo.

Yo no hubiera salido vestida de novia de otro sitio que no fuera esa casa en la que nací y crecí, y en la que mis vecinas me jalearían cuando me vieran bajar las escaleras.

Vane, mi Vane, estaba allí mirándome embobada, lo mismo que mi madre, mientras mi padre tarareaba por el pasillo la letra de esas sevillanas que empiezan diciendo “Esta tarde se casa mi niña, yo no sé si reírme o llorar”.

—Pues ríe, ríe, Paco, que la niña está como loca y que ya te tocará llorar en la iglesia, con lo llorón que eres... —le decía mi madre.

La iglesia del barrio estaría a rebosar, dado que era pequeñita y que allí se darían cita no solo nuestros familiares y amigos, sino lo más granado del mundo del fútbol.

Sé que puede sonar raro, y que una boda de ese nivel se supone que ha de celebrarse en una catedral o, al menos, en una gran iglesia de uno de los barrios más pomposos de la ciudad, pero cuando Héctor me dijo que estaba totalmente de acuerdo en que se celebrase en la iglesia de mi barrio, yo rebocé felicidad... Es más, no es que estuviese de acuerdo, es que él quería también que así fuese, por lo que mi alegría fue inmensa.

Qué os voy a contar... Que moría con la cara de los míos cuando me vieron salir de casa del brazo de mi padre, que era mi padrino, y que me entró un llanto incontenible cuando mi abuelo Jesús se me acercó con su silla y me dijo “Toma, Jessi, los cien euritos que he podido reunir”.

—Pero abuelo, si yo no los necesito, si tengo ya varias tiendas y un prometido millonario —le dije entre lágrimas. Menos mal que el maquillaje era a prueba de llantinas, que si no...

—¿Y qué, hija? Pero a tu abuela le hubiese gustado que te lo diese.

Así éramos nosotros, los de siempre... Nadie me falló en mi gran día, el cual, por cierto, Vane se ofreció a cubrir el evento como reportera para “Furor”, junto con su pareja, Leo, con el que ya vivía desde hacía tiempo. Ambos retransmitirían con todo el humor que les caracterizaba porque formaban una pareja diez y porque daban genial en cámara.

En lugar de la marcha nupcial, mi precioso vestido, en el que no faltaban brillos por doquier, se movió al ritmo del “Ali Ali O” a la puerta de la iglesia, donde mi padre y yo derrochamos arte y complicidad hasta llegar hasta donde ya estaban Héctor y su madre.

—Te quiero, Jessi, te quiero, no se puede tener más gracia —me dijo él justo al verme, y los aplausos no se hicieron esperar cuando se fundió conmigo en el más bonito de los abrazos y me dio un beso.

—Todo esto es muy romántico, pero a ti no te libra hoy nadie de bailar conmigo hasta reguetón —le amenacé.

—¿Eso es una amenaza? —rio.

—No, la amenaza es que tendrás que hacerlo otros muchos más días de tu vida.

Yo sabía que le daba igual que, con tal de verme contenta, Héctor bailaba hasta por peteneras, e incluso era capaz de poner a bailar también a toda esa legión de pijos que componían la cúpula de su equipo.

No en vano, el presidente terminó bailando en la posterior fiesta, que esa sí que la celebramos en un hotel de todo lujo, por Camela, con mi vecina Marisa.

Sí, allí no faltaron Camela, Andy y Lucas ni Kiko y Sara... No estuvieron en persona, pero sí sus canciones, como parte de esa esencia tan de mi familia que nunca perderíamos.

Fue una fiesta increíble, en la que la gente de las más altas esferas se dio la mano con esa otra, con la de mi barrio, entre los que se encontraba Yeraí, quien trató de hacer negocio en los baños. Genio y figura...

Para ver bailando a mi abuelo conmigo sentada en su silla, cuando pidió que nos pusieran la canción “De niña a mujer”, esa con la que tanto me identificaba, pues se le casaba su nieta mayor con ese chico al que apreciaba de corazón y en el que tenía puestas todas sus expectativas para que me hiciera feliz.

Mis padres también bailaron lo suyo, más acaramelados que nunca, y hasta Tere, la madre de Vane, terminó dándolo todo en la pista con otro de los directivos del equipo que le ponía ojitos y con el que parecía sentirse muy cómoda, ¿habría tomate entre ellos? Pues ya era hora, que lo de su Manolo la dejó trastocada y ella se merecía lo mejor de lo mejor.

Lo mejor lo dieron también Richar y las hermanas de Vane, grabando sin parar en su afán por alcanzar el estrellato.

Fue el día más bonito de nuestras vidas hasta el momento y esa noche nos despedimos de todos, no sin que antes mi ya marido hiciera sus primeros pinitos musicales con un cajón mientras que Yeraí tocaba otro, mira que si al final se hacían amigos y todos.

Al día siguiente comenzaba nuestra luna de miel, la cual nos llevaría directos a las Seychelles, desde donde enviaríamos unas fotos al programa de Jazz a cambio de que los paparazzis nos dejaran disfrutar en total intimidad de los que serían los días más románticos que pudiésemos vivir.

Mis redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/HugoSanz

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo